

Serie Lover Tygrain 3



Bedúceme  
*si te atreves*

KELLY DREAMS

Serie Lover Tygrain 3

# Seduceme

*si te atreves*

KELLY DREAMS

SEDÚCEME si te atreves

Kelly Dreams

(Serie Lover Tygrain 3)

# **COPYRIGHT**

## **SEDÚCEME SI TE ATREVES**

*Serie Lover Tygrain 3*

© 1ª edición Mayo 2015

© Kelly Dreams

Portada: © [www.iStockPhoto.com](http://www.iStockPhoto.com)

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

## DEDICATORIA

A **Vero Fuentes**, que lleva pidiéndome el libro de Becca desde el principio de los tiempos. Gracias por apoyarme en cada paso del camino (y *darme con el palo virtual cuando lo necesito jaja*) e insistir en que esta historia necesitaba ser contada. Esta novela es para ti.

A **Elena Sánchez**, una maravillosa persona y amiga, que se enamoró de mis *tygrain* y deseó que Becca tuviese también su historia.

A **Cristina Gervás**, por su incondicional apoyo, palabras de ánimo y estar siempre ahí para mí.

A **Elizabeth Bowman, María Acosta, Leidy Diana Bedoya, María Verdú, Arman Lourenço, Maria Ivette Flores Ramos, Patricia Entchen, Victoria Kandinsky, Cris Tremps, María José JC, Ivette Ortiz, Fany Jimenez, Naitora MacLine, Tania Castaño, Maya Blair...** y a tod@s mis lectoras, nuevas y antiguas, que desde hace ya cinco años siguen enamorándose más y más de estos felinos.

## ARGUMENTO

Para la mayoría de los *tygrain*, encontrar una compañera puede resultar el fin de su libertad, pero para **Jacques Green** es un sueño hecho realidad. Él quiere una compañera, una mujer a la que amar y cuidar... pero el destino le tiene reservado el mayor de los desafíos: una mujer sentada en una silla de ruedas y con una escopeta de caza entre las manos que no tiene la más mínima intención de caer rendida a sus pies.

**Rebecca Martínez** disfruta de una vida hecha a medida. Anticuaria de profesión y dueña de una galería de exposiciones, no alberga otro deseo que ver crecer su negocio y disfrutar de aquello por la que ha luchado. Pero cuando un atractivo *tygrain* irrumpe en su galería y en su vida dispuesto a reclamarla como compañera, sabe que su independencia y cotidianidad están a punto de sufrir un revés. Becca hará hasta lo imposible por mantenerse firme y no sucumbir ante el sexy y cariñoso hombre que viene dispuesto a seducirla y conquistar su corazón.

Cuando un *tygrain* sale de caza, el juego de seducción da comienzo.

# ÍNDICE

<a href="#"><u>COPYRIGHT</u></a>
<a href="#"><u>DEDICATORIA</u></a>
<a href="#"><u>ARGUMENTO</u></a>
<a href="#"><u>ÍNDICE</u></a>
<a href="#"><u>PRÓLOGO</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 1</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 2</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 3</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 4</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 5</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 6</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 7</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 8</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 9</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 10</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 11</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 12</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 13</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 14</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 15</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 16</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 17</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 18</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 19</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 20</u></a>

**CAPÍTULO 21**  
**CAPÍTULO 22**  
**EPÍLOGO**



## PRÓLOGO

*No quiero. No es para mí. No necesito una compañera.*

Jacques Green había escuchado aquellas frases en incontables ocasiones dentro de la mansión y fuera de ella. Sus compañeros parecían desear cortarse una pata o la cola antes que encontrar a la mujer que los complementaría y que se convertiría en todo su mundo. Muchos se echaban a temblar en cuanto Mint, la chamán hippie de la manada, empezaba a husmear por las esquinas buscando a su próxima víctima... Él sin embargo, ansiaba la llegada de ese aterrador momento.

Quería una compañera. Quería dejar de vagar. Quería dejar de ir de cama en cama. Quería... alguien a quién amar.

—¡Ey, poli!

Se giró al escuchar la cantarina voz de Rosella. La tigresa era como una... ¿prima?... para él; una incordiante y latosa prima a la que recientemente se le había metido en la cabeza meterse en su cama.

*¡Puaj!* La sola idea de tener algo sexual con esa mujer hacía que se le cayesen las rayas del susto.

Sí, quería una compañera y no dudaba de que si el destino hubiese escogido a Rose para él la aceptaría con gusto. Pero ese no era el caso, lo que dejaba a la insistente hembra *tygrain* fuera de su menú.

Los delgados brazos se enlazaron alrededor de su cintura mientras los turgentes senos se pegaban a su costado con obvias intenciones. Los suaves y rosados labios formaron un coqueto mohín mientras lo miraba con esos cristalinos ojos castaños.

—Bienvenido a casa —ronroneó al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa—. Te he echado de menos.

Enarcó una ceja ante tal aseveración.

—He estado fuera tres días, Rose —comentó con un ligero encogimiento de hombros—. No es tiempo suficiente como para que me eches de menos.

En realidad, su intención había sido quedarse en la ciudad durante un par de semanas, el tiempo suficiente para llevar a cabo la mudanza y conocer su nuevo lugar de trabajo. Había sido trasladado por la oficina central a California, un cambio que había agradecido pues ya estaba un poco hastiado de su antiguo puesto y sobre todo de los superiores y gilipollas en general con los que tenía que lidiar cada día haciendo que un trabajo que adoraba se convirtiese en un peso sobre los hombros.

Como detective de policía se sentía mucho más a gusto en la calle, patrullando, pero no podía ignorar que su pasión y don con los ordenadores era lo que lo había llevado precisamente a esa excedencia y a formar parte de la unidad de Crímenes Cibernéticos del *DPLA*[\[1\]](#).

—Pues ha parecido una eternidad —aseguró ella colgándose ahora de su brazo—. ¿Qué te parece si me invitas a comer? Así podrás contarme qué tal te va en tu nueva ciudad. ¿Necesitas ayuda con la mudanza? Ni se te ocurra contratar un decorador para tu nueva casa, ¿eh? Quiero decorarla yo.

Hizo palanca hasta poder soltarse, sus atenciones empezaban a resultarle cada vez más empalagosas y no deseaba ser cruel con ella, a fin de cuentas, no era más que una chiquilla.

—Rose, te lo he dicho y te lo repito —se soltó con suavidad—. No voy a tener nada contigo y si sigues por este camino, vas a obligarme a darte una mala contestación, te lastimaré y ambos estaremos jodidos.

Resopló y dio un paso atrás.

—¿Por qué no te gusto? —rezongó llevándose las manos a las caderas—. No puede ser por mi edad. Tengo veintidós y te has llevado a la cama a toda hembra viviente y dispuesta sin pedir siquiera su carné de identidad.

Puso los ojos en blanco.

—Mi vida sexual no es cosa tuya.

—Tu vida sexual es de dominio público —bufó ella—. No hay una sola hembra en este enclave a la que no hayas metido en algún momento en tu cama.

Señor, ¿por qué estaban teniendo esta conversación? Había venido solo para ver a Dimitri y recoger algunas cosas.

Cuando la manada se trasladó a la mansión, esta parecía que iba a quedárseles pequeña, lo que dejó de ser una preocupación cuando algunos de

los miembros se emparejaron y empezaron a abandonar la casa para fundar sus propios hogares. En ocasiones ni siquiera se trataba de haber encontrado pareja, sino la necesidad de seguir su propio camino y dejar atrás la continua presencia del alfa pegada a sus peludos traseros.

Dimitri era un buen hombre y un buen alfa, el clan y su supervivencia había sido siempre lo primero, cosa que demostraba cada día al preocuparse del bienestar de aquellos que vivían bajo su propio techo.

Suspiró y miró a la muchacha vestida para matar. No iba a negar lo evidente, la joven hembra era un bocadito delicioso, pero a él solo le provocaba ganas de bostezar.

—Te lo diré de otro modo, Rose —atajó todo aquel despliegue femenino—. No voy a acostarme contigo ni ahora ni nunca. Eres como mi prima o una hermana pequeña, la sola idea es... ¡puaj!

La vio hacer un puchero y mirarle desafiante.

—Pero no soy ni lo uno ni lo otro —rezongó la mujer—. No hay ni una sola gota de sangre que nos emparente...

—Lo cual es una total y absoluta bendición —los interrumpió la cantarina voz de Mint.

La mujer apareció tan silenciosa como siempre, en esta ocasión su atuendo era posiblemente lo más estridente que hubiesen contemplado nunca, tanto que hacía daño a la vista.

—Mint, ¿no había algo más discreto en tu armario? —apuntó Rose.

Los sabios ojos la contemplaron a través de las gafas de redondos cristales verdes mientras hacía un rápido inventario del atuendo de la muchacha.

—¿Y en el tuyo algo que no chillase a “soy una fulana, ven y fóllame”?

Un intenso color rojo inundó las mejillas de la gata, abrió y cerró la boca varias veces como un pez que boquea fuera del agua pero fue incapaz de encontrar respuesta.

—Lo suponía —declaró la chamán y, sin otra palabra, le dio la espalda y clavó ahora la mirada en él—. Espero que seas un buen conductor y que te guste la velocidad.

No pudo evitar enarcar una ceja ante el extraño comentario.

—Um... supongo que la ausencia de multas y altercados con el tráfico puede contar a mi favor.

La mujer esbozó una de esas extrañas sonrisas que le ponía a todo el mundo el pelo de punta, entonces la vio llevarse la mano al escote de la

estridente blusa y contuvo el aliento al ver que extraía de su interior un papel de color amarillo.

—Vas a tener que conseguirte una nueva licencia, poli —le dijo al tiempo que le tendía el papel—, y un buen seguro de accidentes. Procura no ser atropellado.

Se quedó mirando el papel doblado que tenía ahora en la mano mientras la chamán se marchaba arrastrando tras de sí a una quejumbrosa Rosella. Los dedos le temblaban al comprender que lo que llevaba tanto tiempo esperando, acababa de llamar a su puerta.

Desdobló la tarjeta y encontró en su interior una dirección:

***La Estela Gallery***  
*500 S Lake St.*  
*Westlake, Los Ángeles*

Los labios se le curvaron por si solos, una mezcla de temor y excitación colisionaron en su interior robándole el aliento.

—Creo que voy a encontrar sumamente atractiva mi nueva ciudad.

# CAPÍTULO 1

Becca comenzó a imaginarse qué forma habría adquirido el cadáver de la comadreja que se encontraba al otro lado del escritorio, si hubiese estado en Pompeya durante la gran erupción del Vesubio. Posiblemente habría muerto con la boca abierta, agitando las manos como una nena mientras corría para salvar el pellejo sin comprender que no podría hacer nada para evitar la muerte. Por tercera vez en menos de veinte minutos se preguntó por qué no le abría la cabeza con el pesado pisapapeles que le había regalado Mark, el marido de Lexa, como agradecimiento por cuidar de su compañera.

Hizo una mueca ante el pensamiento de ese hombre y lo que en realidad representaba.

Una nueva raza, prácticamente una nueva civilización oculta entre los incautos y estúpidos humanos que no se enteraban de nada.

Cada vez que recordaba la inesperada visita que había recibido seis meses atrás por parte del hermano de Mark, Dimitri, junto a su esposa Jasmine y lo que esto trajo consigo, no podía evitar sentir que le estallaría la cabeza en cualquier momento.

La raza *tygrain*. Hombres con naturaleza animal, con alma felina, capaces de vivir entre los humanos como uno más de ellos y al mismo tiempo poseedores de una de las más asombrosas capacidades de metamorfosis que había presenciado en toda su vida.

Era una privilegiada, pensó mientras sus labios se curvaban por sí solos en una soñadora sonrisa, la nueva familia de Lexa no había dudado en acogerla también en su seno permitiéndole formar parte de aquel maravilloso secreto.

La vibración en la superficie de la mesa, originada por la palma masculina al caer sobre esta, la arrancó de su momentáneo aislamiento devolviéndola al presente y al monólogo enrabiado de la comadreja.

—... y exijo que me la devuelvas.

Clavó la mirada en el hombre de aspecto bohemio y engominado pelo rubio que permanecía al otro lado de la mesa y se preguntó, no por primera vez, qué demonios había visto en él.

Bernard Atchison era una de las mayores comadrejas que existía en el gremio. Coleccionista de antigüedades y objetos raros, no era extraño verlo recorriendo el país de subasta en subasta intentando hacerse con las mejores piezas mientras vivía cual parásito a costa de mujeres incautas.

Y para horror de su currículum, tenía que aceptar que ella había sido una de esas incautas.

Hoy por hoy seguía sin comprender qué era lo que la había atraído de él. Era atractivo, sí, pero el físico pasaba a un segundo plano una vez convivías con él y te dabas cuenta de que no tenía ni sensibilidad ni tacto, no le importaba pasar por encima de quién fuese para obtener lo que deseaba. Suponía que su enamoramiento se debió en gran parte a lo solícito y amable que se había mostrado con ella después de los últimos estudios que le habían realizado a raíz del accidente de tráfico sufrido un par de años atrás, que confirmaban que la parálisis de sus piernas era definitiva e irreversible. Ella se había venido abajo y Bernard había estado allí, apoyándola y animándola... mientras se gastaba el dinero de su indemnización a sus espaldas y se largaba después con una bailarina de *striptease* dejándole en deuda dos mensualidades del compartido alquiler.

Se había sentido tan humillada y engañada que había terminado llorando como una magdalena antes de que Lexa se solidarizara con ella y ambas terminasen ahogándose en cerveza.

Y ahora, después de más de un año sin dar señales de vida, el hijo de puta se presentaba ante ella para reclamarle la devolución de un regalo que le había hecho él mismo; una figurita de bronce que le había costado menos de cinco dólares en un mercadillo de antigüedades.

De hecho, si se la regaló fue porque su *ojo clínico* no le vio valor alguno y era lo suficiente tacaño para no invertir ni un solo centavo de su dinero en algo que no le diese beneficios; ni aunque fuese para regalarle algo a su entonces novia.

Sin embargo, gracias al marido de Lexa descubrió que la figura en cuestión no solo sí tenía valor, sino que se trataba de una pieza única del Antiguo Egipto por la que cualquier coleccionista o museo pagaría una fortuna.

Esa noche inauguraba una nueva exposición en La Estela y la estatuilla era la pieza principal, lo que hizo que el imbécil de su ex se presentase a exigirle la devolución de algo que no era suyo.

—Sí, claro —respondió con abierta ironía—. ¿Y en qué basas exactamente tus exigencias? ¿En que la pagaste con “mi” dinero? ¿En que no habías pensado en ella hasta que viste el cartel y descubriste que el pobre regalo que me habías hecho, con mi propio dinero debo repetir, resultó ser mucho más de lo que pensabas?

Su rostro adquirió un fuerte tono rojo, siempre le pasaba igual cuando se ruborizaba, se encendía como un semáforo.

—Tengo el ticket de compra que prueba...

—¿Ticket de compra? —se echó a reír sin poder evitarlo—. Bernard, te recuerdo que yo estaba delante cuando la vendedora envolvió la estatuilla en papel de periódico, la metió en una bolsa marrón de papel y me la entregó mientras tú me pedías los cuatro dólares que costó para no tener que cambiar un supuesto billete de veinte.

Su enrojecimiento alcanzó proporciones épicas.

—Así que, a menos que hayas venido para hacerme entrega de los dos meses de alquiler con los que me dejaste colgada y todo el dinero que gastaste a mi costa —le recordó al tiempo que llevaba las manos a los rieles de las ruedas de su silla y se impulsaba hacia atrás para abandonar su escritorio—, te sugiero que des media vuelta y te marches por dónde has venido. De lo contrario te presentaré a mi nueva mejor amiga y ambas te acompañaremos a la salida.

Su nueva mejor amiga descansaba sobre los brazos de la silla, una brillante escopeta de caza que mantenía en el despacho para disuadir a los gilipollas que se atrevían a amenazar a una mujer por el simple hecho de verla impedida.

El rojo inundó ahora su cuello, se le inflamaron las venas de las sienes y parecía que su nariz iba a dejar escapar sendas columnas de humo, cuando vio cómo acariciaba el arma.

—Esto no se va a quedar así... —siseó—. Esa estatuilla es mía... yo ya adquiriré... ¡te denunciaré!

Enarcó una ceja ante la estúpida y vana amenaza.

—Claro, si tienes dinero para costearte una denuncia, adelante —le sonrió ampliamente—. No puedo esperar a ver qué clase de alegatos pretendes

presentar. Espera... ¡ya lo tengo!... diles que ibas a regalármela, pero que como eras tan tacaño no quisiste gastarte cuatro míseros dólares y me hiciste pagarla a mí. Puedes... no sé, reclamar daños y perjuicios por el peso que ello acarreó para tu maltrecho ego.

Como siempre, utilizó su altura y su condición para caminar hacia ella e intimidarla. No dejaba de resultar curioso cómo la gente relacionaba automáticamente el ver a una mujer en silla de ruedas como una persona vulnerable e indefensa... aunque esta tuviese una escopeta entre las manos.

—Te daré una última oportunidad —insistió él como si pensase que le estaba haciendo un favor—. Te la compraré. Pon el precio, el que sea y pondré el dinero sobre tu mesa. Será una transacción de negocios, ambos saldremos ganando...

—La estatuilla no está en venta —lo atajó. De hecho, la pieza iba a volver a su lugar de origen tan pronto terminase de arreglar la transacción con el Museo de Egipto en el Cairo. Solo permanecería en Los Ángeles durante el mes que duraría la exposición. Una antigüedad como esa merecía estar en un museo y en su país de origen para ser admirada por todo el mundo.

—Esa no es la actitud que deberías adoptar, Rebecca —declaró siguiendo con su pose amenazadora—, no te conviene negarte, no sería... sano.

Su mirada fue directamente a sus piernas mientras se inclinaba con obvia intención de aferrar los reposabrazos e intimidarla con su tamaño y altura, sin embargo, el cañón de la escopeta pareció ser suficiente para disuadirlo.

—Ni se te ocurra.

Entrecerró los ojos y bajó el tono de voz, dirigiéndose a ella con una agresividad y petulancia que no había conocido antes en él.

—Haz el favor de bajar eso antes de que se dispare accidentalmente y hieras a alguien —le dijo con total frialdad—. Sé inteligente y pon un precio a la pieza, al menos obtendrás algo por ella.

Mantuvo el arma estable y el dedo en el gatillo, si hacía algún movimiento equivocado, no dudaría en llenarle el cuerpo de perdigones.

—Como ya he dicho, no está en venta —repitió con voz firme—, así que, deja de insistir.

Entrecerró los ojos y su rostro adquirió una mueca desagradable.

—No sabes con quién te estás metiendo, Rebecca —aseguró, sus labios se curvaron muy lentamente—. Mi cliente no será tan amable y permisivo como lo soy yo. Desea esa pieza, sé inteligente por una vez en tu vida y ponle un



precio.

¿Su cliente? ¿Acaso ahora esa estúpida comadreja trabajaba como intermediario en la compra-venta de antigüedades? En cierto modo, aquello explicaría muchas cosas, especialmente su afán por recorrer subastas haciéndose con las mejores piezas para luego colocarlas en manos de coleccionistas privados por importes mucho más elevados.

Se encogió de hombros y señaló la puerta con el cañón de la escopeta.

—La galería está abierta de diez a siete —le recordó con sencillez—. Puede pasarse a ver la pieza en la exposición cuando quiera, pero no la encontrará a la venta.

Su beatífica sonrisa bailó unos momentos más sobre sus labios mientras le indicaba la puerta una vez más.

—Y dado que no tenemos nada más de lo que hablar, a menos que quieras pagarme lo que me debes, te agradecería que movieses tu pomposo culo a través del umbral de esa puerta y dejases mi galería antes de que me empiece a temblar el dedo y acabes lleno de perdigones —recitó sin más—. Tengo una inauguración que atender y tú no estás invitado, me temo.

Utilizó una de las manos para mover la silla hacia atrás y luego hacia un lado sin dejar de apuntarle.

—Te estoy dando la oportunidad de mejorar tus ingresos, quizá incluso puedas ampliar este tugurio y darle un poco más de clase —insistió él, sin la mínima intención de marcharse—. No seas estúpida y ponle un precio a la pieza. Mi cliente pagará con gusto cualquier suma de dinero que desees. Es un hombre generoso.

Aseguró de nuevo el arma y la amartilló dejando clara su intención de meterle un perdigón —o varios— en el cuerpo, si no se largaba en ese mismo instante.

—Te lo repito —lo previno—. La pieza no está en venta, ni lo estará. Yo no me dedico a trapichear en el mercado negro, querido, eso lo dejo a comadreas como tú. Soy anticuaria, ¿recuerdas? No me dedico al contrabando.

La acusación pareció dar en la diana, su rostro adquirió una vez más un tono rojizo, sus labios se convirtieron en dos finas líneas y esa mirada aviesa tomó protagonismo mientras se dirigía de manera amenazante hacia ella.

—No des un paso más —lo previno con una obvia intención.

Pero él no se detuvo e intentó algo tan estúpido como tratar de desarmarla.

—Eres una desquiciada, no sabes en qué te estás metiendo —declaró al tiempo que intentaba poner las manos sobre el cañón del arma—, y baja eso antes de que le hagas daño a alguien.

Forcejeó, empujó hacia delante y tras hacer apoyo contra su cuerpo, se impulsó hacia atrás permitiendo que la silla de ruedas retrocediese con el impulso y él tuviese que liberar el arma que no dudó en disparar.

El sonido reverberó en el despacho, el perdigón lo esquivó por poco y terminó clavándose en un cuadro de la pared.

La palidez se instaló en el rostro masculino, no podía creer que hubiese disparado.

Se colocó de nuevo el arma y la preparó para un nuevo disparo, en caso de que ese hijo de puta volvía a meterse con ella.

—Sal de mi vista y no se te ocurra volver a acercarte o juro por dios que te lleno el cuerpo de perdigones —siseó apretando con fuerza el arma mientras temblaba como una hoja—. ¡Largo!

—¡Estás loca! —clamó pero tuvo el sentido común de retroceder.

Colocó el dedo en el gatillo y apuntó directamente hacia él como señal de aviso.

—Sal-de-mi-despacho-ahora-mismo. —Hizo hincapié en cada palabra—. ¡Fuera!

Esperaba que le quedase algo de inteligencia en el cuerpo, porque en el estado de ánimo en el que se encontraba actualmente, estaría más que encantada de llenarlo de pequeñas bolitas de metal.

## CAPÍTULO 2

Como policía, Jacques, había visto a lo largo de su carrera un montón de situaciones de lo más variopintas, pero no podía recordar una ni remotamente parecida a la que se estaba desarrollando ante sus ojos.

Llevaba ya una semana en Los Ángeles, se había instalado en su nuevo apartamento y había empezado a familiarizarse ya con el nuevo trabajo que tenía en la comisaría. Había necesitado de toda su fuerza de voluntad para evitar coger el papel que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta y no presentarse en la dirección que le había facilitado Mint, el mismo día en que puso los pies en la ciudad.

La necesidad de conocerla lo había eclipsado todo, el solo pensamiento de que ella, la mujer que le estaba destinada, su compañera, se encontraba en esa ciudad, era demasiado intenso como para poder concentrarse realmente en otras cosas. Sin embargo, era consciente, así mismo, que esperar y establecer una semejanza de rutina había sido lo más adecuado; era consciente de que cuando la encontrase, cuando la reconociese, todo su mundo iba a girar alrededor de una única cosa y un único pensamiento; ella.

No le resultó difícil dar con el lugar. Dejó el coche a un par de calles, introdujo unas monedas en el parquímetro y se dirigió al 500 de Westlake Street; un edificio antiguo de dos plantas en los que compartían espacio una galería de exposiciones y un estudio de baile. Una placa de metal a un lado de la entrada contenía los nombres y los respectivos pisos en los que estaban ubicados ambos negocios, aviso que se repetía nada más entrar en la recepción. Esta se dividía en un tramo de escaleras a su derecha con una flecha dirigiéndole al estudio de baile Corals y una doble puerta de cristal con el nombre de la galería de exposiciones, La Estela, abierta al final de la antesala a través de la cual podía ahora ver a un hombre renqueando en una

rápida retirada mientras gritaba y profería insultos contra la atractiva rubia que, escopeta en mano, le seguía impulsándose con una sola mano en una silla de ruedas.

La sorprendente imagen dio paso a un inmediato cosquilleo en la nariz. Un aroma suave y floral, mezclado con algo cítrico, lo impactó nada más traspasar la puerta y despertó cada uno de sus instintos *tygrain*.

Se le hizo agua la boca, su piel se volvió mucho más sensible y podía sentir su naturaleza felina acariciando la superficie. Inspiró profundamente llenándose los pulmones de esa única fragancia y se relamió.

—¡Estás completamente loca! —bramó el hombre—. ¡Me has disparado, chiflada!

El tono de voz del hombre parecía más desesperado que amenazante, pero su atención quedó totalmente eclipsada por la presencia y las emociones que recorrían a la mujer. Detectó su nerviosismo y el creciente miedo que envolvía a la hembra que le estaba destinada. Su naturaleza felina se impuso a la humana, gruñó y sintió el cosquilleo de su tigre deseando emerger a través de su piel y desgarrar la garganta de ese imbécil.

Se obligó a respirar profundamente y mantener así sus instintos felinos bajo control mientras se encaminaba hacia los dos combatientes, quienes estaban tan concentrados el uno en el otro que ni siquiera fueron conscientes de su presencia.

—¡Eres una maldita rata! —siseó ella. Su voz fue como un hierro candente para sus sentidos, lo impactó de golpe, grabándose en él como lo había hecho su aroma—. ¡Sal de mi galería! Si vuelvo a verte por aquí no te llevarás un perdigonazo, te quedarás sin pelotas.

—¡Zorra frígida! —escupió a sus pies—. ¡Eres una desquiciada!

El insulto la aguijoneó como el mejor de los dardos e hizo que le temblasen las manos un segundo, pero esa debilidad fue rápidamente hecha a un lado cuando el muy imbécil se adelantó de nuevo, abalanzándose sobre ella con intención de sacarle el arma solo para que ella bajase el cañón y le disparase en la misma pierna de la que ya cojeaba.

El aullido de dolor del hombre se mezcló con su propio gruñido. ¡Era hombre muerto!

—¡Hija de puta! —escupió entre gemidos de dolor mientras intentaba mantener el equilibrio sobre la pierna buena, como si no pudiese creer que ella le hubiese disparado otra vez—. ¡Me has disparado otra vez! Jodida puta,

¡me has disparado!

Ella no se amilanó, a pesar de lo mucho que temblaba ahora, aferró con fuerza el arma y lo encañonó una vez más.

—Sal-de-mi-galería —marcó cada palabra con un siseo cargado de odio—. ¡Fuera!

—Perra...

Los había que no tenían instinto de conservación, pensó Jacques mientras, dándole la espalda a la mujer todavía armada, se interpuso entre ambos cortándole el campo de visión.

—Ya ha oído a la señorita. Le sugiero que salga por la puerta y vaya a que le miren esa pierna antes de que lo convierta en un colador —le dijo sorprendiéndolos a ambos al hacerles notar por fin su presencia.

Escuchó el jadeo a su espalda y vio cómo el imbécil con olor a colonia de bebé lo miraba a través de unos ojillos irritados.

—¿Quién coño te crees que eres? —lo increpó y, en su actual estado de creciente adrenalina, cometió el error de intentar abalanzarse también sobre él.

Sus instintos tomaron la delantera, esquivó el puñetazo que iba dirigido a él y le aplicó una llave que lo tuvo con el brazo doblado a la espalda y cantando como un jilguero.

—Mal movimiento, imbécil —le susurró al oído—. Si vuelvo a ver tan siquiera tu sombra cerca de ella, mis compañeros de homicidios van a necesitar una cucharita para recoger lo que quede de ti.

El hombre se quedó inmóvil, lo miró y empezó a palidecer al comprender que había estado a punto de pegarle a un policía.

—Ella... ¡ella me ha disparado! ¡Arréstela!

Lo sujetó con más fuerza y lo obligó a retroceder hacia la puerta de la entrada.

—Lo que yo he visto es una mujer intentando defenderse de un cabrón hijo de puta dispuesto a golpearla —siseó—, ha tenido realmente suerte de que yo haya aparecido antes de que hubiese decidido vaciar el cargador en su cuerpo.

Lo soltó, empujándolo a través del vestíbulo solo para ver cómo se detenía unos momentos, esquivaba su mirada y la clavaba sobre ella con una ardiente advertencia.

—Debiste aceptar mi oferta —le soltó en un bajo siseo.

Ella volvió a levantar el arma y lo apuntó dejando claro su punto de vista.

—¡Fuera!

El grito femenino ponía de manifiesto lo que opinaba sobre su amenaza y lo poco que le gustaba su presencia allí. Movidó por las turbulentas emociones de su compañera, avanzó hacia el gilipollas con la suficiente advertencia mortal en sus ojos como para que el tipo pusiera pies en polvorosa.

Lo siguió al exterior para verlo atravesar la acera con paso renqueante antes de meterse en un coche aparcado en doble fila y salir quemando goma.

Cuando volvió a entrar, la chica seguía en el mismo lugar, con el arma todavía en sus brazos y temblando como una hoja.

—Cariño, será mejor que bajes eso antes de que se te dispare —sugirió con suavidad.

Se movió despacio, procurando no resultar una nueva amenaza al ver como ella alzaba la mirada y la concentraba sobre él.

—¿Quién es usted? —exigió con voz firme o todo lo firme que le permitía el continuo temblor que la recorría.

Levantó las manos mostrándose inofensivo, algo divertido dado que era el doble de grande y mucho más alto que ella. Se preguntaba cuán alta sería de pie o acostada a su lado en la cama. Su sexo reaccionó endureciéndose al instante, la boca se le hizo agua ante la perspectiva de descubrir el sabor de su piel y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no gemir allí mismo.

—Ya puedes bajar el arma, soy de los buenos —aseguró al tiempo que sacaba, con mucho cuidado, la cartera del bolsillo trasero del pantalón y le mostraba su placa—. Detective Jacques Green, unidad de Delitos Cibernéticos del DPLA.

Ella entrecerró los ojos, sabía que desde aquella distancia no podría ver mucho más que la forma de su placa.

—¿Cómo sé que no es falsa?

Sonrió de medio lado, su gatita era desconfiada.

—Puedo llevarte a comisaría, allí puedes preguntar mis credenciales si quieres —le contestó con tono jocosó—, y ya de paso podrás explicar por qué estás armada con una escopeta de perdigones y amenazando con llenar de plomo a un completo idiota.

Vaciló unos instantes, entonces bajó el arma, la dejó atravesada sobre los brazos de la silla y se llevó las manos a las ruedas de la silla para impulsarse hacia delante.

—Una chica tiene que ser capaz de defenderse de indeseables como ese, detective Green.

—Jacques —la corrigió deseando escuchar su nombre en sus labios—. Y, ¿no habría sido más útil contratar a un guarda de seguridad para evitar este tipo de altercados?

Ella hizo una mueca.

—Es el primer altercado de este tipo que tengo en los más de dos años que lleva abierta la galería —aseguró deteniéndose frente a él. Levantó la mirada y esperó—. ¿Y bien?

Enarcó una ceja ante su inesperada pregunta.

—¿Y bien qué?

Señaló la puerta con un gesto de la barbilla.

—¿Qué lo trae por aquí? —fue muy directa—. Si está buscando el estudio de baile, coja las escaleras, es el piso de arriba.

Sonrió de medio lado al darse cuenta de que estaba intentando deshacerse de él.

—Y si tiene intención de arrestarme por lo que ha visto... —le tendió las manos—, se llama defensa propia. Pero bien, espóseme y lléveme a comisaría. Le daré mi declaración, llamaré a mi abogado y volveré aquí antes de que dé comienzo la inauguración.

Parpadeó ante la palpable belicosidad de la mujer, la gatita era un verdadero polvorín.

—No estoy interesado en el estudio de baile... venía a ver... la galería.

Ahora fue el turno de ella de sorprenderse, su expresión dubitativa no le pasó por alto.

—Si está a la caza de obras robadas o compradas en el mercado negro, me temo que ha venido al lugar equivocado —le informó sin más—. Tengo todos los papeles en regla, si quiere se los enseño. Venga a mi despacho y...

—Ya veo que está ansiosa por colaborar con la ley, señorita...

—Martínez, Rebecca Martínez.

Nombre y apellidos españoles y sin embargo, no tenía rasgos hispánicos.

Se lamió los labios y la recorrió con la mirada, deleitándose en esta inesperada y adorable mujer.

—Es un placer conocerte... por fin, Rebecca.

Ella duplicó su previo gesto enarcando una delgada ceja rubia.

—¿Por fin?

—Siempre tiene que haber una primera vez para todo, ¿no?

Parpadeó confundida por sus palabras.

—No estoy segura de querer tener una primera vez con la policía —decidió con un resoplido—, ni una segunda, tercera o cuarta... soy feliz viviendo en esa clase de ignorancia.

Se rio por lo bajo y no dudó en inclinarse sobre ella.

—Te prometo que la experiencia valdrá la pena.

Las mejillas adquirieron un delicado color rosado y notó el cambio en su respiración. Sus pupilas se habían dilatado, la vio mojarse los labios y un pequeño temblor recorrió su cuerpo poniendo de manifiesto una conexión íntima y muy nueva que corroboraba lo que los unía.

Sí, esta mujer era su compañera.

—Entonces, ¿llego temprano para la exposición? —continuó, optando por cambiar de tema y dejarle un poco de espacio. La mujer era humana, lo que representaba un aliciente más y un problema añadido.

Estaba más que satisfecho con la elección que tenía el destino para él. Si bien no era como si pudiese rechazar a su compañera una vez que la identificaba, agradecía no haber sido emparejado con una hembra de su clase. Las tigresas a menudo eran bastante volubles y caprichosas, muy buenas compañeras, pero no lo que él quería, de hecho, quería a esta mujer, aún sin conocerla, sabiendo solo su nombre, ya la deseaba.

—¿Está acaso tras la pista de alguna obra de arte robada?

La desconfianza en su voz le resultaba divertida.

—Estoy aquí para contemplar una exposición de objetos que abarcan el período del *Bajo Egipto* —contestó con un encogimiento de hombros—. No soy realmente un experto en antigüedades como para distinguir un original de una réplica.

—Tampoco parece un amante del arte y las antigüedades, detective —replicó sin dejar de mirarle con curiosidad.

Sonrió ante el recordatorio que le hacía sobre su condición de policía.

—Puedes tutearme, dado que yo ya lo estoy haciendo —le informó y deslizó las manos sobre la silla para quitarle el arma.

—¡Oye!

—Será mejor que devolvamos esto a su lugar —le dijo al tiempo que descargaba el arma con asombrosa rapidez para finalmente devolvérsela—. No queremos que dispare a alguien más por el simple hecho de no ser un



experto en arte.

Frunció el ceño y acunó la escopeta, ahora descargada, contra su pecho.

—No iba a dispararte —respondió con sinceridad—. No sería inteligente disparar a un policía a menos de dos horas de inaugurar una exposición en mi galería.

Se rio, no pudo evitarlo, le gustaba su ironía.

—Una sabia elección.

Ella asintió, dejó de nuevo el arma atravesada sobre los brazos de la silla y se impulsó hacia atrás, poniendo un poco de distancia entre ellos.

—Bien, supongo entonces que volveré a verte en la exposición, detective.

Sonrió de medio lado ante su abierto desafío, había declinado el uso de su nombre.

—No me la perdería por nada del mundo —aceptó con un bajo ronroneo. Acortó una vez más la distancia entre ellos y tras cogerle la barbilla entre los dedos se la levantó para poder encontrarse con sus ojos—. Procura no disparar a nadie más hasta entonces. ¿Lo harás?

No la dejó responder, bajó sobre su boca y la poseyó con ternura y suavidad, un preludio de lo que estaba por venir. Le lamió los labios, se relamió ante su sabor y le acarició la mejilla.

—Hasta dentro de un par de horas, Rebecca.

Se obligó a darle la espalda y poner un pie delante del otro; toda una proeza, cuando lo que realmente quería era volver ahí dentro y besarla de nuevo.

## CAPÍTULO 3

Jacques nunca se consideró un merodeador... hasta ahora.

Fue incapaz de dejar la calle en la que se encontraba la galería. Si por él fuese, se habría quedado en la misma acera pero eso sin duda habría hecho que saliese a recibirlo con la escopeta.

Menuda tigresa.

Rebecca lo había sorprendido, no era la clase de mujer que esperaba encontrar. Había algo en ella que vibraba por sí solo, un carácter indómito debajo de aquel aspecto de belleza sureña y su aroma, que se había grabado ya en su interior haciéndole ronronear. Estaba deseoso por tocar su piel, por saber si era tan cremosa como parecía, pero tendría que ir con cuidado o esta vez sería él quién se llevase un perdigonazo.

Las puertas se abrieron tal y como estaba previsto y la gente empezó a llegar a cuentagotas. Esperar fue lo más difícil que tuvo que hacer ya que todo en él lo empujaba a encontrarse de nuevo con ella y reclamarla. No le sorprendía que los de su raza enloqueciesen un poco durante el emparejamiento, una vez que reconocías y grababas el aroma de tu hembra, la razón salía volando a la velocidad de la luz por la ventana y solo quedaba el instinto.

Deslizó la mirada a través de la amplia planta de paredes blancas, columnas redondas y suelo de madera marrón que formaban la galería *La Estela*. Algunos de los objetos en exposición se encontraban dentro de vitrinas de cristal colocadas sobre pedestales; cubos de color blanco que hacían juego con el resto del elegante y moderno mobiliario.

La luz era tenue, los focos alógenos estaban colocados estratégicamente para atraer la atención sobre las piezas expuestas y permitir así su contemplación.

Echó un rápido vistazo, la sala contendría unas cuarenta o cincuenta personas las cuales oscilaban entre las de mayor poder adquisitivo, las bohemias y alguna, como él mismo, gente de a pie que charlaban sobre las piezas o cualquier cosa intrascendente mientras degustaban el coctel servido por tres camareros.

Levantó el rostro y olfateó el aire con rabiosa necesidad. Necesitaba verla otra vez, quería acariciarla, abrazarla y no dejarla ir jamás. Esa hembra era suya, la destinada a él y el conocimiento de que volvería a verla lo emocionaba. Se deslizó entre los presentes, contempló brevemente las piezas de museo expuestas y la buscó como solo alguien de su raza podía buscar a su compañera. Dejó que sus instintos lo dominaran, dejó al felino tomar el mando y reclamar lo que le pertenecía.

—¿Jacques?

La conocida voz masculina hizo que se diese la vuelta y se encontrase con los ojos sorprendidos de Markus Kenway, acompañado por su esposa Lexandra.

Su felino gruñó ante la indeseada interrupción, pero el hombre se impuso a la bestia y correspondió al saludo de la pareja.

—Para que luego digan que el mundo no es un pañuelo —murmuró esbozando una irónica sonrisa.

—¿Qué haces en Los Ángeles? —El *tygrain* no se anduvo con rodeos.

—Me han trasladado desde la central —declaró, sabía que ambos eran conscientes de su profesión—. Necesitaban un refuerzo para la unidad de delitos cibernéticos y aquí estoy.

El mestizo lo contempló en silencio, no tenía que ser adivino para saber que Markus intuía que aquel no era el único motivo de su presencia en la ciudad.

—¿Y estás en la galería por trabajo o...? —dejó la pregunta sin terminar para que él pudiese completarla.

—No estoy de servicio y las obras expuestas, según me han dicho, tienen toda la documentación en regla —respondió con cierta ironía.

Su comentario hizo que el hombre enarcase una ceja en respuesta y sus ojos contuviesen un brillo especulativo.

—Entonces, ya has conocido a la propietaria...

Chasqueó la lengua.

—Digamos que evité que llenase de perdigones a un pobre incauto...

—¿Cómo? —El jadeo de Lexa fue suficiente muestra de su total incredulidad—. ¿Qué ha pasado? Becca no me ha mencionado nada...

El nervioso interés de la muchacha lo hizo recelar. Contempló con interés a la mujer de Mark y entrecerró los ojos.

—La conoces...

Ella hizo un aspaviento, como si la sola pregunta fuese absurda.

—Por supuesto que la conozco, ella es...

Su compañero se adelantó, le rodeó la cintura con el brazo e interrumpió su explicación.

—Lexa compartía piso con Becca antes de que yo reclamase a mi compañera —respondió por ella, sus ojos reflejaban ahora el felino—. Es la mejor amiga de mi mujer y está bajo la protección del clan.

La amenaza intrínseca en su voz lo sorprendió casi tanto como sus palabras.

—¿Ella sabe... de nuestra existencia?

Markus asintió sin dejar de mirarle.

—Bueno... —murmuró más para sí que para sus interlocutores—, eso sin duda hará las cosas mucho más fáciles.

El hombre pareció juntar por fin todas y cada una de las piezas, abrió los ojos, parpadeó y soltó un bajo resoplido.

—No me jodas, ¿es ella?

Sus labios se curvaron por si solos, abrió la boca para dar una respuesta pero un delicioso aroma a flores y manzana inundó su nariz eliminando cualquier pensamiento coherente de un plumazo.

—Lexa, échame una mano, por favor, el maldito vestido...

Su mundo volvió a colisionar en el instante en que escuchó esa dulce y melosa voz. Su cuerpo se endureció en respuesta, sintió los caninos pulsando en su boca y sus ojos velarse con la naturaleza felina nada más reconocerla.

“Mía”.

El reclamo surgió inmediato en su interior. Siguió la dirección de la que provenía el sonido al mismo tiempo que Lexa respondía a la petición de ayuda de la mujer. Al verla quedó incluso más impactado que durante su primer encuentro.

—Este maldito vestido se ha enganchado y no consigo soltarlo —rezongó la recién llegada, la cual se afanaba por soltar la tela de la falda que había quedado prisionera en una rendija.

Con el pelo recogido en un sobrio y elegante moño, la piel blanca de sus hombros apenas tocada por los dos finos tirantes del vestido que se ceñía a la cintura con un pequeño cinturón y el vuelo de la falda cayendo por encima de las delgadas rodillas, era una visión de lo más apetitosa. El color negro de la prenda realzaba el tono claro de su piel, así como el intenso color azul de los ojos que seguían fijos en la tela enganchada en la silla.

—¿Cómo demonios ha podido meterse ahí? —insistía luchando ahora junto a Lexa para soltar la prenda sin romperla—. Pensé que este vestido era el adecuado y mira. Te lo juro, esta maldita silla me tiene manía.

—Respira, Becca, respira —se rio su amiga acucillada a su lado para buscar el mejor ángulo para solucionar el percance.

Escuchó un bajo gruñido que hizo que la pareja y la recién llegada volvieran su atención sobre él.

La pregunta en el rostro del otro hombre dejó claro que ya tenía la respuesta a la pregunta que había hecho.

—Así que has venido... de caza.

No respondió, estaba demasiado ocupado mirando a su compañera y viendo cómo su rostro se sonrojaba y esos cremosos pechos empezaban a amenazar con saltar del escote del vestido ante el brusco cambio en su respiración. La conexión entre ellos fue de nuevo inmediata, su cuerpo la reconoció como el de ella reaccionó al suyo; la necesidad de acortar la distancia entre ambos y cogerla en brazos parecían hacerse cada vez más acuciantes. Era como si cada segundo que habían estado separados, desde el momento en que la conoció hasta ahora, hubiese aumentando también su deseo por ella, por reclamarla.

“Mía”.

Su felino estaba de nuevo muy cerca de la superficie, no le sorprendería si se reflejara de un momento a otro en sus ojos.

—¿De caza? —La pregunta surgió ahora de labios de Lexa, quién parecía a todas luces confundida por lo que estaba pasando.

Ignoró a la mujer y se concentró en su compañera. Acortó la distancia que los separaba, se acucilló y soltó la tela con facilidad.

—Parece que siempre que nos encontramos estás metida en algún apuro —comentó dedicándole un guiño solo para ella.

El sonrojo cubrió sus mejillas, sus ojos se abrieron un poco más y los llenos labios se separaron con un apenas imperceptible.

—Detective Green —lo saludó dejando claro que recordaba su presencia pero negándose también a pronunciar su nombre.

—Con Jacques es más que suficiente, Rebecca —le dijo al tiempo que se incorporaba.

Ella se lamió los labios y adquirió de nuevo esa postura de dueña y señora que lo puso incluso más duro de lo que estaba.

—Parece que tu interés en la exposición era genuino, después de todo —comentó al tiempo que buscaba alisar la falda del vestido, librándola de nuevos accidentes—. ¿O has venido a vigilar que no le dispare a alguien más?

Sonrió de medio lado.

—Me gustaría confiar en tu buen criterio para no llenar de perdigones a cualquiera de tus invitados.

Un ligero carraspeo femenino hizo que los dos se giraran de nuevo hacia la pareja que los contemplaba entre atónitos y divertidos. Mark era el que apenas podía contener su hilaridad mientras su esposa los miraba como si le hubiesen salido dos cabezas a cada uno.

—¿Perdigones? —consiguió articular mirando ahora exclusivamente a su amiga—. ¿Le has disparado a alguien con esa maldita escopeta que guardas en la galería? ¡Te dije que contratases a alguien para que se encargase de la seguridad!

Ella puso los ojos en blanco y se miró las uñas.

—No te preocupes, el gilipollas que se llevó los perdigones era Bernard.

La chica parpadeó y para su sorpresa pareció relajarse al momento.

—¿Ese gilipollas se atrevió a presentarse aquí? —gruñó en voz baja—. Espero que le vaciaras el cargador en el culo.

—Solo le disparé dos veces, en la misma pierna —aseguró con un suspiro antes de señalarlo a él con el dedo—. El detective apareció de la nada y no me dejó acabar la faena.

Las dos mujeres centraron ahora su atención en él y escuchó cómo Mark se echaba a reír.

—A Mitia le va a encantar esto...

Jacques frunció el ceño y gruñó, un sonido muy felino.

—No te metas en lo que no te compete...

El aludido alzó ambas manos a modo de rendición.

—No tengo la menor intención de hacerlo.

El nerviosismo unido a una sensación de inminente fatalidad hizo que se girase de nuevo hacia su recién encontrada compañera. Su rostro había empezado a perder el color y había una ligera sospecha bailando ahora en sus ojos.

—¿Os conocéis?

Mark asintió y señaló lo obvio.

—Jacques es uno de los nuestros —le dijo, entonces bajó la voz y declaró— . Es un *tygrain*...

Su compañera hizo una pequeña “o” con los labios y lo miró una vez más, recorriéndolo como si estuviese buscando algo en él. Ni que decir que el gesto lo puso incluso más caliente.

—Ahora recuerdo que no pudiste asistir a la boda... de otro modo, ya la habrías conocido entonces —continuó y le miró con gesto divertido—. Déjame adivinar, ¿Mint?

Asintió y desvió la mirada sobre su compañera quién seguía aquella inconexa conversación a duras penas.

—Tendré que enviarle un regalo como agradecimiento.

La intensidad que se deslizaba entre ellos dos pareció ser la confirmación final que necesitó Lexa para llegar a una única conclusión.

—¿Es... es broma no?

Becca arrugó la nariz, parecía no gustarle demasiado ser la única que se estaba perdiendo algo.

—¿El qué?

La pareja intercambió una cómplice mirada que extendieron a él en búsqueda de una confirmación.

—¿Alguien me puede decir qué ocurre? —pidió ya con visible irritación— . Tengo la sensación de ser el blanco de una broma y ya sabéis lo poco que me gusta eso.

—Creo que Jacques estará más que capacitado para proveerte de cualquier tipo de explicación —aseguró Mark mirándole con severidad—. Te dejamos en buenas manos.

—Pero...

—Mark, ¿qué demonios estás...?

—Ven, caramelo —tiró de su mujer—, no debes meterte.

—¿Qué mosca les ha picado? —rezongó Becca—. ¿Y por qué tengo la sensación de que no me gustará la explicación?

Se limitó a sonreír, se posicionó a su espalda, se inclinó sobre ella y empujó la silla.

—Dime, Rebecca, ¿qué sabes exactamente sobre mi raza? —le preguntó—. Me gustaría escucharlo de tus labios.

Ella se giró para mirarle.

—¿Por qué?

—Será más fácil explicarte el motivo de mi presencia aquí —aceptó sin más—. Hueles realmente bien, pequeña, realmente apetitosa.

Ella se tensó, le sostuvo la mirada y entrecerró los ojos con cierto brillo de pánico.

—Dime que estás emparejado.

Sonrió de medio lado.

—Lo estaré tan pronto como me aceptes, *compañera*.



## CAPÍTULO 4

Un *tygrain*.

El detective que había presenciado su actuación estelar con la escopeta de caza era en realidad un miembro de una antigua raza felina. Un tigre. Con rayas y todo.

Empezó a hiperventilar. Aquello no podía pasarle a ella, sencillamente no podía estar hablando en serio.

Arrugó la nariz y lo miró directamente. Él le sonrió y volvió a guiñarle el ojo haciendo que sus mejillas adquiriesen un nuevo rubor. Maldita sea, ella no solía ruborizarse y allí estaba, encendida como un semáforo por el simple hecho de escuchar su respiración.

Se movió inquieta, la repentina e inesperada comprensión trajo consigo muchas otras cosas, conversaciones pasadas entre Lexa y ella sobre su propio emparejamiento.

*«Quería arráncale la ropa y comérmelo a bocados».*

Hasta dónde sabía los hombres de esa misteriosa raza eran sumamente sensuales, tórridos y muy sexuales, especialmente cuando encontraban a su supuesta compañera.

*«Por lo que me explicaron, nos reconocen por el aroma. Es como si tuviésemos un perfume característico que solo detecta nuestro compañero y en el momento en que sucede algo hace clic y son como gatitos en celo».*

Se lamió los labios y dejó que las palabras emanasen solas de su boca.

—¿A qué huelo?

Tan pronto como se escuchó a sí misma se cubrió los ojos con una mano y rezongó.

—Olvida lo que acabo de decir —gimió—. Mi boca y mi cerebro se han desconectado.

Su respuesta fue reír.

—Para mí hueles muy, pero que muy bien —le aseguró y la sorprendió rozándole el cuello con la nariz—, a flores y manzana.

Se obligó a morderse el labio inferior, aferró las ruedas con las manos y retrocedió intentando recuperar un poco de espacio para poder respirar.

Su sola cercanía la ponía nerviosa y no solo eso, desde ese primer encuentro hacía unas horas en la recepción, su cuerpo parecía haber despertado de un largo letargo. El deseo resurgió con fuerza y se sorprendió sintiéndose caliente e inquieta. Prefería no tener que pensar en ese breve beso compartido, pues sentía un delicioso hormigueo que no había tenido verdadero sentido hasta ese momento.

Un *tygrain*.

Un felino en un cuerpo humano que exudaba masculinidad por cada poro de su piel.

Uno que estaba allí por ella y solo por ella.

La comprensión llegó invistiéndola con la fuerza de un camión, inexplicablemente se sintió atrapada, le faltaba el aire y su primera e instintiva necesidad fue la de poner distancia entre ellos.

—Vete.

La repentina petición los sorprendió a ambos.

—No sería educado de mi parte marcharme cuando acabo de llegar.

*A la mierda la educación*, pensó con visible nerviosismo. Quería que se alejase de ella, quería que rompiese lo que quisiera que estuviese haciéndole con tan solo su presencia y no volviese a asomar la nariz hasta que fuese una ancianita decrepita.

Un emparejamiento de esa clase no era para ella. Encadenarse a alguien de esa manera, atar a alguien a ella, dejar que los instintos guiasen cada una de sus decisiones sin meditarlas siquiera. No. Era arriesgado, demasiado arriesgado, esa clase de relaciones no tenían cabida en su ordenado mundo.

—No me sentiré ofendida por ello —se dio prisa en asegurar—. Si has venido a ver la exposición, ahí la tienes. Si lo que necesitas es ver los papeles de cada una de las piezas expuestas para asegurarte que no son robadas, te enviaré por fax una copia de los registros tan pronto como cierre las puertas, pero ahora mismo no puedo permitirme perder el tiempo jugando a lo que quiera que hayas puesto en marcha. Tengo una exposición que supervisar, invitados que atender y una galería de arte que requiere toda mi atención.

Como sé que conoces el camino hacia la puerta, sabrás disculparme si no te acompaño.

Ruda. Maleducada. Acababa de echar por tierra todas las normas de buena educación que tenía tan arraigadas, pero el temor que empezaba a burbujear en su interior era demasiado acuciante como para dejarlo pasar.

Recuperó la movilidad de su silla, maniobró para darle la espalda y se obligó a pegar una educada y calurosa sonrisa en sus labios para enfrentarse a lo que quedaba de noche. Sin embargo, no pudo avanzar ni siquiera un par de centímetros, se sintió impulsada hacia delante cuando las ruedas se clavaron en el suelo y la calidez de su aliento no tardó en acariciarle el cuello de camino a su oído.

—No es sabio salir huyendo —escuchó su voz mucho más sensual que hasta el momento—, te arriesgas a ser perseguida.

Se puso rígida un instante antes de sentir cómo su estómago se diluía y la humedad crecía entre sus piernas. Su voz la excitaba, podía notar los pechos hinchados y los pezones endureciéndose contra el breve sujetador.

Rogó a todo lo que conocía que dichas respuestas fisiológicas no se revelaran a través del vestido.

—Dijiste que eras policía, si mal no recuerdo.

Se estremeció al notar una breve caricia de su nariz contra el arco superior de la oreja.

—Detective —ronroneó. Un verdadero ronroneo, de esos que emitían los gatos y que la tuvo temblando como una hoja.

Se lamió los labios y se encogió sobre sí misma en un intento de eludir su cercanía, no le quedó más remedio que girarse de modo que pudiese mirarle ahora a la cara.

Lo que vio en sus ojos la dejó sin aliento, sus pupilas se habían contraído, alargándose ligeramente y el iris se había vuelto más brillante.

Tragó y se lo quedó mirando sin poder hacer otra cosa que respirar, su cerebro hacía verdaderos esfuerzos por encontrar las palabras que necesitaba en ese tortuoso instante; “te ha hecho papilla el cerebro”.

—Es curioso, en estos momentos empiezas a parecerte cada vez más a un acosador y menos a un agente de la ley.

Los labios masculinos se curvaron en una perezosa sonrisa, parpadeó y su mirada recuperó la normalidad.

—Lo que sin duda quiere decir que ambos tendremos que esforzarnos un

poquito más —contestó con ese tono de voz sexy que estaba consiguiendo que empapara las bragas—. Y qué mejor forma de empezar que compartiendo esta velada. ¿Por qué no me muestras las obras expuestas y me hablas un poco de cómo han llegado a tus manos?

Frunció el ceño.

—No son robadas.

—No he dicho que lo fuesen, Rebecca —aseguró incorporándose lentamente—, pero tengo curiosidad por saber qué te atrajo de ellas y por qué son estas y no otras las elegidas para formar parte de la exposición.

—Eso es fácil —respondió con sencillez—, son las únicas piezas que había de los periodos que representan.

Se rio, no ocultó su diversión ante la breve y seca respuesta, como tampoco se esforzó en ocultar su abierta apreciación por ella.

—Empiezas a hacer que piense que odias cada uno de mis huesos —comentó en tono jocosos—, lo cual no deja de ser gracioso si tenemos en cuenta que apenas nos conocemos y que... somos compañeros.

—Tienes razón con respecto a que no nos conocemos —aceptó con la misma sencillez que hasta el momento—, y por mi parte no tengo el menor interés en ponerle solución.

Se lamió los labios y bajó el tono de voz.

—Como tampoco tengo interés en formar parte de lo que creas que formo —continuó sin dejar de mirarle a los ojos.

Su mirada se hizo más felina, pero no por ello perdió el brillo y la diversión que parecía encontrar en ese breve momento que estaban compartiendo.

—Veo que me ahorraré muchas explicaciones sobre mi presencia y el significado de la misma —comentó al tiempo que se inclinaba de nuevo hacia ella. A juzgar por su posición, había agarrado los mangos de la silla impidiéndole cualquier movimiento—. Eso nos facilitará las cosas.

—Eso solo hará que evite que llame a la policía para denunciar a un acosador —le soltó entre dientes.

Chasqueó la lengua y bajó de nuevo el tono de voz convirtiéndolo en un arma de seducción letal.

—Sabes, en circunstancias normales no estaríamos teniendo esta conversación —aseguró acompañando sus palabras con una mirada que la recorrió de los pies a la cabeza—. Al menos no vestidos y en medio de una

sala llena de gente.

Ella entrecerró los ojos y se encontró con su mirada.

—¿Debería darte las gracias por conservar las normas de etiqueta y no comerte a mis invitados?

Volvió a inclinarse una vez más hasta que sus rostros quedaron a la misma altura.

—Más bien deberías hacerlo por seguir todavía con la ropa puesta y a salvo dentro de tu armadura —ronroneó señalando la silla de ruedas con un gesto de la barbilla—, especialmente cuando hueles tan maravillosamente bien y yo tengo tanta hambre.

Estiró la mano en dirección a una mesa colocada a un lado de la pared.

—Que dios no permita que te mueras de hambre, gatito —declaró con sencillez—. Allí encontrarás todo tipo de canapés y aperitivos que podrás degustar. Creo incluso que hay alguno de atún.

La mirada masculina se oscureció, sus ojos volvieron a adquirir ese temple sobrehumano que la hizo tragar y excitarse una vez más.

—Soy carnívoro, nena —le recordó—, harás bien en recordarlo.

Se lamió los labios en un intento por hidratarlos y contener la creciente excitación que la mantenía nerviosa y cada vez más incómoda.

—Lo anotaré en mi agenda.

Sus labios le acariciaron una vez más la oreja, cuando le susurró solo para sus oídos.

—Hazlo —le lamió el arco superior—, y pon al lado un asterisco que diga... *“cuidado, muerde”*.

Fiel a su advertencia le mordió la parte superior del pabellón auditivo haciendo que dejase escapar un pequeño grito. El sonido fue lo suficiente alto para que los invitados que se encontraban más cerca de ellos se girasen con una mezcla de gestos sorprendidos, curiosos y divertidos en sus rostros.

—¿Qué tal si me muestras ahora en qué inviertes tu tiempo? —le dijo en voz alta, recuperando la compostura y la distancia prudencial que los mantenía civilizados—. Confieso que estoy repleto de curiosidad en lo que a ti se refiere.

Ahora fue ella la que bajó la voz sabiendo que él la escucharía sin problemas.

—Voy a hacerme una alfombra para el salón con tu maldito pellejo, *tygrain*.

La silla se movió entonces impulsada por la fuerza motriz que suponía su indeseada compañía.

—Te dejaré utilizarme como tal —le susurró—, pero solo si estás completamente desnuda cuando te tiendas sobre mi pelaje.

Se giró lo justo para fulminarlo con la mirada.

—Cuando termine la maldita exposición de hoy, te largarás.

Se lamió los labios en un gesto de lo más sexy y peligroso. Casi podía ver al tigre que era relamiéndose.

—Cuando termine la exposición —contestó—, tú y yo vamos a tener una muy interesante reunión... a solas. No tienes escapatoria, *compañera* —añadió recorriéndola una vez más con una hambrienta mirada—. Ya no.

## CAPÍTULO 5

—De todas las cosas que podían sucederle esta es sin duda la más extraña y rocambolesca —murmuró Lexa mientras contemplaba a la pareja desde el otro lado de la sala—. Y no lo va a llevar nada bien.

La mano de su compañero se deslizó por la espalda desnuda que ofrecía el vestido. Le gustaba tocarla, sentir su piel, decía que de esa manera se sentía más cerca de ella.

—No sé por qué parece ser algo común en vosotras, las hembras humanas —le dijo con cierto deje de ironía—, tendéis a ponernos las cosas muy difíciles a la hora de conquistaros.

Lo miró de reajo duplicando su gesto.

—¿Disculpa? ¿Quién se lo puso difícil a quién? —le recordó con un coqueto mohín—. Te recuerdo que fuiste tú el que quería mantenerse alejado, yo ni siquiera supe en qué me estaba metiendo hasta que ya era demasiado tarde.

Su emparejamiento había sido, como poco, complicado. Su compañero, el hombre que hoy era su marido, no había deseado una pareja y se esforzó hasta el infinito en rechazarla. Sin embargo, lo que ninguno comprendía entonces era que cuando un *tygrain* encontraba a la mujer que le pertenecía, ya no había vuelta atrás. Podías luchar con uñas y dientes contra el deseo pero al final los instintos siempre prevalecían.

Suspiró. Sí, ellos habían luchado con uñas y dientes y total para nada. La conquista, así como la rendición, fueron inmediatas.

—Al menos Becca sabe de antemano quién es su pretendiente —murmuró girándose hacia él—. Aunque me temo que cualquier explicación que le haya podido dar sobre vuestro modo de emparejarse va a quedársele corta.

Le acarició la espalda y le sonrió con cariño.

—Cada emparejamiento es distinto —le recordó—, y cuanto más te resistes, más fuerte es el deseo. Incomprensiblemente el poli estaba deseando que llegase este momento; es de los pocos *tygrains* que conozco que está deseoso de atarse a una mujer de por vida.

Se apoyó contra él y suspiró al ver la forma en que su amiga se quitaba la mano que se deslizaba sobre su hombro de encima. Becca parecía de todo menos encantada con sus atenciones.

—Sinceramente, espero que sea capaz de conquistarla —murmuró para sí—. Se merece tener a alguien que la quiera a ella y solo a ella. Es una mujer maravillosa, hermosa y cariñosa a quién la vida no la ha tratado precisamente bien. No deja de sorprenderme su fortaleza, cualquier otra persona en su situación se habría venido abajo tras el accidente pero ella, en cambio, no solo avanzó sino que creó esto.

—Va a ser un duro hueso de roer, pero Jacques es uno de los nuestros y ella su pareja —le recordó—. Tu mejor amiga no tendrá escapatoria.

Hizo una mueca y lo miró.

—No quiero que le hagan daño.

Mark le acarició la mejilla con los dedos con ternura.

—¿Te lo hice yo a ti cuando nos emparejamos?

Negó con la cabeza.

—No, pero no fue fácil... todo era... demasiado intenso.

—Estará bien —aseguró con confianza—. Él se encargará de que ella lo esté.

Sabía que un *tygrain* iba a anteponer a su compañera por delante de todo, pero conocía a Becca y debajo de esa mujer segura de sí misma, existía alguien tierno y de naturaleza delicada, alguien que no confiaba demasiado en el sexo opuesto, sobre todo después del último desastre de relación sentimental que había tenido.

—Ojalá tengas razón.

La besó en el cuello y ronroneó en su oído.

—Siempre la tengo —la acarició con la nariz—. Tengo hambre, caramelo. Vámonos a casa.

El deseo surgió tan pronto escuchó sus palabras, ya que su hambre era de ella y no de comida.





## CAPÍTULO 6

No dejaba de ser curiosa la forma en la que se alejaba de él, cada uno de sus movimientos estaban estudiados para eludirle o evitar sus manos, incluso sus miradas se volvieron cada vez más ácidas en el transcurso de la velada y no podía sino encontrarlo divertido.

Rebecca le gustaba cada vez más, no solo tenía un físico y unas facciones que le agradaban, su espíritu estaba a la par del suyo; una mujer desafiante y segura de sí misma que hacía de su invalidez una fuerza y no una debilidad. Parecía una reina sentada en su trono, orgullosa y segura, pendiente de cada pequeño detalle y siempre con una palabra amable y educada para sus invitados.

Él era el único que veía esa otra parte de la mujer, la que la mantenía a la defensiva, la que hacía que se esforzase por mantener esa máscara de dualidad presente en su rostro, a pesar de que lo que más deseaba era perderlo de vista.

Su nueva compañera era muy camaleónica y eso le gustaba aún más.

Qué diablos, no había nada que no le gustase de ella, con excepción de esa acuciante necesidad que parecía haber desarrollado durante los últimos minutos de mantenerlo a raya.

Se lamió los labios y la estudió disimuladamente mientras charlaba con una pareja de edad con quién mantenía un estimulante debate sobre una de las piezas. Se moría por hundir las manos en ese sobrio moño con el que se había recogido la melena y soltárselo para ver lo largo que tenía el pelo, quería despojarla del vestido para deslizar las manos y la boca por su piel, tumbarla sobre una cama y disfrutar de ella de todas las maneras posibles hasta que estuviese tan excitada que no sintiese otra cosa que placer cuando la reclamase. Quería descubrir en qué lugar de su cuerpo se ocultaba esa

pequeña marca que la proclamaba como suya, un pequeño antojo que seguramente ella habría pasado por alto sin darle mayor importancia.

Su felino ronroneó bajo su propia piel, lo sintió asomándose a través de sus ojos y tuvo que obligarse a apretar los dientes para no gruñir en voz alta.

Cuando Mint le dio el pedacito de papel con un nombre y una dirección no estaba seguro de lo que iba a encontrarse, ni siquiera pensó en ello, en su mente solo había una idea, llegar a su destino y encontrarla. Ahora, sin embargo, comprendía que las cosas no eran tan sencillas, no se trataba simplemente de llegar a la mujer que deseaba y que esta lo aceptase sin más. Su compañera no era *tygrain*, si bien poseía conocimientos sobre la existencia de su raza y no dudaba que también de su forma de emparejarse, seguía siendo humana, con pensamientos humanos y temores propios de alguien ajeno a su gente.

La recorrió con la mirada y entrecerró los ojos sobre sus piernas las cuales asomaban delgadas, aunque torneadas, por debajo de la falda del vestido; unos miembros que habían sido privados de movilidad. La parálisis parecía remitirse únicamente al cuadro inferior, ya que no parecía tener ningún problema de movilidad de cintura para arriba. El característico aroma de su deseo y su obvio nerviosismo lo llevó a pensar así mismo que su cuerpo reaccionaba a los estímulos. No estaba al día con esa clase de cuadros clínicos, pero en el caso de su compañera parecía que la ausencia de apetito sexual no era una secuela que afectase a su actual condición.

La fortaleza que esgrimía, su necesidad de independencia y especialmente la forma en la que hacía que todos a su alrededor no se fijasen en la silla en la que estaba sentada, sino en su persona, era otro aliciente más que sumaba puntos a su favor.

Oh, sí. Le gustaba esa mujer y mucho, no podía asegurar estar ya enamorado de ella, pero intuía que no era algo que fuese a costarle mucho. El deseo ya estaba presente, ahora, solo tenía que dirigir la seducción en la dirección adecuada y hacer que esa preciosa criatura se rindiese al placer.

La escuchó reírse ante un comentario del matrimonio un momento antes de despedirse y desearles a ambos una buena noche, esperando que el hombre se decidiese a adquirir la pieza de la que parecía haberse prendado. Deslizó las manos a la parte metálica que la ayudaba a dirigir su vehículo y se giró hacia él.

—¿Todavía sigues aquí? —le soltó sin más—. Tenía la esperanza de que

ya te hubieses esfumado.

Sonrió de medio lado al escuchar el tono de su voz. Esa muñequita estaba dispuesta a echarlo de la forma en que fuese posible.

—¿Y perderme la manera tan seductora en la que has hecho que ese pobre hombre quiera comprarte media galería? —respondió en el mismo tono que utilizó ella—. Eres toda una caja de sorpresas.

Se limitó a suspirar y negar con la cabeza. Entonces se cruzó de brazos y lo miró.

—¿Qué hará que te marches por esa puerta?

Él siguió la dirección que marcó su barbilla y se encogió de hombros.

—Que tú salgas también conmigo —aseguró con sencillez—. Así que, cuando quieras...

Entrecerró los ojos y lo miró.

—La idea es que te marches tú solo...

Chasqueó la lengua.

—Una idea pobre y sin perspectivas —se inclinó sobre ella y le acarició la nariz con un dedo—. Por si todavía no te has dado cuenta, soy muy insistente. Mi cometido principal es hacer que tú salgas por esa puerta conmigo, después... bueno, soy un caballero, así que dejaré que decidas el lugar en el que deseas terminar la noche... en mi cama o en la tuya.

Ladeó la cabeza y lo miró con ironía.

—Sí, ya veo lo sumamente caballeroso que puedes llegar a ser.

—Estoy decidido a seducirte, compañera —aseguró en voz baja.

Sacudió la cabeza.

—Sigue soñando, tigre, sigue soñando.

Se lamió los labios con lentitud, dejando que su lengua acariciase la suave superficie de modo que ella lo percibiese tal y como lo estaba haciendo. El aroma de su excitación creció pellizcándole la nariz y aumentando su propio apetito.

—Tu cama o la mía —ronroneó inclinándose ahora sobre su oído—, tienes... una hora más para decidirte y decirles adiós a todos estos intelectuales y amantes del arte. No te daré ni un solo segundo más.

Y no lo haría, su felino estaba demasiado necesitado, demasiado excitado, si no la reclamaba y pronto, no podría prometer no terminar dando el espectáculo del siglo en esa misma galería.

—Chicos...

Becca se giró al escuchar la voz de sus amigos, no necesitó grandes explicaciones para saber que estaban a punto de decir, la forma en que Mark abrazaba a Lexa era explicación suficiente.

—Venimos a despedirnos —anunció su amiga corroborando sus propios pensamientos—. Mark tiene que dejar listas algunas cosas antes de que volvamos a casa mañana.

—¿Os vais a primera hora?

Ella asintió y extendió los brazos para rodearla.

—Sí —contestó. Entonces bajó la voz y le susurró al oído—. Te aseguro que no es tan malo emparejarse, es incluso... excitante. Te cambiará la vida.

Parpadeó e hizo una mueca ante sus palabras.

—El problema es que no quiero que cambie mi vida —contestó en el mismo tono—. Esto es una completa y absoluta locura.

—A mí me lo vas a decir —aseguró con una débil sonrisa—. Llámame mañana, ¿vale? No importa la hora, solo llámame.

Asintió apretándole todavía la mano que sostenía, entonces se giró a Mark, quién se inclinó para besarla en la mejilla.

—Tómalo con calma —le susurró él—, el poli es un buen tipo.

Prefirió ahorrarse respuesta alguna.

—Cuida de mi mejor amiga y tráela más a menudo —le reprochó—. Venid los dos. Os echo de menos.

—Prometido —asintió, entonces se incorporó y dejó de hablar en susurros—. Y tú procura no dejar eunuco a tu compañero antes de tiempo.

Puso los ojos en blanco.

—El poli no es nada mío...

—Si te lo repites varias veces todos los días, a lo mejor te da resultado —añadió Jacques con sorna.

Puso los ojos en blanco mientras los hombres se despedían.

—Buena caza —escuchó a Mark, lo que provocó que pusiese una vez más los ojos en blanco.

—Gracias.

—Recuerda que ella no es... —la voz de Lexa quedó interrumpida por un pequeño jadeo.

—Será mejor que los dejemos, caramelo, tú y yo tenemos cosas pendientes

—ronroneó su compañero con un claro propósito—. Becca, Jacques... hasta pronto.

Dejó escapar un suspiro mientras lo veía atravesar la sala juntos y abrazados, Mark asintiendo mientras su amiga posiblemente les cantaba las cuarenta y a pesar de ello felices; eran una pareja a la que envidiaba.

Se giró entonces hacia su acompañante, quién la observaba como si estuviese contemplando una obra de arte. Su escrutinio la ponía nerviosa.

—¿Qué?

Se encogió de hombros, bajó la mirada hacia el reloj que cubría su muñeca y la miró de nuevo.

—Te quedan veinticuatro minutos...

Bufó, llevó las manos a los soportes de la silla y se imaginó a sí misma pasándole por encima a toda velocidad.

Dios, aquella noche iba a ser interminable.

## CAPÍTULO 7

—¿Ya lo has decidido?

Becca se sobresaltó al escuchar la sensual y masculina voz en su oído. Su aliento le calentó la piel e hizo que el maldito deseo, que ya llevaba asediándola durante toda la velada, se revolviese en su interior una vez más.

Ese hombre se movía como un felino, en silencio y con aplastante elegancia, había escuchado cómo levantó expectación entre las féminas presentes que no dudaban en echarle vistazos a hurtadillas cuando pensaban que ella no miraba. Todo el mundo parecía haber llegado a la conclusión de que existía alguna clase de relación entre ellos, pues habían llegado a decirle incluso que su “novio” era muy atractivo.

No podía sino dar las gracias de que la velada ya hubiese llegado a su fin y que los invitados hubiesen abandonado ya la galería. Bajó de nuevo la mirada sobre su escritorio, terminó de recoger las carpetas, las guardó en un cajón y finalmente volvió a concentrar su atención sobre él.

—Eres igual que un perro con un hueso, poli.

Se encogió de hombros de manera casi imperceptible.

—Sencillamente sé lo que quiero, lo que necesito y soy lo suficiente obstinado como para no rendirme hasta conseguirlo —declaró sin más—. Y tú estás ahora mismo en mi lista como el primero de todos mis deseos, así que...

Dejó escapar el aire haciendo que se moviese uno de los mechones que ya habían empezado a escapar del apretado moño en el que llevaba recogida la melena.

—Así que... ahí está la puerta —le señaló sin disimulo—. Te doy total libertad para atravesar la sala y salir por ella.

Se inclinó una vez más sobre ella y le acarició la oreja con los labios.

—De acuerdo, que sea la mía entonces —declaró con firmeza—. Aunque debo prevenirte. Acabo de mudarme por lo que el mobiliario es escaso. En realidad, solo hay un colchón y la compra de la semana llenando la nevera, pero nos las arreglaremos.

Ladeó la cabeza en un intento por escapar de sus atenciones y lo miró.

—Eres insistente.

—¿Contigo? Tenlo por seguro —aceptó relamiéndose—. No pienso detenerme hasta haberte seducido.

—No puedo creer en mi maldita suerte —bufó. Aferró las guías de las ruedas y se impulsó hacia atrás, dejando la amplia mesa adecuada a su altura para recorrer la distancia que la separa hasta la puerta.

—Tengo que hacer una última ronda para asegurarme de que no se ha quedado ningún rezagado y he apagado todas las luces antes de conectar las alarmas.

Frunció el ceño ante sus palabras.

—Eso es el trabajo de un guarda de seguridad.

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Sí, lo era... hasta que encontré al último robándome y lo saqué de patitas en la calle —declaró—, así que, ahora tengo un sistema de seguridad antirrobo conectado con la policía y mi escopeta.

Su ceño se hizo más profundo.

—No puedes estar hablando en serio...

Lo miró por encima del hombro.

—Es mi galería, nadie sabe mejor que yo dónde está cada una de las cosas y dónde puede esconderse alguien en caso de querer hacerlo —resopló—. Pero si hace que te sientas más tranquilo, poli, lo del guarda de seguridad es algo para lo que ya estoy buscando reemplazo.

Gruñó por lo bajo, sus ojos se entrecerraron sobre ella.

—¿Acabas de gruñirme?

Desvió la mirada echando un vistazo a su alrededor antes de posarla de nuevo sobre ella.

—Sí —declaró de forma cortante—. Pensé que tendrías un poquito más de sentido común. Deberías haber contratado a alguien para encargarse de la seguridad, especialmente cuando expones antigüedades.

Ahora fue ella la que se cruzó de brazos.

—¿Ahora vas a decirme que eres de la opinión de que las mujeres no



podemos realizar ciertos trabajos?

La recorrió con la mirada.

—No se trata de tu sexo o habilidades, es cuestión de sentido común —aseguró—. Necesitas contratar al menos a un guarda de seguridad para la galería, especialmente si queremos evitar que termines de nuevo con una escopeta entre las manos para echar a un indeseable. Si no llego a aparecer yo en ese momento, quién sabe lo que habría podido ocurrir.

Terminó poniendo los ojos en blanco, era algo que hacía demasiado últimamente.

—Mira. Para empezar, no pedí que intervinieses. Dios sabe que lo último que necesito es un compañero de cualquier clase o raza —expuso abiertamente—. Me las he arreglado perfectamente bien yo solita hasta estos momentos y pienso seguir así, por lo que...

Jacques había dejado de escucharla, se había girado como un resorte, interponiéndose entre ella y el umbral, dándole la espalda mientras ladeaba la cabeza como si pudiese escuchar alguna cosa. La forma en la que se movió, incluso esa pequeña inclinación de la cabeza como si estuviese olfateando el aire le recordaron exactamente ante qué clase de ser estaba.

Sus ojos se habían oscurecido y su rostro perdió el gesto condescendiente para dibujarse una máscara de frialdad que la hizo estremecer.

—¿La galería tiene sistema de video vigilancia?

Parpadeó, su voz se había oscurecido adquiriendo un tono más profundo, casi animal.

—Si lo tuviese, ¿crees que iría yo sala por sala a comprobar que no quedase nadie? —le soltó poniendo los ojos en blanco—. Esto no es un museo, detective, por si todavía no te has dado cuenta, es un viejo estudio remodelado.

Una vez más escuchó ese profundo gruñido surgiendo de su garganta.

—Dime al menos que esta oficina puede cerrarse desde dentro.

—¿Esta oficina puede cerrarse desde dentro?

Resopló y no parecía estar de humor para bromas.

—Sí —señaló la puerta con un gesto cansado—. ¿Vas a decirme a qué viene tanta neurosis repentina?

Empujó su silla haciéndola retroceder unos centímetros.

—Cierra por dentro tan pronto salga —declaró al tiempo que se llevaba las manos al interior de la chaqueta y extraía una pistola—. Y ni se te ocurra

dejar esta habitación hasta que vuelva.

Parpadeó ante el tono de mando y la visión de la pistola reglamentaria. Este ya no era el seductor, era el policía en toda su esencia.

—¿Qué demonios...?

La mirada cortante que le dedicó la dejó sin palabras.

—Hazlo, Rebecca —le ordenó—. Hay alguien ahí fuera y no se trata de ninguno de los invitados que estuvo antes en la recepción.

Se quedó sin respiración al escuchar sus palabras. ¿Había alguien en su galería?

—Llamaré a la policía.

Él la miró.

—Dame quince minutos antes de llamar a los refuerzos —le pidió echando un nuevo vistazo hacia la puerta—. Huelo a cerveza y sudor... no es la clase de aromas típicos en un delincuente común.

Abrió la boca pero volvió a cerrarla. Oler. Por supuesto. Al final no pudo contener una mueca.

—¿Qué te dé quince minutos? ¿Para qué? —jadeó—. Llama tú mismo a la policía y espera a que lleguen.

Él sonrió ahora de medio lado y le puso los pelos de punta.

—Me alegra ver que te preocupa mi pellejo, compañera.

Puso los ojos en blanco.

—Lo que me preocupa son las piezas de *mi* galería.

Su sonrisa aumentó haciéndose más misteriosa.

—Tendré que trabajar en ampliar ese rango de preocupación... a *mi persona*.

Antes de que pudiese rebatir tal comentario, se encontró asida por la nuca con una fuerte mano mientras su boca se estrellaba contra sus labios en un húmedo y hambriento beso.

—Cierra tan pronto salga —le pidió—. Con un poco de suerte, incluso podrás irte hoy a la cama temprano.

La dejó allí, temblando, con la huella de sus labios sobre los propios y más excitada de lo que había estado en toda su vida.

—Esto no puede estar ocurriendo —jadeó tras verlo desaparecer por la puerta. Cerró automáticamente tras él y miró la madera—. Sencillamente, no puede.



## CAPÍTULO 8

¿Qué parte de “*no se te ocurra dejar esta habitación hasta que vuelva*” no había entendido?

Jacques tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no poner los ojos en blanco mientras esa endiablada mujer apuntaba con la escopeta de caza a uno de los dos incautos muchachos que se habían colado en la galería. El delantal erótico que llevaba entre las manos, así como la camiseta que proclamaba el eslogan de alguna fraternidad universitaria, decía más de su presencia en el local que cualquier otra cosa.

Una de las esculturas que no estaban protegidas por las urnas de cristal había empezado a sufrir una transformación bastante cómica: peluca multicolor, casco vikingo de plástico y no dudaba que el delantal erótico pretendía completar el nuevo atuendo de la desnudez escultórica antes de que fuesen pillados con las manos en la masa.

—Rebecca, ¿te importaría bajar el arma, por favor?

Ella ni siquiera parpadeó, mantuvo el cañón estable y apuntando al chico que todavía portaba el delantal y temblaba como un bebé.

—Claro —respondió con absoluta ironía—. Lo haré tan pronto como retire esa abominación con la que ha disfrazado esa importante pieza arqueológica.

Sintió el temblor del compañero del chico a pocos pasos de él, el muchacho había levantado las manos como un resorte pidiendo que no le disparase en cuanto vio el cañón del arma. En una de ellas todavía llevaba la Polaroid con la que suponía inmortalizarían la prueba que les haría pasar la prueba de acceso a la fraternidad.

—¿Esto es lo que os enseñan ahora en la universidad? ¿Allanamiento de morada y destrucción de la propiedad? —rezongó ella—. Así va la educación en el país.

—Si bajas el arma, quizá puedan explicarse —le sugirió al tiempo que enfundaba su propia pistola.

Lo fulminó con la mirada.

—Tendrán que explicarse con ella apuntándoles —rezongó—, y dependiendo de lo que escuche, me pensaré el llenarles el culo de perdigones o no.

Un ácido aroma impactó entonces sus fosas nasales haciendo que arrugase la nariz y diese un salto a un lado para apartarse de inmediato del inesperado percance.

—¡Oh, joder! —exclamó al mismo tiempo que bajaba la escopeta, cruzándola sobre su regazo y miraba al pobre chico como si hubiese cometido un sacrilegio—. ¿En serio? Joder... ¡yo no pienso limpiar eso!

El charco a los pies del más joven de los muchachos empezó a hacerse más visible a medida que su vejiga se vaciaba, sus ojos adquirieron un tono acuoso y no pudo evitar que las palabras surgiesen de su boca por si solas.

—Si ahora te echas a llorar, te mato.

Y ese fue todo el detonante que necesitó el humillado muchacho para que sus ojos miraran una vez más la escopeta, luego a ella y atravesase corriendo la galería dejando tras de sí un sonido de *banshee* desesperada regado con su propia orina.

—Fantástico, detective, eso ha dado un gran resultado —rezongó ella, entonces clavó la mirada en el otro chico que había empezado a palidecer hasta límites insospechados y suspiró—. Lárgate antes de que te desmayes sobre ese desastre.

No necesitó que se lo repitiese dos veces, el segundo muchacho salió como una exhalación detrás de su compañero, resbalando un par de veces y estando a punto de caer por culpa del húmedo rastro dejado tras de sí.

La vio arrugar la nariz una vez más y mirar con gesto disgustado el lugar dónde había comenzado todo, el charco era más que visible.

—No puedo creer que se haya meado en los pantalones —sacudió la cabeza—. ¿Y qué ha sido ese gritito? Por dios, parecía una chica.

La miró con gesto contrariado. No le había gustado ni un pelo que hubiese desobedecido sus órdenes poniéndose en peligro. Sí, esta vez se había tratado simplemente de un par de desafortunados muchachos de fraternidad, pero ello no la excusaba de ese comportamiento temerario que parecía abrazar cuando se empeñaba en salirse con la suya.

Cuando la conoció aquella misma tarde, con esa arma en las manos y apuntando al hombre, había esgrimido ese mismo comportamiento, era casi como si necesitase hacerlo para probarse algo a sí misma.

—Demonios, no sé si queda de ese desinfectante especial en el trastero —arrugó la nariz una vez más. Su olfato parecía ser bastante fino—, pero no puedo dejar esto así hasta mañana. El olor se quedará impregnado y no habrá forma humana de quitarlo.

Acomodó la escopeta en su regazo y llevó las manos a los aros de las ruedas para manejar su vehículo personal pero no llegó muy lejos, puesto que frenó su partida.

—¿Qué...?

Le arrebató el arma del regazo y la alejó de su alcance.

—Yo me quedaré con esto de momento —declaró sin dejar de mirarla, no se molestó en disimular su disgusto—. Se acabaron los actos irreflexivos por esta noche, recoge lo que necesites y ponte un abrigo, te vienes conmigo a casa.

Pudo ver el abierto desafío en los ojos femeninos, la forma en que apretó los labios y sus dedos se crisparon mientras aferraba con fuerza los rieles de las ruedas.

—No iré contigo a ningún sitio —declaró con tono enfurruñado—. Pero eres libre de marcharte ahora mismo, como has visto, yo tengo un desastre que limpiar. Y no veas lo divertido que es utilizar una fregona desde esta posición. Ese desinfectante no hace daño a las obras, pero apesta lo suficiente como para darme arcadas.

Luchó por hacer pasar el aire a través de sus pulmones, el aroma que ahora perfumaba la sala lo asqueaba y molestaba infinitamente, pero no era nada comparado a lo que su felino sentía. La necesidad de arrancarla de ese infierno de metal, echársela al hombro y reclamarla empezaba a hacerse cada vez más desesperada. Si no iba con cuidado, su parte humana desaparecería bajo la supremacía de la animal y ya no atendería a nada más hasta haberla poseído.

Irónicamente, la idea no le parecía tan mala.

Dejando la escopeta a un lado y fuera de su alcance, se inclinó sobre ella, aferró ambos brazos de la silla con sus manos y la miró a los ojos.

—Si sigues desafiándome de esa manera, compañera, vas a conseguir que deje a un lado mis buenos modales —la previno—, y será mi felino el que

tome las riendas...

Le sostuvo la mirada sin parpadear, pudo ver cómo tragaba lentamente pero no dejó traslucir ninguna muestra de temor, por el contrario, un nuevo aroma impactó directamente en su nariz ensalzando sus sentidos, uno que lo hizo gruñir con hambre.

—No tienes escapatoria, Rebecca —le dijo y levantó una mano para acariciarle la mejilla con ternura—, fuiste creada para mí y te lo demostraré antes de que termine la noche.

Se lamió los labios, ladeó la cabeza y echó el pulgar por encima del hombro.

—El cubo y la fregona están en el cuarto de almacenaje —le soltó sin más—. Sé generoso con el desinfectante.

Le palmeó el brazo y recuperó el movimiento de su silla haciéndola retroceder.

—Mañana veré si puedo encontrar algún servicio de limpieza exprés —rezongó—. Me niego a abrir de nuevo la galería hasta que hayan desinfectado cada centímetro de ella.

Le dio la espalda y se deslizó por la sala evitando colaborar a esparcir el desastre con las ruedas de su silla.

—Dudo mucho que mañana puedas hacer algo más que dormir —murmuró para sí una vez que la vio abandonar la sala—, y será un placer contemplarte mientras lo haces.

Echó un vistazo a su alrededor y no pudo evitar sonreír con abierta diversión.

—De todas las formas en las que podía haber pensado en terminar con esta velada, esta no era una de ellas —sacudió la cabeza con diversión—. Cubo y fregona. Compañera, eres toda una caja de sorpresas dentro de la cual estoy deseando indagar.

## CAPÍTULO 9

Becca empezó a tener serios problemas para respirar en el mismo momento en que la puerta trasera del taxi se cerró. El taxista rodeó rápidamente el vehículo y ocupó su lugar, se puso el cinturón y el ronroneo del motor precedió su incorporación a la carretera.

Se giró hasta acariciar el cristal de la ventanilla con la nariz, atrás quedaba la entrada del edificio de la galería, la vacía acera y el hombre que se había presentado para destrozarse su organizada vida.

—¿Qué estoy haciendo?

Se llevó la mano al pecho y cerró los ojos en un intento por contener unas inesperadas y estúpidas lágrimas. Inspiró y espiró, una y otra vez, pero aquello no evitó que el dolor que ahora anidaba en su pecho cediese en intensidad.

—Estás bien. Estás perfectamente. Se te pasará en cuanto llegues a casa — intentó autoconvencerse—. Solo estás reaccionando al desastre de esta noche. Estás sobrepasada, eso es todo. En cuanto duermas...

La imagen de su cama, de las sábanas revueltas y un hombre entre ellas la obligaron a morderse el labio para evitar gemir en voz alta. Su sexo palpó en mudo recordatorio de lo que podría haber ganado si hubiese aceptado la oferta de Jacques y se hubiese ido con él a casa. O lo hubiese invitado a la suya.

Sexo. Sexo del bueno.

Apoyó la mano en el cristal y se obligó a recostarse en el asiento y mirar hacia delante, el frío que transmitía la ventana consiguió devolverle un poco de estabilidad a su vapuleado cerebro.

—Deja de pensar —musitó para sí misma—, apaga el maldito cerebro y deja de pensar.



Era imposible. No podía quitarse de encima esa intensa mirada masculina, el recuerdo de su voz susurrándole indecencias al oído, encendiéndola con tan solo su presencia y ese delicioso aroma que...

—Mierda, mierda, mierda —gimió al sentir una nueva punzada atravesándole el sexo. Deslizó las manos sobre su regazo y las apretó contra la parte baja del vientre.

Le dolían los pechos, los notaba llenos y pesados, los pezones erectos y demandando unas caricias que no llegaban y no llegarían hasta que estuviese sola y pudiese encargarse de sí misma.

Joder, ¿cuándo había sido la última vez que había tenido siquiera ganas de masturbarse?

Respiró profundamente y echó una vez más la cabeza hacia atrás, cerró los ojos e hizo algo tan estúpido como ponerse a recitar mentalmente cada una de las obras expuestas en la galería, el periodo al que pertenecían y el lugar de origen.

Las lágrimas interrumpieron su listado al deslizarse por sus mejillas sin previo aviso, abrió los ojos y parpadeó, se pasó las manos por la cara y recogió la humedad en las yemas de los dedos.

—Fantástico —resopló con un pequeño quejido al ver el color negro que las tiznaba—, adiós al maquillaje. Voy a parecer un cuadro abstracto en cuanto salga del coche.

Parecía que el parloteo era el único método con el que contaba para distraerse a sí misma, el taxista no había dicho ni una sola palabra, se limitaba a tararear en voz baja la melodía que sonaba por la radio y conducir hacia la dirección que le había indicado cuando la recogió ante la galería.

*El gatito se va a enfadar, Becca. Se le va a erizar todo el pelo y veremos si no pierde las rayas.*

No era inteligente huir de un *tygrain*, ¿acaso no tenía como prueba de ello el propio emparejamiento de Lexa? Su amiga había pasado por un infierno antes de que Mark la reclamase, en realidad, el infierno había continuado incluso después a causa del desconocimiento de su antigua compañera de piso sobre la raza a la que pertenecía el hombre con el que se había involucrado.

*Tú no tienes ese problema. Sabes perfectamente qué y quién es. De hecho, casi te corres del gusto en cuanto te lo confirmó con palabras.*

—¡Y una mierda!

Su agudo tono de voz hizo que el taxista mirase a través del retrovisor.

—¿Decía algo, señorita?

Negó con la cabeza y desvió la mirada hacia la ventanilla del coche esperando que el rubor que sentía incendiándole las mejillas desapareciese.

El paso de las luces de la ciudad aumentaron el nudo en su pecho, las lágrimas surgieron sin control y se encontró limpiándolas con fiereza. Los borrones de su maquillaje quedaron extendidos hasta tal punto que le daban un aspecto que bailaba entre el mapache y un guerrero indígena dispuesto a la batalla.

Apretó los labios al tiempo que aferraba la tela de su vestido hasta arrugarla por completo. Sus ojos cayeron entonces sobre sus piernas, esos inservibles miembros que le habían arrebatado la movilidad y la mantenían esclava de una silla de ruedas.

Debería estar agradecida de poder sentir de vez en cuando alguna cosa. La paraplejia que había sufrido a raíz del accidente había sido incompleta, lo que hacía que conservase el control sobre la vejiga y reaccionase a los estímulos sexuales. Sus piernas eran las únicas que habían perdido cualquier tipo de sensibilidad o capacidad motora, al parecer algunos de los nervios que conectaban su médula espinal habían sufrido daños o no funcionaban correctamente, mientras que otros mantenían sus funciones, al menos por el momento. Solo esperaba que ese “por el momento” se extendiese en el tiempo hasta convertirse en “permanente”.

Deslizó las manos por los muslos sin sentir absolutamente nada, un par de nuevas lágrimas cayeron sobre estos pero se obligó a desterrarlas rápidamente. No se había rendido, había aprendido a salir adelante, a sobreponerse y no iba a bajar los brazos ahora.

Era una persona muy capaz, una mujer plena en muchos sentidos y no dejaría que una lesión condicionase su vida más allá de lo indispensable.

—Sigo siendo yo —murmuró en voz alta—, nunca he dejado de ser yo.

Conforme con aquel empuje mental volvió a mirar por la ventanilla el nocturno paisaje que ofrecía la ciudad. Estaban ya cerca de su hogar, un par de manzanas más y podría entrar en esas cuatro paredes que conocía y dónde se sentía a salvo de todo y todos.

*¿De todos? ¿Estás segura?*

Esa vocecilla en su conciencia parecía haber despertado de su largo letargo solo para joderle la noche.

*“Un tygrain nunca renuncia a su compañera”.*

Las palabras de Lexa resonaron como un claro aviso en su mente casi al mismo tiempo que lo hacía el teléfono móvil en el interior de su bolso.

El inesperado sonido la sobresaltó, recuperó el complemento que había dejado a un lado y hurgó en el interior hasta dar con el histérico aparato. Frunció el ceño ante el desconocido número y contestó con un renuente:

—¿Sí?

Un profundo suspiro inundó la línea seguido de unas tranquilas y ronroneantes palabras.

—¿Tienes ducha en casa?

La pregunta la sorprendió.

—¿Cómo demonios has conseguido mi número?

No volvió a mirar el teléfono antes de llevárselo de nuevo al oído.

—Te cogí el teléfono e hice una llamada perdida al mío —declaró sin más—. Te habría grabado el mío, pero no me diste tiempo.

¿Era petulancia lo que escuchaba en su voz?

—¿Y bien?

Frunció el ceño una vez más.

—¿Y bien qué?

Lo escuchó suspirar.

—¿Tienes ducha en casa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque necesito quitarme el olor a desinfectante de encima —ronroneó—. lo que te concederá cinco minutos más de indulto.

Tragó.

—¿Solo cinco?

Lo escuchó gruñir y su voz se volvió mucho más oscuro.

—Los otros quince empezaste a gastarlos en el momento en que te subiste al taxi —le soltó, haciéndola saber que estaba al tanto de sus artimañas—. Te advertí que no huyeses de mí, te pedí que no me llevaras al límite... pero has decidido despertar al tigre y ahora está más que ansioso de darte caza.

Apretó el teléfono casi sin ser consciente de ello.

—No soy una presa a la que puedas dar caza —se ofuscó. ¿Qué pensaba que era ella? ¿Un conejo? ¿Una ardilla? ¿Qué perseguían los tigres?—. Soy una persona, una mujer que no tiene la más mínima intención de emparejarse o lo que sea ni contigo ni con nadie. Eres un gato, por el amor de dios... ni

siquiera deberías existir.

Hubo una pequeña pausa, entonces su voz sonó clara y tranquila.

—Eres todo lo que quiero, Rebecca —le dijo con firmeza—, tal cual eres.

La sinceridad que escuchó en sus palabras la hizo temblar.

—Son tus malditas hormonas las que hablan... no tu sentido común.

Lo escuchó reír.

—Reconozco que mis hormonas están más que alteradas, pero no tanto como para no saber lo que deseo o decidir si me gusta o no lo que he visto — aseguró con rotunda sinceridad—, y tú me has gustado. Toda tú.

Se estremeció una vez más ante el sensual sonido de su voz y la seguridad con la que hablaba.

—Te lo repito, no estoy interesada en esta clase de... deporte de alto riesgo.

Se rio una vez más.

—Es una verdadera pena, compañera, porque tú misma has sido la que dio el pistoletazo de salida —ronroneó—. Te quedan diez minutos... cinco de ellos incluyen una ducha... así que, aprovéchalos bien.

La línea quedó en silencio impidiéndole dar respuesta a la sutil y abierta amenaza intrínseca en las palabras masculinas.

—La madre que lo parió —no se cortó a la hora de insultarlo.

Se había metido en un buen lío, uno del que no estaba nada segura de cómo terminaría saliendo.

## CAPÍTULO 10

Becca se quedó con el extensor en la mano mientras escuchaba el timbre de la puerta. Se había trasladado al dormitorio para retirar su ropa de andar por casa y colgar la chaqueta en la percha dentro del armario. La barra que hacía la función de perchero estaba conectada a un mecanismo lateral que le permitía descolgarse y bajar el tubo de hierro hasta su altura sin necesidad de hacer malabares para coger su ropa. Un par de cajones a su altura y un abierto zapatero le permitían el uso y comodidad que necesitaba debido a su discapacidad.

El pequeño apartamento había sido acondicionado poco a poco a sus necesidades, desde la anchura de las puertas a las piezas del cuarto de baño o el hueco que había debajo del fregadero, incluso el antiguo dormitorio de Lexa había sido reconvertido en un estudio/cuarto de la plancha.

El timbre volvió a sonar una vez más y sintió cómo todo su cuerpo se ponía de nuevo en tensión.

Era Jacques. No necesitaba de una confirmación. Ese hombre se lo había advertido y sabía que no habría forma humana o inhumana de que él se marchase de allí esa noche sin haber conseguido lo que había venido a buscar; a ella.

Tomó una profunda respiración, colocó las cosas en su sitio, cerró el armario y salió de la habitación, cruzando el salón mientras escuchaba una vez más el timbre seguido ahora de los nudillos en la puerta.

—¡Ya voy! ¡Ya te he oído! ¡Posiblemente te hayan oído incluso todo el maldito edificio! —exclamó con un resoplido al detenerse al otro lado de la puerta—. ¿Quieres apartar el dedo del jodido timbre antes de que decida ampu...?

—Disculpe la hora, señorita Martínez —se encontró con el inquilino que

vivía al final del pasillo—, he visto la luz encendida y... ¿me permitiría utilizar su teléfono? Se trata de una emergencia.

Parpadeó varias veces mientras observaba con expresión atónita a Jonas Gallagher, el vecino cincuentón del final del pasillo. El hombre vestía con un extravagante atuendo que le recordaba a *Jim Carrey* en la película *La Máscara*, cuando vestía aquella camisa de lunares y agitaba las maracas. El hombre era un asiduo a las clases de baile de la academia con la que su galería compartía edificio, se había cruzado con él en varias ocasiones en la recepción o incluso en el pasillo que dividía sus viviendas, pero esta era la primera vez que lo veía llamando a su puerta y a horas tan intempestivas.

Un ligero rubor se había instalado en las llenas mejillas del hombre, quién hacía todo lo posible por mantener el tipo dadas las circunstancias.

—Temo haber perdido las llaves y esperaba que mi amigo Charles pudiese acercarme un par de repuesto que tiene —continuó. Casi podría jurar que estaba intentando que la voz no le temblase—. Serán dos minutos. Lamento muchísimo molestarla y a estas horas, yo...

Sacudió la cabeza y empujó la puerta para abrirla por completo al tiempo que hacía retroceder la silla para dejarle espacio.

—Oh, no tiene importancia, pase por favor, señor Gallagher, el teléfono está sobre la mesa junto al sofá —le indicó—. Puede llamar desde allí.

El hombre pareció aliviado, dejó escapar el aire y asintió efusivamente.

—Muchísimas gracias, muchísimas gracias —balbuceó antes de precipitarse sobre el teléfono y marcar rápidamente—. ¿Charles? Sí, soy yo... Ay, Charlie, necesito que vengas a socorrerme, he perdido las llaves y...

En un piso tan pequeño como el suyo había poco lugar para la intimidad así que optó por volver a la puerta para permitir que su vecino hiciese esa llamada. Sin embargo, los astros parecían estar en una extraña conjunción esa misma noche porque se encontró también a Jacques ante el umbral, con el cerro fruncido, olisqueando el aire y cara de pocos amigos.

¡Mierda!

—Y llegó el que faltaba.

Sus palabras hicieron que él deslizase ahora la mirada sobre ella.

—¿Quién es? —Casi la atropella en su prisa por atravesar el umbral.

—Adelante, pasa, no te quedes en la puerta —bufó y no pudo menos que encogerse cuando lo escuchó gruñir—. Maldita sea, deja de gruñirme, detective.

Sus ojos se habían aclarado, su mirada más felina de lo que la había visto hasta el momento revelaba su verdadera naturaleza.

—Es mi vecino, un cincuentón al que le gusta el baile de salón y la salsa, a juzgar por su atuendo —le espetó al tiempo que extendía la mano hacia el hombre, que seguía inmerso en su conversación—. Ha perdido las llaves y está llamando a un amigo para que se las traiga.

Desnudo los labios y no pudo evitar estremecerse al ver el asomo de unos desarrollados colmillos. En circunstancias normales aquello debería haberla asustado lo suficiente para dispararle o poner pies en polvorosa, sin embargo, lo que hizo fue encender su ya de por sí alocada excitación. Se le hizo la boca agua y tuvo que tragar un par de veces para encontrar las palabras.

—No es un buen momento para esta clase de visitas, Rebecca —lo escuchó rumiar, sus ojos parecieron despegarse a duras penas de lo que había catalogado como presa—. ¿Es que no te das cuenta, compañera? No soporto que haya ningún hombre a tu alrededor, sea de la edad que sea, eres mía...

Abrió la boca para decirle lo que pensaba al respecto pero su vecino colgó en ese momento el teléfono y se giró con aire aliviado; al menos hasta que vio al recién llegado.

—Eh... gracias por permitirme utilizar el teléfono —murmuró alternando la mirada entre ella y Jacques—. Mi amigo estará aquí en diez minutos, lo esperaré en el pasillo. Y discúlpeme por... molestarla.

Se obligó a pasar por delante del tigre acercando lo suficiente su silla a los pies del detective como para pisarle si se atrevía a hacer algún movimiento fuera de lugar.

—No ha sido ninguna molestia —le sonrió—, todavía estaba levantada.

El hombre asintió, estiró la mano para tomar la suya pero se quedó inmóvil al escuchar el gruñido masculino a su lado.

—Yo... gracias —declaró una vez más, retiró la mano como si temiese perderla y se precipitó hacia la puerta—. Buenas noches.

—Fantástico —no pudo evitar murmurar, alzó la mirada hacia su acompañante, quién ya se estaba moviendo para cerrar la puerta—. Solo te faltó morderle.

—Si se hubiese quedado un segundo más lo habría hecho —repuso con tono oscuro, su voz mucho más profunda y animal—. Habría salido de aquí en pedazos.

Se giró de golpe, sus ojos clavados de nuevo en los de ella, acertó la

distancia en un par de zancadas y se abalanzó sobre la silla. Sus labios se encontraron en un brutal choque que la hizo gemir y abrir la boca para recibir su lengua y esa intensidad con la que parecía conducirse en cada momento desde que se habían encontrado.

—Te necesito, te deseo, quiero reclamarte, quiero probar tu piel, hundirme entre tus muslos —jadeó ante sus labios—. Eres mía, la única, todo lo que siempre he buscado. Mi compañera, mi pareja, mi mujer...

Posó las manos sobre su pecho buscando un poco de aire.

—Corres demasiado... —se las ingenió para articular—, y hueles a desinfectante... puaj.

Lo vio tomar una profunda respiración pero no se apartó de ella en ningún momento. Su enorme cuerpo la envolvía como un muro protector.

—No tienes idea de lo que es correr demasiado —aseguró con una pequeña risita—, tienes suerte de no estar ya sobre el suelo y con mi polla enterrada en ese húmedo coñito.

Sus bruscas palabras, murmuradas en un tono sensual y masculino hicieron que esa humedad que había mencionado incrementara.

—Pero tienes razón —declaró al tiempo que se separaba un poco y acercaba la nariz al hombro con un gesto de desagrado—. Apesto a ese odioso producto, ¿dónde está la ducha?

Su respuesta fue señalar la puerta del cuarto de baño con un dedo.

—Hay toallas limpias sobre... —Las palabras quedaron ahogadas por un indignado jadeo cuando la arrancó sin previo aviso de su silla y la alzó en brazos como si no pesara nada—. ¡Jacques! ¿Qué te crees que estás haciendo?

El inesperado movimiento la llevó a rodearle el cuello con los brazos de manera instintiva, no le gustaba sentirse tan vulnerable y a merced de otros. En su silla podía moverse, podía depender de sí misma, pero él acaba de arrebatarse esa libertad.

—Tú también necesitas una ducha —declaró con apabullante seguridad—. Así que, vamos a matar dos pájaros de un tiro.

Se separó lo justo para mirarlo a la cara.

—Puedo ducharme yo sola, gracias —declaró y se giró en sus brazos para señalar el vehículo que había dejado atrás—, devuélveme a mi silla y...

—No —le dijo con suma tranquilidad—. Ya has demostrado que puedes ser independiente, que eres una mujer fuerte y puedes valerte por ti misma,



algo que admiro sinceramente. Pero esta noche, vas a permitir que sea yo el que se encargue de ti. No es necesario que mantengas esa coraza conmigo, Rebecca, soy el único ante el que puedes bajar la guardia sin temer repercusión alguna.

El caso era que no quería, no quería bajar la guardia ante él o ante nadie, no quería volver a confiar y sentirse traicionada. La desilusión, dolía demasiado.

## CAPÍTULO 11

Jacques no pensó disfrutar tanto del simple hecho de tener a su compañera en brazos. Se contuvo de no reír al sentirla tensa e incapaz de relajarse, una par de condiciones que llegarían con el tiempo y la confianza. Por ahora era demasiado pronto, para ella no era más que un desconocido, un hombre que había entrado en su vida y la había puesto patas arriba en menos de veinticuatro horas. Le gustaba su aroma, la forma en que su cuerpo se amoldaba al suyo a pesar de su rigidez, incluso esa rebelde independencia que esgrimía y lo volvía loco por momentos era de su agrado.

Su compañera.

Suya.

Rebecca no se hacía una idea de lo mucho que significaba ese término para él, de lo que ella representaba en su vida pero estaba dispuesto a enseñárselo y hacer que comprendiese que después de esa noche, no habría nadie más para ella.

Traspasó la puerta del cuarto de baño, el umbral era más ancho de lo usual, sin duda para adaptarse a las necesidades de la mujer y, pronto descubrió que también el mobiliario y el espacio de esa pequeña habitación estaban completamente adaptados a sus necesidades.

Echó un rápido vistazo a su alrededor, un mueble bajo con cajones, otro con un par de puertas, un lavamanos a la altura de su silla de ruedas, la barra de apoyo extensible a un lado del WC e incluso la ducha estaba acondicionada con un taburete de acero inoxidable desde dónde pudiese asearse sin problemas. Las puertas de cristal de la mampara se abrían hacia ambos lados dejando espacio más que suficiente para la silla de ruedas.

Artículos de tocador y de aseo cubrían cada punto estratégico del lugar, incluso el aroma del friegasuelos era agradable, nada demasiado fuerte como

solía ser habitual.

—¿Vas a darle el visto bueno o estás pensando en hacer reformas?

La irritada voz femenina lo devolvió a ella y su inextinguible presencia.

—Simplemente admiraba la forma en la que has conseguido mantenerte independiente —contestó al tiempo que hacía hueco sobre uno de los muebles y dejaba su preciosa carga sobre él.

—La paraplejia no es sinónimo de inutilidad —rezongó, una respuesta que parecía salirle de forma espontánea, como si fuese algo que tuviese recitado muy a menudo—. Hay muchos más inútiles que caminan sobre dos piernas y nadie les dice nada.

Sonrió ante su irónica respuesta.

—No podría estar más de acuerdo en ello.

La recorrió con la mirada, entonces deslizó las manos por sus piernas mientras observaba su reacción.

—¿La médula espinal?

Se limitó a asentir sin más.

—Accidente de tráfico, lesión en la médula espinal lumbar —respondió con un ligero encogimiento de hombros—, una lesión incompleta. En pocas palabras, que todavía tengo algunos nervios que son capaces de transmitir mensajes desde la médula espinal hacia y desde el cerebro, lo que evita que tenga que usar pañales.

La ironía en su voz era tan palpable que casi podía verla gotear.

—Tengo una ausencia sensorial y motora total de la L2 a la L5 —comentó al tiempo que deslizaba las manos por sus propias piernas para ilustrar sus palabras—, o lo que es lo mismo, desde los muslos a los dedos de los pies no siento nada.

—¿Accidente de tráfico? —repitió más para sí mismo que para ella—. ¿Cómo...?

—Yo era el peatón. Estaba cruzando un paso de cebra, alguien se saltó el semáforo, no paró y me llevó por delante —resumió con voz monocorde—. Quedé tirada en el asfalto mientras el conductor se daba a la fuga.

Un fiero gruñido emergió de su garganta sobresaltándola.

—Dime que cogieron a ese hijo de puta.

Asintió mirándole a los ojos.

—Lo encontraron gracias a que había testigos que se molestaron en anotar el número de la matrícula —contestó—. Le imputaron un delito de lesiones

por imprudencia grave, lo que terminó en una multa y un breve paso por prisión. Tenía un muy buen abogado, según me explicaron. Pero la realidad es que él sigue ahí fuera viviendo su vida mientras yo llevo cinco años sentada en una silla de ruedas.

Su felino se revolvió en su interior queriendo emerger y destrozar a aquel que le había causado daño a su compañera, un daño irreparable.

—Tus ojos han cambiado de nuevo.

Parpadeó varias veces y dio un paso atrás intentando recuperar la calma.

—Estoy muy cerca de mi felino, reacciona a mis emociones —declaró al tiempo que daba un nuevo paso atrás y se deshacía de la chaqueta y la camisa sin más—. Necesito una ducha. Y tú también.

Le dio la espalda y entró en la amplia zona de baño para abrirle al agua y regular la temperatura, comprobó que tenía a mano todo lo que podían necesitar para el aseo y volvió a ella.

—Sabes, esto es un poco injusto.

Ladeó la cabeza al escuchar su tono de voz.

—¿A qué te refieres?

Se lamió los labios y no pudo evitar sentir cómo su pene engrosaba dentro de los pantalones cuando la vio recorrerle con la mirada.

—Tu... raza... vuestro método de emparejamiento... —se lamió los labios una vez más como si necesitase encontrar las palabras—. No dais opciones, no permitís hacer elecciones... ¿y si tuviese ya pareja? ¿Y si estuviese enamorada de alguien más?

Enarcó una ceja y la miró.

—¿Hay alguien más en tu vida, Rebecca?

—¿Y si lo hubiese?

La contempló unos segundos en silencio, entonces dijo lo que sentía realmente.

—Haría todo lo que estuviese en mi mano por verte feliz, incluso si eso me llevase a tener que renunciar a ti y quedarme solo toda la vida —declaró. Y lo haría, su bienestar y felicidad serían siempre lo primero para él. Pero afortunadamente, su compañera no tenía a nadie en su vida, nadie que pudiese luchar con él por retenerla. Era suya para atesorarla, para cuidarla y unirla a él para siempre—. Pero ambos sabemos que ahora mismo solo estamos tú y yo. Y no hay nadie que vaya a interponerse entre nosotros.

Sacudió la cabeza, se había quitado el moño que llevó toda la noche y

ahora llevaba el pelo suelto, si bien todavía conservaba el vestido.

—No hace ni veinticuatro horas que te conozco.

Se acercó a ella y le cubrió la mejilla con la palma de la mano.

—Después de esta noche, tendrás toda una vida para hacerlo —aseguró encontrándose con su mirada.

Se lamió los labios una vez más y vio en sus ojos la batalla que se generaba en su interior, su mayor temor.

—¿Te das cuenta de que nunca podré caminar? Estoy atada a una silla de ruedas para toda la vida.

Ladeó la cabeza y le acarició la mejilla con el pulgar.

—No veo que eso te haya supuesto mayores problemas hasta el momento —aseguró—. Si mal no recuerdo, le disparaste a un gilipollas con una escopeta de caza e hiciste que un pobre universitario se meara en los pantalones...

Eso hizo que escondiese la cara contra su pecho.

—Eso solo pone de manifiesto la clase de loca que soy.

Se rio en voz baja y le revolvió el pelo.

—Una que me gusta cada vez más —confesó—. Ahora, ¿vas a dejar que te desnude, te lleve a la ducha... y reclame lo que es mío?

La escuchó gemir, su rostro parecía incluso más sonrojado de lo que lo había estado hasta el momento.

—Apesta a ese horrible desinfectante —rezongó.

—Si mal no recuerdo ese es el principal motivo por el que hemos terminado aquí dentro —aseguró y bajó el tono de voz hasta convertirlo en un ronroneo—, el otro es que ardo en deseos por tenerte desnuda.

Sacudió la cabeza con gesto cansado.

—Te vas a llevar un chasco.

Le acarició una última vez la mejilla y dejó que la misma mano descendiese por su hombro y bajase por la espalda hasta encontrar la cremallera que cerraba el vestido.

—Deja que sea yo quién juzgue eso —murmuró con voz ronca, sintiendo cómo sus dedos tiraban de la lengüeta de la cremallera abriendo la tela en el proceso—, estoy seguro de que va a encantarme lo que encontraré debajo.



## CAPÍTULO 12

La estaba seduciendo y lo estaba haciendo malditamente bien, pensó Becca mientras colaboraba sacando los brazos del vestido, dejando que la prenda quedase arrugada alrededor de su cintura. Podía notar cómo los senos subían y bajaban al ritmo de su respiración cada vez más acelerada, los pezones apretándose ya duros contra la breve tela del sujetador de encaje que había elegido horas antes de la exposición pero eran sus manos, firmes y callosas, las que se deslizaban sobre su piel provocando pequeños estremecimientos de placer.

—¿Bien hasta aquí? —la pregunta la sorprendió casi tanto como la mirada traviesa que bailaba en sus ojos.

Se lamió los labios y notó cómo las mejillas se le encendían.

—¿Vas a tratarme como a una muñeca de porcelana? Porque si esa es tu intención, será mejor qué...

Se quedó sin aliento cuando su boca bajó sin previo aviso sobre la suya y le hundió la lengua sin preámbulos. El beso fue fiero, dispuesto a conquistar. Notó su mano enredándose en su pelo, obligándola a echar la cabeza hacia atrás y hacer una mueca al sentir el tirón en su cuero cabelludo. Gimió ante la repentina impetuosidad y sintió cómo todo su cuerpo reaccionaba a esa fiera demanda. Se encontró a sí misma devolviéndole el beso con la misma ferocidad, sus brazos, hasta ahora inertes a sus lados, ascendieron por sus brazos hasta clavarle los dedos en los hombros para sujetarse. Le separó las piernas y se introdujo entre ellas para estar más cerca.

Y tan bruscamente como llegó, el beso se terminó dejándola jadeante.

—No eres una muñeca de porcelana, tigresita —murmuró él con voz ronca, sus ojos brillantes y más claros de lo que los había contemplado hasta el momento—, pero eso no quiere decir que no quiera hacer algo más que

devorarte...

Acompañó sus palabras con pequeños besos que fue sembrando por su mandíbula y cuello, lametones que siguieron a tiernas caricias; ese hombre era capaz de pasar de la pasión más fiera a la ternura más extrema en un parpadeo.

—Soy un felino muy mimoso —ronroneó, un sonido profundamente gatuno—, ya te irás dando cuenta con el tiempo.

Volvió a separarse de ella solo lo justo para estudiar su posición, un segundo después la había levantado en vilo con un brazo y pasó el vestido a través de sus caderas, deslizándolo sin mayores complicaciones hasta dejarla vistiendo tan solo un breve conjunto de lencería, unas medias de liga en color negro y zapatos.

—Siempre me ha gustado desenvolver regalos, especialmente para ver que hay debajo del envoltorio —murmuró al tiempo que se relamía—. Intuía que ibas a ser una delicia pero esto va más allá de cualquier posible pensamiento que haya tenido en toda mi vida. Eres perfecta, Rebecca.

—La perfección no existe.

—Eso es porque no te ves con mis ojos —aseguró inclinándose de nuevo sobre ella, acariciándole los labios con el aliento—. Lo eres, todo lo perfecta que puede ser mi compañera.

Extendió la mano posándola abierta sobre su pecho y evitando así que volviese a obnubilarle la mente con otro beso.

—Y ahí es precisamente dónde está el engaño —murmuró—. Si no fuese quién crees que soy, no me mirarías de la forma en que lo haces.

—¿Y qué forma es esa?

Estudió su rostro y tembló al encontrarse con sus ojos.

—Con posesividad, con la aplastante seguridad de que vas a conseguir lo que desees —su voz surgió más grave de lo que pretendía—, pero, ¿qué pasará cuando lo hagas? ¿Qué pasará conmigo? ¿Con lo que soy?

Se echó hacia atrás, permitió que recuperase su espacio personal y la contempló en silencio.

—No soy distinto a cualquier otro hombre con el que te hayas encontrado en tu vida...

Bufó.

—¿Hola? Eres un tigre...

—Sí, tengo una naturaleza felina y la habilidad de reclamarla y cambiar a



mi antojo —aceptó con seguridad—, pero más allá de eso sigo siendo un hombre. Tengo un trabajo, me gusta la pizza, suelo salir a correr por las mañanas y de vez en cuando suelo quedarme a tomar un par de cervezas con los amigos después de salir de la oficina... son cosas que haría cualquier hombre... o mujer.

Abrió la boca para refutarle, pero no se lo permitió.

—El emparejamiento en mi raza solo nos provee de alguien con quién compartir todo eso y mucho más —continuó—. Tú seguirás teniendo tu vida, nadie va a arrebatártela. No voy a arrebatarte nada. Por el contrario, solo deseo darte más... mi compañía, mi presencia, mi opinión si me la pides. Puedo ver que eres una mujer independiente, que te has acostumbrado a esa independencia y que temes perderla.

Se lamió los labios. Jacques era capaz de retratarla mejor que ella misma, ponía en palabras con asombrosa facilidad sus miedos, sus temores, su necesidad de mantenerse fiel a sí misma y hacer valer todo lo que había conseguido hasta el momento.

—He visto cómo han cambiado las cosas para Lexa —confesó por primera vez sus inquietudes en voz alta—. No se trata solo de encontrar... una pareja... vosotros... es como si perdieses una parte de ti misma por el camino solo para abrazar otra que te ata irremediamente a alguien más. Entregas una parte de ti... y te hace vulnerable.

Entrecerró los ojos sobre ella.

—Alguien te ha herido tanto que ahora tienes miedo a enamorarte, ¿no es así?

—Hace tiempo que dejé de creer en el amor.

Ladeó el rostro y chasqueó la lengua.

—En ese caso, parece que tendré una dura labor por delante, ¿eh?

Fue su turno de dejar las cosas claras. Sabía que no había vuelta atrás, desde el mismo instante en que lo vio en la recepción de la galería, su vida había quedado irremediamente atada, pero eso no quería decir que no pudiese poner sus propias condiciones.

—Este es un buen momento para advertirte que no debes perder tu tiempo intentándolo —le dijo con sencillez—. Sé que existe atracción entre nosotros. ¿Lujuria? Absolutamente. ¿Pasión? Oh, sí. Quizá con el tiempo incluso llegue a sentirme a gusto y comprender, como parece hacerlo tú, que esto es lo que tiene que ser, pero... no me pidas que deje de hacer lo que me gusta,

no me pidas jamás que renuncie a mi galería, porque no lo haré y sobre todo... no me pidas amor, Jacques... Ya es bastante difícil para mí aceptar que estoy a punto de liarme con un tío al que acabo de conocer hace apenas unas horas...

—¿Sabes? Siempre me han parecido de lo más estimulantes los desafíos — la interrumpió. Acortó la distancia entre ambos y se quedó tan cerca que podía oler ese tenue aroma a desinfectante por encima de su propio aroma—. Acepto tus condiciones, Rebecca, pero a cambio, tendrás que aceptar tú las mías.

Parpadeó ante el tono directo y la fiera mirada en sus ojos.

—¿Cuáles?

Sonrió.

—Solo tengo una —aceptó sorprendiéndola una vez más—. Tienes que permitirme intentarlo —continuó deslizando ahora uno de los dedos sobre su piel desnuda hasta hacerse con la delgada tira del sujetador y hacerla descender por el hombro—. Sé que puedo seducirte —resiguió el camino de su dedo con la mirada—, sé que puedo hacer que me desees y quieras permanecer a mi lado —ahora hizo lo mismo con la otra tira del sujetador—, sé que terminarás sucumbiendo y traspasando ese muro con el que ahora mismo te rodeas —deslizó la mano por su espalda y soltó el cierre de la prenda haciendo que esta se aflojase y sus pechos quedasen al descubierto—, y entonces habré ganado este desafío porque te habrás enamorado de mí.

Le quitó por completo la prenda, doblándola y dejándola a su lado sobre la superficie del mueble en el que permanecía sentada.

—Unos pechos preciosos —declaró con un bajo ronroneo. Se lamió los labios y bajó la mirada entre sus piernas, dónde una uve de encaje cubría su pubis y ocultaba su mojado sexo. La humedad oscurecía ya la tela entre sus piernas—. ¿Y bien? ¿Aceptas, compañera?

Tragó con dificultad, ese hombre estaba esgrimiendo más poder del que nadie había tenido jamás sobre ella, un poder que ni siquiera le había dado. Todo su cuerpo se estremeció bajo su mirada, su sexo se contrajo y la humedad manó empapando la tela mientras sus senos, ahora libres de restricción, mostraban orgullosos los erectos pezones. Estaba excitada, absoluta y jodidamente excitada y no podía hacer nada por evitarlo.

—Lo aceptaré cuando te quites los vaqueros, te metas bajo la ducha y elimines ese molesto olor a desinfectante.

La oscura y sonora carcajada masculina inundó el cuarto, el calor del agua había empezado a crear una cortina de vapor que poco a poco inundaba el baño y se pegaba a su piel.

—Tus deseos, son órdenes para mí.

Becca fue consciente en ese mismo instante, al verle deshacerse de toda prenda que todavía llevaba encima, que ese hombre iba a poner su mundo patas arriba le gustase o no.

Por suerte, lo que estaba viendo le gustaba... oh, sí, le gustaba muchísimo.

Jacques sonrió para sí mientras se deshacía de la ropa sin más miramientos. Si de algo carecía era de timidez, más aún cuando todo lo que deseaba era quedarse desnudo para poder restregar toda su piel contra la de ella. Se obligó a tragar y contener el gemido que le picaba en la garganta, la visión de esos llenos pechos y los colorados y duros pezones lo estaba llevando al borde. Su felino rugió en su interior deseoso por salir a jugar, él también quería restregarse contra ella, marcarla con su aroma, con sus dientes, la deseaba con una furiosa necesidad que aumentaba su deseo.

Se quedó rápidamente como dios lo trajo al mundo bajo los atentos y cada vez más oscuros ojos femeninos, el deseo y la lujuria jugaban también en las pupilas femeninas alimentando el suyo propio. Disfrutó del momento de quitarle las braguitas, del aroma tan íntimo y personal que manaba de su sexo, le sostuvo la mirada mientras deslizaba las medias por sus delgadas piernas, si bien sabía que no podía sentir su tacto, quería que al menos lo viese en sus ojos, que pudiese imaginárselo. El sonrojo en sus mejillas hablaba por sí solo diciéndole mucho más que cualquier palabra.

La levantó en brazos y disfrutó una vez más de su cuerpo pegado al suyo, de la suavidad y el aroma de su piel para finalmente meterse con ella en la amplia ducha. La sentó sobre el taburete y sonrió cuando la escuchó refunfuñar algo sobre el agua y el maldito chorro de la ducha cogiéndola desprevenida.

—¿Sigues a flote, *amorcito*?

La furiosa mirada que le dedicó estuvo a punto de hacerle soltar una carcajada. El agua había caído encima de su cabeza, empapándole el pelo y pegándose a la cara.

—Puedes llamarme Becca, cualquier cosa menos “cariñito”, “amorcito” y

estupideces como esas —escupió el agua que le entró en la boca al girar la cabeza hacia él—. ¡Por dios, cambia la dirección de la ducha antes de que me ahogue con ella!

La subió más, acomodándola ahora a su altura para que el chorro del agua incidiese ahora sobre él y lo empapase por completo.

—Esto lo estás haciendo a propósito, ¿verdad?

Bajó la mirada y se encontró con la cara de pocos amigos de su compañera, aunque no es que la culpase, en la posición en la que estaban su arrebolado rostro quedaba a la altura perfecta para su ingle.

Se echó a reír, no pudo evitarlo. El gesto de su cara, unido a la imagen y la obvia vergüenza, fue demasiado para contener su hilaridad.

—Confieso haber fantaseado con esa dulce boquita envolviéndose alrededor de mi pene —se rio entre dientes, intentando contenerse—, pero te juro que esa no era mi intención en estos momentos.

—Pues diría que tu... *tigre*... no piensa de la misma manera —rezongó utilizando su naturaleza felina para referirse a su miembro—, de hecho, parece más que contento de verme.

—Oh, lo está. Como el resto de mi anatomía y el felino que duerme en su interior —aseguró divertido—. Todo yo estoy encantado de tenerte justo dónde estás ahora mismo.

Ella resopló, estiró la mano hacia el cesto con los utensilios de baño y sacó el gel para entregárselo.

—Toma.

Miró la botella, entonces a ella y sonrió de medio lado.

—¿Quieres hacerlo tú?

Antes de que pudiese decir una sola palabra, se inclinó hacia delante, le separó las piernas y finalmente se giró, arrodillándose y dejándole su ancha espalda a disposición.

—Puedes lavarme el pelo, ya que estás.

El gesto pareció sorprenderla pues tardó varios segundos en reaccionar y cuando lo hizo sus manos parecieron dudar sobre sus hombros.

—¿Siempre haces estas payasadas?

Sonrió para sí ante el tono de su voz.

—Solo cuando tengo el público adecuado —aseguró ladeando la cabeza cuando sintió sus dedos hundirse en su pelo y empezó a ronronear en voz baja—. Oh, sí, justo así...

—Estás ronroneando —murmuró ella y a sus palabras le siguieron una risita—, pero ronroneando de verdad, como un gato...

—Te dije que me gustaban los mimos... Becca.

Ella pareció dudar unos instantes, entonces notó algo frío sobre el cuero cabelludo y el aroma a manzana del champú.

—Cierra los ojos, no me hago responsable si te entra jabón en ellos.

Jacques obedeció. Esa tenía que ser sin duda la experiencia más erótica que había tenido en toda su vida. El agua caliente salpicándole la piel, el delicioso aroma de mujer, su mujer envolviéndole mientras sus manos le masajearan el cuero cabelludo.

Al pelo le siguieron los hombros, la espalda y los brazos, sentir sus manos deslizándose sobre sus nalgas contribuyó a aumentar la erección que no se molestaba en disimular, la misma que le señaló una vez terminó con la parte de delante y le entregó la esponja de baño que había utilizado.

—Creo que esa parte puedes lavártela tú.

—Le quitas toda la diversión al asunto, Becca.

Ella se limitó a poner los ojos en blanco, cogió de nuevo el champú, se mojó una vez más la larga melena y empezó a frotarla con energía. Había pensado en protestar, en decirle que le estaba privando de hacer algo que le correspondía a él, pero el movimiento bamboleante de sus senos borró cualquier comentario de sus labios. Aquel era un pasatiempo demasiado atractivo para ignorarlo.

Terminó de lavarse a la velocidad de la luz solo para poder disfrutar de los movimientos del cuerpo femenino, el agua se deslizaba por su piel acariciándola como deseaban hacerlo sus propias manos.

—¿Puedes pasarme la alcachofa de la ducha? Está muy arriba y quiero quitarme el jabón.

Recogió el mango del soporte y le apartó gentilmente las manos.

—Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

No la dejó discutir, la empujó suavemente y dirigió el chorro del agua sobre su pelo para eliminar los restos del jabón. Su rostro pareció relajarse y la encontró disfrutando de sus atenciones, la tensión que la había envuelto durante toda aquella noche parecía irse por el desagüe con el agua y la suciedad, su felino ronroneó ante la abierta aceptación y, por segunda vez desde que la encontró, sintió cómo sus caninos se alargaban deseando fijar su reclamo de una vez y por todas.

Tenía que tenerla, necesitaba hundirse en ella, montarla y reclamarla de modo que no le cupiese ninguna duda de que le pertenecía, de que él era el único para ella.

Se obligó a respirar profundamente y terminar con la tarea, le enjuagó bien el pelo y esperó hasta que se aplicó algún nuevo mejunje propio de las mujeres para aclararle por última vez el pelo.

—Si me devuelves el gel, puedo terminar yo misma...

Enarcó una ceja, levantó la botella y dejó caer un generoso chorro de jabón en la cuenca de la mano.

—Ten, sujeta esto.

Le entregó la botella y se frotó las manos hasta crear una generosa capa de espuma que no dudó en extender por cada centímetro de su piel. Le acarició los hombros, la clavícula, le enjabonó los brazos y esquivó sus senos solo el tiempo suficiente para volver a ellos y recrearse con su peso y su tacto. Jugó con sus pezones, rodándolos entre los dedos y sonriendo para sí al escuchar los pequeños gemidos que escapaban de los obstinados labios que había cerrado a cal y canto.

—¿Te he dicho lo mucho que me gustan tus pechos? —gruñó—. No son muy grandes, pero tampoco pequeños. Se adaptan perfectamente a mis manos, ¿ves? Y tienes unos pezones duros y sensibles, no veo la hora de poder probarlos con mi boca...

No dijo una sola palabra pero tampoco era necesaria, su cuerpo, mucho más sincero que su boca, hablaba por si solo arqueándose ante sus caricias.

—Tienes una piel muy suave, ¿te imaginas tendida así desnuda sobre una manta calentita y peluda? —le susurró al oído, mordiéndole el lóbulo de la oreja mientras deslizaba las manos sobre su vientre en dirección a la uve de sus muslos.

—Sí, claro, una fantasía que me encantará realizar —rumió ella—, cuando te quites las pulgas.

La insultante declaración lo hizo reír entre dientes.

—No tengo pulgas —rumió, resbalando muy lentamente los dedos sobre su monte de venus, comprobando hasta dónde llegaba su sensibilidad y en qué punto la perdía—, te dejaré comprobarlo un día de estos.

Un pequeño jadeo escapó de entre los labios abiertos tan pronto las yemas de sus dedos entraron en contacto con la tierna carne de su expuesto sexo. Se había apoyado con la espalda en los azulejos y en él para mantener el

delicado equilibrio que poseía, totalmente abierta a él y a sus juegos, con el rostro alzado hacia el techo y el agua salpicándole las mejillas mientras jadeaba por respirar. Era una visión de lo más sexy y apetitosa.

—¿Te gusta? —preguntó sin perder un solo detalle de su lenguaje corporal.

Se lamió los labios y asintió.

—¿Quieres saber lo que me gustaría a mí?

Los ojos claros, velados por el deseo, se posaron sobre él. La vio lamerse los labios, capturar una de las gotas de agua y tragársela con un gesto tan sensual que tuvo que apretar las manos para no besarla, arrancarla de la ducha y tomarla en el mismo suelo.

—Si te digo que no, me lo dirás de todas maneras, así que... —sonrió de medio lado—, dispara.

Se dejó ir cayendo de nuevo de rodillas entre sus piernas, deslizó las manos sobre sus muslos y le separó las piernas aún más sin permitir que perdiese el equilibrio.

—Me gustaría lamerte, conocer tu sabor, escucharte gemir sin reserva mientras te recorro con la lengua —declaró con voz ronca, sus ojos tomando prisioneros los suyos—, ¿y sabes algo más, Becca? —pronunció su nombre con especial sensualidad—. A ti va a gustarte que lo haga.

No pidió permiso, no hacía falta. Las intenciones habían quedado perfectamente claras con su declaración, por lo que procedió a hacer exactamente lo que le había dicho y se dio un festín con su sexo.

## CAPÍTULO 13

Becca se sentía como un muñeco de gelatina en sus manos. Envuelta en el albornoz, sentada de nuevo sobre el mueble de las toallas, permitía que el señor “*pedazo lengua que tengo*” le secara el pelo con enérgicos movimientos. El orgasmo que le había dado no había hecho sino aumentar su apetito por él, sentía cada centímetro de su cuerpo despierto, su sexo pulsaba con hambre de él, deseoso de ser llenado con esa maldita y deliciosa erección que había estado pavoneando delante de ella durante todo el maldito episodio en la ducha.

Señor, quería sexo con una ferocidad que la asustaba.

Desde el accidente, su vida sexual había sido más bien pobre, con su ex novio las cosas no habían sido como para echar cohetes, de hecho, pensándolo fríamente, si lo habían hecho una vez a la semana ya era todo un logro. Y Bernard no era ni de lejos tan... imaginativo como Jacques. El tigre sabía perfectamente cómo complacer a una mujer, cómo hacerla sentir hermosa y útil a pesar de su discapacidad. Él no la había hecho sentirse utilizada, no se había sentido como una mendiga...

—¿Sigues conmigo, tigresita?

Parpadeó al escuchar sus palabras, sus ojos ahora la miraban y poseía la sonrisa de un hombre que sabe que ha hecho bien las cosas y que tiene todas las papeletas para repetir.

Le deseaba. Lisa y llanamente. Quería acostarse con él. Quería tener sexo con él.

—Te quiero dentro de mí.

En vez de reírse o mostrar un gesto condescendiente, Jacques se inclinó sobre ella, le acarició los labios con la lengua y le susurró.

—Justo dónde yo quiero estar —ronroneó, su voz mucho más profunda



que de costumbre—. Abre la boca para mí, Becca, déjame saborearte una vez más.

No se hizo de rogar, cuando sus labios rozaron los suyos los separó y permitió que su lengua incursionase en su interior para salirle al encuentro. La chupó, la succionó, le robó el aliento y jugó con ella como nadie lo hacía, la mimó, la excitó, sus manos acompañaron sus movimientos deshaciéndose del albornoz que hasta el momento la había envuelto.

—Dime que al menos tienes algo que se parezca a una cama —lo escuchó susurrarle al oído.

Lo miró hasta encontrarse con sus ojos y frunció el ceño.

—Tengo una cama... pero no estoy segura de que cojamos ambos en ella.

Él parpadeó visiblemente sorprendido por su respuesta, entonces se echó a reír.

—No importa, compañera, nos las arreglaremos —le aseguró volviendo a robarle un beso—, además, siempre nos quedará el suelo.

Correspondió a su sonrisa y se echó a reír también, no pudo evitarlo, la idea de retozar en el suelo le parecía de lo más sexy.

—Siendo así... —estiró los brazos para que la llevase—, segunda puerta a la derecha.

La levantó en vilo haciendo que tuviese que aferrarse a su cuello, era eso o terminar en el suelo y no era que le apeteciese mucho una caída libre en esos momentos. El albornoz quedó olvidado encima del mueble dejándola totalmente desnuda mientras que él conservaba la toalla envuelta alrededor de la cintura.

El cambio de temperatura del cálido baño al dormitorio le puso momentáneamente la piel de gallina, pero todo quedó olvidado en el instante en que la puerta de su dormitorio se cerró encerrándolos a ambos en su pequeño santuario. En ese momento, toda la excitación que había sentido hasta ese momento pareció esfumarse, miró la cama, la silla que se encontraba en una esquina y supo que no quería estar allí; no con Jacques.

—¿Becca?

Buscó su mirada y se lamió los labios.

—Aquí no —respondió con firmeza—. Por favor.

Sus miradas se sostuvieron durante un momento, entonces asintió y presionó la frente contra la de ella.

—Me gustaría darle una paliza por todo lo que te ha hecho.

Sonrió a pesar de todo.

—No hace falta, ya le disparé yo esta mañana —respondió y suspiró—.  
Sigo queriendo estar contigo pero no aquí, ¿tienes aversión a los sofás?

Le devolvió la sonrisa, miró a su alrededor y le dedicó un guiño.

—Me gustan los sofás —aceptó, entonces añadió—, pero tengo una idea incluso mejor.

Sin más, la sacó de nuevo del dormitorio y la llevó al mencionado tresillo.

—No te muevas de aquí.

Hizo una mueca.

—No podría aunque me fuese la vida en ello —aseguró con ironía—. A lo máximo que llegaría sería a rodar como una croqueta o arrastrarme como un gusano.

—Espero que no tengamos que llegar a tales extremos, compañera.

Asintió.

—Yo también.

Lo vio deambular por la casa, abriendo y cerrando puertas para finalmente volver con un par de mantas y almohadas que dispuso en el suelo delante del sofá.

—Como ya dije, también nos vale el suelo.

Sin más explicaciones, la levantó del sofá, la besó con fervor y la bajó al suelo, recostándola sobre el improvisado colchón, teniéndolo a él como una fabulosa y caliente manta viviente.

—Sí, aquí es justo dónde te quería —ronroneó volviendo a tomar sus labios en un breve beso—, ahora sí que no tienes escapatoria.

Ladeó la cabeza y suspiró.

—Si alguien me hubiese dicho estaba misma mañana cómo iba a terminar el día, me habría reído en su cara —declaró y se arriesgó a acariciarle el rostro, maravillándose cuando él recostó la cara disfrutando de la caricia como si fuese un gato—. Luego habría tenido que pedir disculpas.

—Mientras no vuelvas a amenazar a nadie con esa escopeta de caza, me daré por satisfecho.

—Se lo merecía...

—Hiciste que el pobre chico se meara en los pantalones...

—Que no hubiese intentado travestir mi estatua.

Sacudió la cabeza y escondió una sonrisa.

—Vas a resultar una compañera muy interesante —aseguró acariciándole

ahora él el rostro—, no me cabe la menor duda.

Su voz había bajado de nuevo de tono y sus ojos reflejaban el felino que sabía habitaba en su interior.

—Tus ojos han vuelto a cambiar —murmuró.

Lo vio lamerse los labios y al abrir la boca vislumbró un par de colmillos que no había notado realmente en su previo beso. No eran demasiado largos, pero sí bastante desarrollados, como los de un animal.

—Mi felino está en la superficie —contestó al tiempo que se pasaba la lengua por los dientes—, y ya no puede esperar más. Yo no puedo esperar más... llevo reteniéndole todo el día, refrenando mis instintos pero no puedo seguir así, te deseo, Becca, necesito estar dentro de ti, necesito reclamarte... te necesito compañera.

Y pudo sentir esa necesidad en su voz, llamándola, encendiéndola, aumentando de nuevo una llama ya existente y precipitándola a esa rabiosa necesidad que llevaba sintiendo todo el día y que no había hecho más que aumentar desde su último orgasmo. Lo quería dentro de ella y quería más, quería mucho más, lo quería por entero.

—No puedo creer que vaya a decir esto pero —se mordió el labio inferior y le tendió los brazos en una muda invitación—, no esperes.

Su boca cayó sobre la suya con fuerza y brutalidad, con un hambre inusitada que contagió su propio hambre volviéndola tan salvaje como él. Se encontraron en una dura colisión de lenguas y labios, sus senos quedaron aplastado por su pecho mientras uno de sus muslos se introducía entre sus inertes piernas y se apretaba contra su goteante sexo haciéndola gemir.

## CAPÍTULO 14

Estaba a punto de caer por el precipicio, su tigre no quería hacer más concesiones, podía sentirle en su interior, en la yema de sus dedos, tras sus pupilas, en sus caninos ya desarrollados. El deseo era rabioso, sus sentidos se agudizaron al punto de poder escuchar el acelerado latido del corazón de su compañera, de saborear el aroma de la excitación sexual que acicateaba la suya. Se le hizo la boca agua, quería probar su piel, quería lamerla por entero, quería restregar su pelaje contra esa blanca cremosidad para marcarla de forma indefinida.

*Mía.*

La palabra sonaba con fuerza y llena de posesión, sus manos adquirieron la vena codiciosa que paseaba ahora por su mente, la acarició, la recorrió con los dedos, jugó con sus pechos, con sus pezones y pronto unió su boca y su lengua al juego haciéndola gemir en respuesta.

Quería mimarla, quería envolverla en sus brazos y disfrutar serenamente de aquellos momentos pero era un deseo que siempre supo que no podría cumplir, no durante esa primera vez. Era un verdadero milagro que no la hubiese atacado antes, que no la hubiese secuestrado en plena exposición, se la echase al hombro y la hubiese reclamado en la primera superficie horizontal que tuviese a mano.

Había aguantado más de lo esperado, sus sentidos felinos habían estado bajo una fuerte tensión pero era la parte humana, la racional, la que consiguió mantenerlos a raya hasta ese momento. Tenía que confesar para sí mismo que había estado algo asustado, el emparejamiento era distinto para cada miembro de su raza, sí, había algo siempre común: la necesidad de reclamar aquella que era para ti, pero no había sentido la febril necesidad que decían obnubilaba hasta el pensamiento.

Por otro lado, él quería encontrarla, era de los pocos *tygrain* que reconocía abiertamente el deseo de emparejarse y tener una compañera, alguien con quién compartir su vida, con quién formar una familia. Y Becca era la suya.

Abandonó sus senos solo para oírla gemir una vez más, esos ruiditos que escapaban de su garganta eran como un afrodisíaco para su ya excitado cuerpo, notaba su propio miembro duro y grueso rozándose contra la cara interior de sus muslos cada vez que se movía sobre ella y no podía esperar a hundirlo en la palpitante y cálida humedad de su sexo.

Hociqueó su piel con la nariz, respiró profundamente y se empapó de su aroma, quería grabárselo para siempre, saber que podría encontrarla aunque estuviese al otro lado de la ciudad o al otro lado del estado, quería sentirse conectado a ella y que sintiese también esa conexión. Estaba dispuesto a conquistarla, a seducirla, a demostrarle que era la pareja que necesitaba y que podía apoyarse en él siempre que lo necesitase.

Era una mujer independiente, alguien acostumbrada a salir adelante por sus propios medios, más aún a raíz del accidente. Necesitaba esa independencia, necesitaba sentirse útil y saber que el atropello no le había arrebatado el futuro.

—Jacques...

Escuchar su nombre fue como una inyección de adrenalina, su felino ronroneó y se asomó a través de sus ojos, casi podía sentir cómo movía la cola ante la excitación del momento, ante la perspectiva de la caza.

Deslizó las manos por sus costados, la acarició y mimó con toda la suavidad y ternura que la impaciente urgencia de tenerla le permitía, le besó los senos y continuó en un camino descendente sembrando besitos y mordiscos sobre su estómago, su vientre y su dorado monte de venus. Le acarició la suave piel de la zona con la nariz, la mordisqueó e inspiró profundamente disfrutando de ese almizclado aroma tan característico de esa mujer; su mujer.

El hambre resurgió de nuevo, el tigre levantó la cabeza y perdió todo contacto con la realidad. Su parte racional y humana apenas fue consciente del reciente hallazgo de una pequeña marca en forma de media luna aserrada que se había intensificado con el rubor que vestía su piel por la línea que unía el muslo al pubis, su tigre la lamió con su propia lengua, gimoteó en su interior al reconocer la marca que no solo la unía a él sino que la convertía en la portadora de un inmenso regalo para su raza.

Si bien la marca solía ser como la prueba definitiva de que estaban ante sus respectivas parejas, no todas las compañeras humanas de *tygrains* poseían lo que se conocía como “*el antojo del tigre*”; una marca de nacimiento que al contrario de duplicar la marca existente como solía ocurrir normalmente, la complementaba, como dos piezas de un puzzle que unían encajando a la perfección. En esas raras ocasiones en las que ocurría así, se las consideraba una bendición, pues estaban destinados a engendrar lo que posiblemente fuesen los miembros más fuertes y puros de su raza. Si en el futuro Becca y él tenían un hijo o hija, su parte *tygrain* sería completamente pura sin importar que uno de los dos miembros de la pareja fuese humano.

El orgullo lo llenó los llenó a ambos y su felino actuó en consecuencia, atravesando la piel con los desarrollados caninos, mordiéndola con fuerza y posesividad al tiempo que arrancaba del cuerpo femenino un pequeño grito en el que se mezclaba el dolor y el éxtasis. La sintió estremecerse debajo de él, su pene respondió palpitante y deseoso de introducirse en su interior y no pudo esperar más. Abandonó su marca, la lamió un par de veces refrescando la herida y saboreó su sangre mientras sus caninos retrocedían y el tigre en su interior volvía a dejarle las riendas para reclamar a su propia manera a la mujer que les pertenecía a ambos.

Se enfundó rápidamente un preservativo, le separó los muslos con suavidad y le acarició los labios externos con el miembro, se alzó sobre ella y encadenó sus ojos con los de ella. El deseo y la pasión bailaba en sus pupilas, una solitaria lágrima parecía haberse escapado y se deslizaba por sus mejillas. La vio lamerse los labios y estos se curvaron lentamente.

—Me has mordido —su voz sonó grave, afectada—, y lo he sentido.

El tono de su voz traía consigo un regalo, una indicación de que iba por el buen camino para hacerse con el corazón de esa mujer.

—Y sentirás mucho más antes de que termine contigo, mi compañera —le aseguró y dio validez a sus palabras guiándose a su húmeda entrada y empujando suavemente, sin prisas, sin apartar la mirada de la suya, deseando leer sus emociones, deseando que ella sintiese lo mismo que sentía él—. Mía, Becca, eres mía.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un delicioso jadeo cuando la penetró, su interior lo acogió entre calidez y humedad, ciñéndolo como solo podía hacerlo ese generoso cuerpo. Apuntaló su peso sobre las manos y bajó a pulso sobre ella, los músculos de sus brazos se tensaron y relajaron a

medida los hacía trabajar. La cubrió con su cuerpo, como si fuese una manta, y permaneció con ella y dentro de ella durante una eternidad.

—Estás hecha para mí, eres mi otra mitad, tigresita —ronroneó deseoso de moverse y al mismo tiempo retrasando ese momento todo lo que podía para disfrutar de la sencilla sensación de estar dentro de ella.

Gimió una vez más, sus ojos se encontraron de nuevo y había verdadero deseo y lujuria bailando en sus ojos.

—Eres una manta estupenda, tigre, pero sería incluso mejor si te movieses —murmuró ella con voz melosa—, por favor...

Los músculos vaginales se contrajeron a su alrededor corroborando sus palabras e incitándolo a hacer lo que estaba deseando hacer. Se retiró lentamente y disfrutó de esa sensación de abandono solo para colmarla de nuevo con su miembro y conducirse hasta el fondo.

—Ay dios... —el femenino gemido lo hizo reír, sus mejillas empezaban a adquirir un tono más intenso y no dejaba de lamerse los labios—, *Pedrito* no te hace justicia.

—¿*Pedrito*? —la pregunta salió en un bajo gruñido.

Ahora fue ella la que se rio. Extendió la mano hacia su rostro y le acarició la barbuda mejilla con el pulgar.

—Un nombre estúpido para un consolador, lo sé —declaró evaporando al momento los inesperados celos que surgieron en su interior—, ¿pero qué otro nombre podría ponérsele a algo de color violeta fosforito?

Sacudió la cabeza y volvió a salir de ella solo para volver a entrar ahora con más fuerza.

—*Pedrito* acaba de pasar a la reserva —le soltó bajando sobre su boca al tiempo que se hundía profundamente en su interior—, ya veremos si algún día me apetece que se una al equipo.

Ella gimió y alcanzó su boca introduciéndole la lengua antes de que pudiese saber qué pretendía. Su beso fue pura necesidad, una orden silenciosa que no tardó ni dos segundos en cumplir.

—¿Quieres más, tigresita? —ronroneó arrancándose de sus labios, dejándolos húmedos e hinchados mientras rotaba las caderas moviéndose en su interior y aumentando con ello su excitación.

Se mordió el labio inferior, un gesto de lo más sexy.

—Confíesalo, detective, eres tú al que buscan para los interrogatorios, ¿no? —Sus senos se restregaron contra el cesposo vello de su pecho—. No haces

prisioneros.

Se rio entre dientes y se movió de nuevo en su interior sin darle todavía lo que deseaba.

—Tú serás mi prisionera mientras me quede un solo soplo de vida en el cuerpo, Becca —le aseguró con diversión. Se echó hacia atrás y tomó sus manos, enlazando los dedos con los suyos y soportó su peso sobre los codos antes de retirarse una vez más y empujar con fuerza en ella—. Mi prisionera, mi compañera, mi mujer y todo lo que se nos ocurra... tanto o más de lo que yo lo seré tuyo.

—Reciprocidad, acabas de ganar tu primer punto —cerró sus dedos alrededor de los suyos—, y ganarás otro punto más si vuelves a hacer eso que has hecho con las caderas... o mejor aún, te mueves.

Se rio ante la impetuosidad femenina y bajó sobre su boca para obsequiarle y regalarse a sí mismo con un nuevo beso.

—Empiezo a darme cuenta de que te gusta mucho dar órdenes —declaró volviendo a salir de ella para empujar en su interior marcando ahora un ritmo adecuado para los dos—, pero esta es una petición a la cual me va a encantar responder.

Esa noche estaba dispuesto a descubrir qué le daba placer y darle todo aquello que siempre había contenido para su compañera, entregarse a sí mismo a ella como solo un *tygrain* podía hacerlo y aquel era el momento perfecto para empezar a hacerlo.

La montó a placer, disfrutando y haciéndola disfrutar, bromeando y jugando, buscando esa sintonía que podía unirlos a los dos. El sexo no era más que el comienzo, una forma de acercarlos, de hacerlos bajar la guardia y desnudar no solo sus cuerpos sino sus almas. Él ya la quería, en muchas formas ya la amaba y era cuestión de tiempo que ese cariño y amor crecieran alimentados por la mujer que pensaba conocer de todas las formas posibles.

Iba a seducirla, a hacerla suya a un nivel tan visceral que no le quedaría más remedio que corresponder a sus sentimientos y enamorarse de él. Era un hombre paciente, no le importaba esperar, máxime cuando la espera prometía estar llena de desafíos y diversión a raudales.

Sí, su nueva compañera prometía traer consigo el mayor de los desafíos.

—Jacques, por favor... —gimoteó ella cuando le negó por segunda vez lo que deseaba. La había mantenido al borde, aumentando su deseo sin concederle todavía el orgasmo—, ya no lo soporto más... si no haces algo, ¡te



juro que tú serás el próximo al que dispare!

Le mordisqueó el cuello, conteniendo su propia necesidad cada vez más acuciante de derramarse dentro de ella.

—¿Ya estamos con amenazas? —chasqueó la lengua y volvió a penetrarla de nuevo, moviendo las caderas en círculos al final, cosa que, según había descubierto, la enloquecía—. Esas no son formas de pedir las cosas, pequeña.

Lloriqueó, gimoteó y finalmente chilló, arqueó la espalda y luchó por liberarse de la presa de sus manos.

—Por favor, por favor, por favor... —lloriqueó—, deja que me corra... no puedo más... quiero correrme...

Sabía perfectamente que su lloriqueo era en parte frustración y en parte teatro, tenía que admitir que estaba resultando una compañera de juegos de lo más divertida. Le encantaba esa vena obtusa que esgrimía con él.

—Si me das un beso, me lo pienso.

La forma en que culebreó bajo él y el suave siseo que abandonó sus labios fue suficiente para disuadirlo de seguir pinchándola. Optó por besarla él mismo, por reclamar sus labios y obtener una vez más una prueba de esa deliciosa boca, la respuesta fue inmediata, un rápido asalto que igualó al suyo en intensidad y lo obligó a consumir el acto que había estado retrasando.

Se hundió en ella con fiereza mientras la besaba con la misma intensidad con la que la poseía, se bebió sus gemidos mientras ella se bebía los propios y los llevó a ambos hacia la ansiada liberación.

—¡Jacques!

Ella gritó su nombre en su boca cuando se corrió, reclamando, aún sin saberlo, al hombre que era y al felino que ahora le pertenecía.

## CAPÍTULO 15

Becca arrugó la nariz y empezó a revolverse bajo las sábanas. Una vez más se había dejado las persianas subidas porque el sol parecía más que dispuesto a dejarla ciega con tanta calidez. Rezongó al sentir el colchón más duro que de costumbre, palpó las sábanas y abrió los ojos completamente al darse cuenta de que aquello no era el colchón; era el suelo.

Hizo a un lado de golpe la ropa de cama y se incorporó sobre los codos, se obligó a entrecerrar los ojos que comenzaron a llorarle por el exceso de claridad para, finalmente, recorrer lentamente la vacía estancia.

Su silla de ruedas permanecía a un lado del sofá, sobre el asiento había una hoja de papel de la libreta de notas que tenía pegada con un imán a la nevera y sobre esta una flor silvestre.

El aire empezó a abandonar sus pulmones al mismo tiempo que el rubor cubría todo su cuerpo aumentando el calor que empezaba a despertar en su interior. Se impulsó hasta conseguir una posición sentada, arrastró la sábana con repentina desesperación y cubrió su desnudez lo mejor que pudo.

Se había acostado con ese maldito policía. Se había ido a la cama con un *tygrain*.

—Me he emparejado con un jodido gato. —Las palabras salieron a trompicones de sus labios, seguidas por un agudo gemido.

Esa mañana su cerebro parecía un poco más despejado que ayer, su cuerpo estaba relajado, casi aletargado a pesar de la intensa noche que había pasado entre los brazos del detective. Sintió cómo las mejillas se le calentaban aún más al recordar cada una de las cosas que le hizo, la forma tan tierna en la que se conducía para sumergirse después en un desenfreno que disfrutó tanto o más que su ternura.

Se lamió los labios y echó un fugaz vistazo a la silla.

Una flor y una nota.

Sacudió la cabeza y comprobó la distancia que la separaba del sofá, desde aquella posición podía levantarse por sí misma hasta el tresillo y de ahí acceder a la silla. Él se había molestado en dejar su inseparable vehículo a la distancia precisa, como un pequeño recordatorio de que había estado allí y al mismo tiempo sin querer robarle su independencia, permitiéndole arreglárselas por sí misma.

Agudizó el oído y volvió a echar un rápido vistazo a su alrededor, la casa estaba en silencio, la puerta del baño estaba entreabierta, la luz apagada y las otras dos habitaciones permanecían tal cual las había dejado ayer.

—¿Jacques? —pronunció su nombre para asegurarse de que sus sentidos funcionaban a la perfección.

No hubo respuesta. El silencio fue toda la respuesta que recibió ante su pregunta.

—Se ha marchado.

La elemental constatación la llevó a encogerse por dentro y sintió cómo se estremecía cuando un escalofrío bajó por su columna. Una sensación de ahogo se instaló en su pecho durante unos breves instantes para finalmente desaparecer cuando se obligó a respirar profundamente y hacer algo más que permanecer sentada en el suelo pensando en las musarañas.

—No, no, no... —se repitió a sí misma mientras maniobraba con esfuerzo para encaramarse al sofá—. Deja de pensar en cosas raras y concéntrate en lo que es realmente importante. Demonios, ¿qué hora es?

Dejó escapar un aliviado suspiro cuando logró reclinarsse sobre el sofá, con esfuerzo colocó sus piernas en una posición más cómoda y se arrastró sobre el trasero hasta la esquina del sillón dónde la esperaba su silla. La sábana quedó olvidada por el camino, pero a estas alturas ya le daba lo mismo.

Como si el reloj de la cocina hubiese escuchado su pregunta, empezó a marcar la hora en punto anunciándole que eran ya las once de la mañana.

—¡Las once! —Si no estuviese ya sentada en el sofá, posiblemente habría caído de nuevo al suelo por la impresión—. ¡No pueden ser las once!

Pero lo eran, no tenía duda al respecto. La luz que entraba a través de las ventanas hablaba de una mañana bien avanzada y cercana al mediodía. Gimió para sí y se estiró hacia la silla para coger la nota y la flor, la cual le recordó bastante a las del macizo que había delante del restaurante de pasta italiana al final de la calle.

Desdobló el papel y se encontró con una caligrafía pulcra y legible, un par de párrafos que le recordaron al hombre con el que había pasado la noche; su nuevo compañero.

*“Me hubiese gustado quedarme a remolonear en la cama contigo, pero el deber se ha encargado de llamarme al busca. Estaré en la comisaría toda la mañana, te recogeré sobre las tres en la galería (porque estoy seguro de que irás allí) para llevarte a comer.*

*Si me necesitas, te he grabado mi número también en el teléfono de casa, solo llámame.*

*Mantente a salvo para mí, tigresita.*

*Jacques”.*

—Tigresita —repitió en voz alta el apodo que le había puesto él durante la noche—. Te recogeré sobre las tres para llevarte a comer.

Sacudió la cabeza, arrugó el papel hasta convertirlo en una bola y lo lanzó a través del salón.

—¿En qué mierda de lío me he metido? —murmuró mirando ahora la flor. Luchando con la tentación de hacer pedazos la indefensa planta, la dejó sobre la mesilla auxiliar y arrastró la silla hasta una posición en la que podía hacer el cambio sin mayores problemas.

Necesitaba una ducha, quitarse el recuerdo de la pasada noche de su piel y retomar la rutina cuanto antes.

Gimió una vez más ante el repentino recuerdo.

—Tengo que encontrar un servicio de limpieza —jadeó. Se acomodó en la silla, frunció el ceño al verse completamente desnuda e hizo una nueva mueca ante la evidente sensibilidad que ahora notaba entre las piernas—. Pero eso tendrá que esperar hasta después de la ducha.

Su estómago decidió hacerse notar también en ese momento, el muy maldito no perdonaba el desayuno y el solo pensamiento de unas tortitas cubiertas con sirope de chocolate le hacía la boca agua. Estaba famélica.

Se cubrió el vientre con la mano al escucharlo gruñir y dejó escapar un profundo suspiro.

—Ducha ahora, desayuno y llamada urgente a Lexa, después.

Necesitaba a su amiga, ahora más que nunca necesitaba saber en qué clase de locura había ido a caer después de emparejarse con alguien como Jacques.

Por primera vez entendía perfectamente la dicotomía con la que había regresado su mejor amiga la mañana después de acostarse por primera vez con Mark, tras haberse emparejado con él. Sonrió al recordar la indignación de la chica por haberse olvidado el bolso y las bragas en su apartamento, pero su ofuscación se había debido sobre todo a su necesidad de él, a las ganas que tenía por volver a verle, por haber tenido que dejarle.

Y esa sensación vivía ahora en su interior. Inconscientemente buscó el teléfono con la mirada, le había dicho en la nota que había grabado su número, la tentación era tan fuerte que se obligó a sujetar el riel de las ruedas y darle la espalda para encaminarse a la ducha.

—Olvídalo —masculló irritada—, nunca has dependido de un hombre y por el tesoro del rey *Midas* que no vas a hacerlo ahora.

Atravesó el parqué sin mirar atrás, empujó la puerta del cuarto de baño, encendió la luz y se encerró en su interior dispuesta a mimarse a sí misma durante un buen rato debajo del chorro de agua caliente.

Tenía que admitir que su nuevo lugar de trabajo le daba mil vueltas al anterior, especialmente por la infraestructura que poseía la unidad de delitos cibernéticos del departamento de policía. Se recostó en la silla y dejó que sus dedos volasen sobre el teclado mientras echaba fugaces vistazos a la amplia disposición de pantallas de plasma en las que se reflejaban los resultados de su búsqueda actual.

Lo habían arrancado de la cama, literalmente.

En el momento en que le sonó el busca sus sentidos de policía despertaron, aunque esta vez su naturaleza felina se había impuesto a la humana recordándole oportunamente que el cuerpo femenino tumbado a su lado era ahora una de sus primeras responsabilidades; sino la primera de todas.

Había odiado tener que dejar a Becca después de lo de anoche, no estaba seguro de hasta dónde llegaba su información sobre su raza y como bien le había comentado antes, cada emparejamiento era distinto.

El pensar en ella y en toda esa cremosa piel lo puso duro al instante, se obligó a recolocarse el paquete, buscar una postura más cómoda y concentrarse en su tarea de la mañana. Tenía intención de recogerla en el descanso que tenía al mediodía, necesitaba sacarla de su zona de confort y que aprendiese a confiar en él, a verle como alguien en quién podía apoyarse

y que no la privaría de esa necesaria independencia que había desarrollado a raíz del accidente.

Se preguntó si su lesión sería reversible. El accidente había tenido lugar cinco años atrás, un atropello con conductor a la fuga, la información que le ofreció voluntariamente le había servido para indagar, hacer sus propias pesquisas y contrastar la información que le había dado.

Sabía además que había sido intervenida quirúrgicamente dos veces, la primera tras el accidente y la segunda un año después. Se había negado a volver a pasar por quirófano, como también se había negado a depender de los calmantes. Su pequeña tigresa había sufrido lo indecible y sin embargo nunca había bajado las manos, no solo aprendió a vivir con las secuelas provocadas por el accidente, sino que aprovechó el dinero de la indemnización para terminar sus estudios y comprar el bajo en el que había levantado la galería.

Reconocía que había hecho trampas. Una vez tuvo su nombre, no le fue difícil averiguar todo lo demás, después de todo, no estaba en el puesto en el que estaba por haber sido un santo, tenía sus pequeños secretillos cibernéticos, unos que lo convertían en un *hacker* endiabladamente bueno. De hecho, su actual destino se debía precisamente a sus talentos ante un ordenador.

Pero con Becca quería mucho más, quería hacer las cosas por el método tradicional, quería que confiase en él lo suficiente para abrirse y hacerle partícipe de su pasado, de su presente y de lo que la vida tuviese a bien depararles.

El primer paso había sido seducirla, uno que había afrontado como un desafío personal y del que se sabía victorioso. El siguiente paso, sin embargo, iba a ser más complicado o al menos requeriría más tiempo.

—Caerás, tigresita, y cuando lo hagas yo estaré allí para recogerte y cuidar de ti —murmuró para sí. Su nueva meta era enamorarla, una que estaba más que ansioso por traspasar.

—¿Qué te parece tu nuevo puesto de trabajo? Mola, ¿no?

Jacques se giró en la silla lo justo para mirar a uno de sus nuevos compañeros.

Quinn James poseía el típico aspecto de un empollón informático. Treintañero de aspecto juvenil, gafas de pasta, pelo en punta, vaqueros gastados y una camiseta que proclamaba la genialidad del hombre que la

llevaba, no era suficiente para camuflar su verdadera esencia. Debajo de ese pelo y tras las poco favorecedoras gafas se encontraba un espíritu sagaz e indomable, mucho más peligroso de lo que ninguno de sus compañeros o su propio jefe sabían.

—Lo que mola es el equipo informático que me han dado para jugar —aseguró levantando la mano para chocarla con la del recién llegado—, deja en la era de la prehistoria el que teníamos en mi antigua oficina.

Una baja risotada escapó de la garganta masculina al tiempo que chocaba la mano ofrecida para luego apoyarse en el respaldo de la silla y comprobar rápidamente el trabajo que estaba llevando a cabo.

—El título de “mejor unidad de delitos cibernéticos del país” no nos la han puesto precisamente por lo guapos que somos, sino por lo buenos que somos —aseguró con un guiño—, y estos juguetitos ayudan también a cultivarnos el ya de por sí desmesurado ego.

—No puedo imaginarme el motivo —correspondió a su diversión con la propia.

El recién llegado acercó una de las sillas vacías y la deslizó hasta dejarse caer en ella. Su atención, sin embargo, seguía puesta sobre las distintas pantallas.

—Callaghan Winters —murmuró. Cogió uno de los teclados, lo giró hacia sí e hizo un rápido paso de claqué con los dedos—. Es uno de los peces gordos, el más elegante en su trabajo y con un código ético bastante peculiar dentro de su... categoría. El tipo es capaz de hacer desaparecer en el mercado todo un museo antes de que el director del mismo se entere de que se ha quedado sin cuadros. Últimamente, sin embargo, no ha habido demasiado movimiento en torno a él, lo cual es uno de los principales motivos por los que trae de cabeza a los detectives que andan tras sus huellas. ¿Interés personal?

Sus ojos se encontraron y no pudo evitar contener una sonrisa propia al ver el palpable interés en sus ojos.

—Podría ser.

La traviesa sonrisa se amplió haciéndose incluso ligeramente ladina.

—¿Una *vendetta*?

Bufó.

—Me han llegado ciertos rumores de que podría estar interesado en cierta pieza de una colección personal —comentó bajando el tono de voz para

conferirle un aire de confidencialidad al asunto—. Han hecho llegar una oferta al propietario la cual fue rechazada, digamos que el rechazo no le sentó demasiado bien al intermediario y amenazó al propietario.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—Y ese propietario... ¿es una mujer? —rumió—. ¿Tu compañera, *tigre*?

No le sorprendió en absoluto que estuviese al tanto de su naturaleza, los seres como ellos solían reconocerse. No tuvo que responder ya que se respondió él mismo.

—No todos los días se me presenta la oportunidad de compartir oficina con alguien con tanta personalidad como yo —se justificó con un encogimiento de hombros—, es... interesante.

—Ya lo veo.

Sus dedos volaron nuevamente sobre el teclado, miró un par de veces de manera precavida por encima del hombro para asegurarse de que no había nadie espiando y pronto las pantallas cambiaron mostrando varias fotografías del susodicho y de un hombre al que reconoció de inmediato. Un bajo gruñido escapó de su garganta mientras se inclinaba hacia delante.

—Bernard Atchison, un coleccionista de antigüedades y objetos raros —resumió él dándole la información antes de pedirla—, o lo que es lo mismo, un imbécil que no sabe hacer una “o” con un canuto y que utiliza sus contactos para colocar antigüedades de valor en manos de coleccionistas privados e incluso algunos en el mercado negro.

Bernard Atchison. Aquel era el tipo al que Rebecca no había dudado en dispararle varios perdigonazos para sacarle de su galería, el mismo que ahora sabía había mantenido una relación parasitaria con su compañera —la cual incluía gastarse el dinero que le había sobrado de la indemnización después de comprar la galería— antes de largarse con una bailarina de *striptease* dejándola con una deuda de dos mensualidades del compartido alquiler.

—Ya veo que lo conoces y que no te cae precisamente bien —aseguró jovial—. ¿Fue él quién le hizo la irrepetible oferta a tu chica? Si es así, posiblemente esté buscando alguna antigüedad que le haya pedido alguno de sus clientes. No es un tipo precisamente recomendable. Si fuese tú, mantendría a mi compañera alejada de él.

—Ella misma se ha encargado de hacerlo al dispararle con una escopeta de caza —murmuró con voz letal, sintió cómo los colmillos brotaban en su boca ante la necesidad de hacer pedazos a ese hijo de puta. Si volvía a acercarse a



Becca, lo mataría y a la mierda todo lo demás.

El silbido que salió de los labios del informático lo hizo encogerse, tenía los oídos especialmente sensibles esa mañana. Su felino dormía plácidamente en su interior después de reclamar a su compañera, pero su naturaleza había quedado muy cerca de la superficie agudizando sus sentidos.

—Vuelve a hacer eso y te arranco la lengua.

Quinn sonrió ampliamente.

—Lo siento, tío. Es que me ha impresionado. Tu chica se parece a mi mujer; hay que atarla para que no se meta en líos —aseguró con un profundo suspiro. Entonces volvió a lo que tenía entre manos—. Si Atchison está rondándola es porque tiene una antigüedad que desea alguno de sus clientes —continuó al tiempo que señalaba la pantalla de la derecha con un gesto de la barbilla—, y si Winters es uno de sus habituales... bueno, quizá sería buena idea que mantuviésemos un ojo sobre ella.

Lo miró con un gesto que decía claramente lo que le pasaría si se acercaba a su compañera.

—Tranquilo gatito, mi compañera me arrancaría los huevos y los llevaría de collar, si se me ocurre la brillante idea de mirar a alguien más —aseguró con una divertida sonrisa.

Diablos, el emparejamiento lo estaba volviendo más territorial que nunca, pensó al tiempo que se frotaba la barbilla. Volvió a echar un vistazo a las pantallas y las examinó hasta que una repentina idea se filtró en su mente. Miró a su nuevo compañero y entrecerró los ojos.

—Quinn, estás a punto de convertirte en mi nuevo mejor amigo.

El informático sonrió de medio lado, de algún modo Jacques empezaba a pensar que aquella frase no se iba a quedar solo ahí, el chico tenía potencial para convertirse precisamente en eso, su nuevo mejor amigo.

## CAPÍTULO 16

—Entonces, ¿todo ha ido bien?

Se quedó pensativa mientras contemplaba la base del teléfono que estaba funcionando en manos libres mientras degustaba su segunda taza de café de la mañana.

Después de una más que merecida ducha, había desestimado hacer cualquier clase de desayuno y salir inmediatamente para la galería. Cualquier cosa le parecía mejor que quedarse en casa cuando todo le recordaba a lo ocurrido la noche anterior. Desestimó incluso la idea de preparar las tortitas con chocolate que se le antojaban, si se ponía a ello, no solo no saldría de casa, lo más seguro era que terminase por encerrarse con su botín en el dormitorio para no volver a asomar la cabeza hasta el día del juicio final; eso suponiendo que ese maldito tigre no decidiera arrancarla antes de su encierro.

—¿Becca?

Sacudió la cabeza, dejó la taza de nuevo en el platillo y apartó un poco los papeles que había estado ojeando esa mañana por temor a que terminasen manchados.

—¿Qué quieres que te diga? —suspiró—. Estoy todo lo bien que puede estar una después de pasar la noche con un tío y que este le hinque el diente. Demonios, me pica... y me duele... y me escuece...

Agradecía que Lexa no pudiese ver en esos momentos cómo enrojecía mientras se llevaba una mano a la zona en cuestión. Deslizó los dedos entre sus piernas, acariciando sin sentir realmente nada por la cara interior del muslo hasta esa pequeña zona cuya sensibilidad parecía haberse incrementado desde la noche anterior. Había visto la marca gracias a su espejo de mano, una pequeña herida sonrosada en la delicada piel que unía el muslo con la ingle, demasiado cerca del final del monte de venus. Sabía que

la había mordido, así lo había sentido, pero lo que no esperaba era tener que revolverse incómoda cada dos por tres porque le molestase incluso la ropa interior. Era como tener un perpetuo recordatorio de lo que había ocurrido, algo que le impedía dejar de pensar en él.

Una suave risita emergió del teléfono.

—Los *tygrain* pueden ser un poco... intensos... cuando encuentran a su compañera —comentó ella—, especialmente durante el reclamo.

*Tygrain*. Compañeros. Su amiga hablaba con mucha facilidad de un hecho que todavía le costaba asimilar.

—Dime que esto de morder es algo de una sola vez.

La escuchó bufar, pero no cabía duda que le divertía la situación por la que ella misma había pasado con anterioridad.

—Solo se reclama una vez —respondió con jovialidad—. La marca suele ser lo suficiente profunda para que escueza durante un par de días, te moleste o te pique. Una vez cicatriza, ni siquiera la notarás.

Suspiró.

—No sé si aguantaré esto un par de días, ¿por qué no podía limitarse a morderme... no sé... en el cuello, como los vampiros?

Hubo cierta vacilación del otro lado de la línea.

—Um... bueno, esencialmente son felinos, Becca —rumió su amiga con un tono un poco más ahogado—. Ya sabes... la línea del hombro... la base posterior del cuello...

Parpadeó y miró el teléfono como si esperase que su amiga saltase de un momento a otro y le dijese: ¡era broma!

—Este gatito parece tener mayor inclinación por los bajos fondos.

Hubo un pequeño jadeo y la voz de Lexa le llegó entre fascinada y avergonzada.

—¿De verdad? ¿Él te ha mordido... er... más abajo?

Se llevó una mano a la cara para cubrirse los ojos y sintió el impulso de echarse a reír.

—Ya veo que Mark es de los felinos a los que le gusta mordisquear el cogote —le soltó con absoluta ironía—. Ay, Lexa, ¿por qué ha tenido que pasarme esto a mí? Yo no soy material para compañera de nadie. ¡Ya ves lo bien que me fue con la comadreja de Bernard!

Su amiga chasqueó la lengua.

—Una mala decisión tomada en un momento bajo de moral —le recordó

—. Y afortunadamente abriste los ojos a tiempo...

—Te recuerdo que fue él quién me dejó para irse con una bailarina de striptease —hizo una mueca.

—Pero ya te habías dado cuenta antes de que no era el hombre adecuado, era una comadreja —sentenció la mujer—. Además, te hizo un favor desapareciendo de tu vida. Ahora tienes a alguien que marcará la diferencia. Te lo aseguro, Becca, concédete una oportunidad para ser verdaderamente feliz.

—Sabes, te has vuelto un poco *ñoña* desde que te has casado —rezongó solo para picarla—, te prefiero cuando me gritas mi falta de sentido común.

—Juraría que eras tú la que me gritaba a mí.

Ambas se echaron a reír durante un buen rato.

—¿De verdad estás bien? —su insistencia la hizo sonreír. No importaba que ahora viviese a varios estados de distancia, Lexa siempre estaba al pendiente.

—Lo estaré cuando deje de picarme o mejor aún, cuando pueda rascarme sin que parezca que estoy a punto de caerme de la silla —resopló—. ¿No hay algún remedio casero para aliviar la comezón? Podría darle con aloe o con rosa de mosqueta, ¿no lo recomiendan para atenuar cicatrices?

—Sí, hay un remedio muy bueno —aceptó su amiga—, aunque no estoy muy segura de que vayas a dejar que te lo apliquen.

Enarcó una ceja y miró el aparato a través del cual escuchaba la conversación.

—¿Y eso por qué?

—Porque eso nos llevaría a poner mi lengua sobre tu piel una vez más.

La inesperada y ronroneante respuesta hizo que levantase la cabeza de golpe y se encontrase con un apuesto y relajado Jacques cruzado de brazos y apoyado contra el marco de la puerta.

—¿Cuánto has escuchado de la conversación?

Sus labios se curvaron lentamente.

—Lo bastante para saber que estás... incómoda —le dijo en voz baja, entonces alzó el tono para dirigirse a su interlocutora—. Hola, Lexandra.

—Hola Jacques —contestó la aludida. Ambos oyeron cómo vacilaba, hacía un par de comentarios rápidos e iniciaba una pronta retirada—. Bueno, no te entretengo más, Becca, Mark ya me está haciendo señas para que suelte el teléfono y nos vayamos.

Sonrió ante el tono mortificado de su amiga y sacudió la cabeza.

—No le hagas esperar —se despidió—. Estamos en contacto.

—Cuenta con ello. Adiós.

La línea pasó a quedarse inerte para finalmente emitir un pitido entrecortado que marcaba el final de la llamada.

—¿Y bien?

Cogió la taza de café que todavía permanecía a su lado y se la llevó a los labios para tomar un generoso sorbo.

—¿Y bien qué?

Lo vio cerrar la puerta de la oficina y finalmente caminar hacia ella, rodeó la mesa y tiró de su silla para poder tenerla frente a él, le quitó la taza de café para devolverla a la mesa y se inclinó apoyándose sobre los reposabrazos para quedar así a su altura y poder robar un breve beso de sus labios.

El roce de su boca, el suave y delicioso aroma que lo envolvía, todo contribuyó a calmar la ansiedad que había estado dando vueltas en su interior desde el momento en que se había despertado.

—Sé cuándo una mujer quiere mis intestinos en una bandeja —le dijo entonces—. ¿Por qué no me llamaste?

Se lamió los labios y apartó las manos que él intentaba coger.

—¿Para qué? ¿Para enviármelos en una caja? —le soltó—. Sería un bonito detalle, sin duda, aunque de poco iban a servirme...

Se rio y no lo escondió.

—Ya veo que has solucionado el incidente de ayer —declaró echando el pulgar por encima del hombro—, acabo de encontrarme con el equipo de limpieza.

Sí, aquello había sido una de las primeras cosas que había hecho nada más salir de la ducha, contratar una empresa de limpieza y enviarlos a la galería.

—Era una de las primeras cosas en mi lista —aceptó esquivando su mirada. Maldita sea, ¿por qué estaba tan nerviosa? Solo había sido un polvo. No era como si no se hubiese acostado antes con alguien de manera esporádica.

—Becca, mírame —la obligó a hacerlo al cogerle la barbilla e impedirle apartar la mirada—. Ahora respira conmigo... dentro... fuera... así... no me gusta la idea de verte de color azul o morado por falta de aire.

Parpadeó al ver el brillo travieso en sus ojos, los cuales volvían a ser totalmente humanos.

—Me hubiese gustado permanecer en la cama a tu lado hasta que te despertases, lamento que no haya podido ser así —se disculpó al tiempo que le acariciaba la mejilla con el pulgar—. ¿Me dejas compensarte?

Ladeó el rostro en un intento de librarse de la necesidad de restregar la cara contra sus dedos y entrecerró los ojos. Necesitaba mantener las distancias, estos eran sus dominios, la galería era el único lugar en el que se sentía realmente ella misma.

—No tengo tiempo para salir a comer —declaró pensando en anticiparse a la previa invitación que le había dejado escrita en la nota—, pero hay una bocatería aquí al lado que...

No pudo terminar, antes de poder protestar se sintió levantada en vilo desde su silla para ser sentada después sobre la superficie de la mesa.

—¡Mis papeles! —jadeó intentando sacar los documentos de debajo de su trasero—. Jacques, qué demonios crees que estás haciendo, ¿eh? Estos son documentos que...

Una vez más sus labios capturaron los suyos obligándola a cesar en sus quejas, su lengua incursionó en su interior haciendo que probase una vez más su sabor y cada una de sus terminaciones nerviosas despertasen de su letargo.

—Protestas demasiado, Rebecca —declaró él rompiendo el beso—. Has dicho que te estaba volviendo loca, que te escocía, ¿no? Pues vamos a ponerle remedio.

Jadeó, no podía estar hablando en serio. No podía pensar seriamente en hacer... ¡Mierda!

—¡Jacques! —jadeó e intentó apartarle las manos cuando le separó las piernas y tiró de ella hasta el borde de la mesa.

Sus ojos se encontraron una vez más.

—Recuéstate, apóyate en los brazos y no te caerás —le dijo al tiempo que envolvía la tela de su falda hasta dejar a la vista el breve tanga, lo único que había encontrado finalmente y que no le molestaba—. Solo nos llevará un minuto. Uno del que disfrutaré tanto como tú.

## CAPÍTULO 17

Definitivamente, esta no era la manera en la que esperaba reencontrarse con ella. Había pensado en llamar a la puerta, iniciar una inofensiva charla y en el momento adecuado dejarle caer que su nuevo compañero estaba instalando ya un sistema de video vigilancia para la galería. Las palabras que había captado de la conversación que estaban teniendo las dos mujeres hicieron que su planeada entrada cambiase de rumbo.

La idea de poner de nuevo su boca sobre cualquier parte de la anatomía femenina era por descontado de lo más apetecible, pero en esta ocasión tenía que recordarse a sí mismo que no se trataba de nada sexual, sino de procurar alivio sobre algo que él mismo había causado.

Deslizó los dedos por la suave piel del interior del muslo, no obtuvo ninguna respuesta de ella, ningún temblor, ningún escalofrío y sabía que ella mantenía la mirada fija en él, su cuerpo en tensión mientras sus piernas inertes permanecían abiertas dejándole a él en medio.

—Dime cuando sientas mis dedos, ¿de acuerdo?

Ella cerró los labios con más fuerza hasta formar una delgada y firme línea, cosa que lo hizo sonreír. Optó por hallar la respuesta él mismo.

Recorrió muy lentamente su piel, aprendiendo las respuestas o la falta de ellas en su cuerpo. La sintió contener el aliento cuando acarició el borde de la tela del tanga que cubría a duras penas su monte de venus, siguió el recorrido delineando el borde de la prenda y volvió a notar su respuesta cuando tocó la zona hinchada y sensible dónde la había marcado la noche anterior.

—Si vuelves a morderme, juro por dios que yo haré lo mismo con tus huevos —siseó—, y te los arrancaré de cuajo.

Su sexo se encogió ante la rabiosa amenaza solo para endurecerse aún más, su aroma de mujer era suficiente para hacer que todo su cuerpo despertase de

nuevo.

—Solo voy a lamerte —ronroneó, lamiéndose ya los labios ante la perspectiva—, debí haberme encargado de esto ayer mismo, pero temo que mis... instintos estaban concentrados en otras cosas más acuciantes.

—No me digas —rezongó ella—. Lo que tendrías que hacer es ponerte la antirrábica...

Puso los ojos en blanco.

—Eso es para los perros, tigresita.

Su cuerpo se estremeció ante la primera pasada de su lengua sobre la sensible zona, la piel había sido desgarrada por sus colmillos, la marca que la proclamaba como su pareja apenas se percibía ahora debajo de la costra que había empezado a crear la herida. El borde estaba ligeramente rojo e inflamado, no era extraño que hubiese estado molesta tal y como le había dicho a Lexa. Al tener que permanecer en posición sentada la mayor parte del tiempo, la zona quedaba expuesta a todo tipo de roces e incomodidades.

Separó la piel con los dedos y la lamió con infinito cuidado, su saliva poseía ciertos agentes calmantes, no era milagrosa, pero sí ayudaría a calmar la zona irritada y aceleraría el proceso de cicatrización.

Su fino oído captó el suave suspiro que escapó de entre sus labios, su cuerpo había empezado a relajarse y finalmente se había apoyado en las manos echándose hacia atrás.

Sopló suavemente enfriando la zona que había lamido solo para prodigarle nuevos cuidados, el momento resultaba tan íntimo, tan de ellos, que no había necesidad de palabras.

Después de un par de pasadas más, concluyó que ya era suficiente por el momento. Delineó una vez más el borde del tanga y frunció el ceño ante la textura del mismo.

—¿Tienes unas tijeras a mano?

Ella musitó algo que podría haber sonado como un ronroneo o una respuesta.

—En el cajón de arriba.

Examinó el escritorio y abrió el cajón superior a su derecha para encontrar justo lo que necesitaba. Con un movimiento rápido se deshizo de la prenda interior cortándola a ambos lados de la cintura.

—¡La madre que te parió! —jadeó incorporándose de golpe y mirando la prenda ahora colgando entre sus dedos con ojos horrorizados—. ¡Mis



*Sarrieri!* ¡Ay dios! ¡Ay dios!

De acuerdo, aquella debía ser la primera vez que una mujer estaba a punto de echarse a llorar porque le hubiese cortado la ropa interior. Por lo general, las reacciones solían ser muy distintas, incluso eróticas, pero su compañera parecía estar al borde de las lágrimas.

—¿Pero qué demonio se te ha metido en el cuerpo, detective? —gimió y lo miró de forma acusadora—. ¿Tienes idea de lo que acabas de hacer? ¡Me pasé todo un jodido año ahorrando para poder darme el único capricho estrafalario de toda mi vida!

Miró una vez más la prenda y luego a ella, quién seguía con las piernas separadas mientras él permanecía en medio con las tijeras en una mano y el trozo de tela en otra.

—Creo que podrás sobrevivir sin ropa interior —respondió echando un fugaz vistazo a su delicioso y desnudo sexo antes de obligarse a bajar de nuevo la falda. Dudaba mucho que Becca fuese a permitirle hacer algo más que poner una prudente separación entre ellos a juzgar por su rostro—. ¿Por qué te la has puesto? Te estaba haciendo daño.

La vio boquear como un pez fuera del agua y no pudo resistirse más, se incorporó y posó el dedo sobre los labios que se moría por mordisquear.

—No llores —le prohibió. Sus ojos ya estaban brillantes por unas lágrimas que no quería ver caer—. Si tanto significaba para ti, te compraré otras.

Parpadeó varias veces como si quisiera complacerle, a pesar de que todo en su expresión hablaba de lo contrario.

—¡Me he dejado casi seiscientos dólares en ese maldito conjunto de lencería! —chilló. Las lágrimas empezaron a descender entonces por sus mejillas—. ¡Se suponía que era para una ocasión especial! ¡Y ahora esa ocasión nunca llegará!

—Becca.

Intentó sonar tranquilizador, podía oler sus turbulentas emociones, notar el latido acelerado de su corazón, la necesidad de dejar pasar aire a través de unos pulmones que no deseaban cooperar.

—Rebecca, mírame...

Ella se revolvió, intentó apartarlo con las manos y se habría caído de la mesa, si él no la hubiese atrapado de nuevo contra el escritorio.

—¡Suéltame! ¡Déjame! ¡Vete! ¡Maldita sea! ¡Márchate! —chilló ahora entre sollozos—. Lo sabía, sabía que esto no me traería más que problemas,

sabía que no funcionaría, nunca podría funcionar... ¡Mírame! Ni siquiera puedo moverme, ni siquiera puedo marcharme cuando quiero hacerlo... ¡Y me has mordido! ¡Me has mordido y me duele! ¡Y también me escuece! — Sus sollozos terminaron en un llanto que arreció sin control dejándolo despojado de todo y sintiéndose absolutamente miserable—. Y por qué demonios me has lamido, ¿eh? ¿Esto es otro de esos raros fetiches de ser un gato?

Le cogió el rostro entre las manos con suavidad y le levantó el rostro.

—¿Puedes, por favor, dejar de llorar?

Hizo un puchero que le encogió una vez más el corazón.

—¿Por qué?

Suspiró.

—Porque, gatita, me está partiendo el alma verte así —aseguró con total sinceridad, incluso su tono sonó angustiado—, y no tengo la menor idea de qué hacer para evitarlo.

—¡No debiste haberme cortado el tanga!

—Ya te he dicho que te compraré otro.

—¡No quiero otro! ¡Quiero el mío! —protestó pasándose ahora la mano por la nariz—. Ay dios, mírame. Me he vuelto bipolar. ¡Esto es todo culpa tuya, Jacques, todo culpa tuya!

Y entonces fueron sus brazos los que le rodeaban el cuello, las lágrimas de su rostro la que le empapaban la camisa mientras daba rienda suelta a toda la desesperación que parecía llevar acumulada en su interior desde mucho antes de conocerlo a él.

Le acarició el pelo, la atrajo contra sí y la apretó contra su pecho mientras dejaba que la tormenta pasase de largo. Por fortuna, el extraño episodio no duró más allá de unos pocos minutos más.

—Me debes un conjunto de *Sarrieri* nuevo —musitó apartándose lentamente de su pecho, sus ojos se habían puesto rojos de tanto llorar y tenía la nariz colorada—. Y tiene que ser de la nueva colección.

—Te daré mi tarjeta para que puedas adquirirlo —aceptó sin dejar de mirarla.

Se lamió los labios para luego pasarse la mano por el rostro y mirar a su alrededor.

—¿Puedes acercarme la silla?

Sonriendo para sí, la levantó en brazos y la sostuvo así durante unos

segundos.

—Vamos a comer algo —le informó al tiempo que la dejaba de nuevo en la silla y dejaba que fuera ella misma la que se colocase bien—. Un poco de aire fresco nos va a venir bien a los dos.

No dijo nada. Tampoco lo hizo, cuando se puso tras la silla y empezó a guiarla hacia la salida de la oficina. Había quedado tan agotada anímicamente que intuía que no tenía deseos ni de protestar.

## CAPÍTULO 18

El Parque MacArthur estaba como siempre lleno de gente. Situado en medio la ciudad, servía de espacio de esparcimiento para los californianos. Para Becca, era uno de sus espacios favoritos; un lugar dónde poder respirar un poco de aire libre en medio de una bulliciosa ciudad, dónde observar los pájaros que a menudo surfeaban sobre el lago y dejar por unos momentos el ajeteo y las prisas que parecían hacer mella en todos los contemporáneos de la zona.

Sentada bajo la sombra de uno de los árboles de tronco retorcido, se esforzaba por encontrar de nuevo la calma que había perdido en la galería. No había dicho ni una sola palabra mientras él la sacaba del edificio y empujaba la silla todo el camino hasta el parque, apenas se había detenido unos instantes en la entrada de su negocio para hacer una rápida presentación y decirle que su amigo Quinn iba a empezar a instalar un sistema de videovigilancia en el lugar.

Sabía que tenía que estar molesta por esa intrusión. Aquello era precisamente lo que no deseaba que ocurriese, no quería que nadie llegase y empezase a dirigir su vida, a tomar decisiones por ella. Por otra parte, tenía que admitir para sí que era un mal necesario, necesitaba ese sistema de vigilancia para la galería.

Jacques había recogido entonces una mochila que había dejado a la entrada y, tras echársela al hombro, empezó a parlotear sobre los beneficios de un entorno más tranquilo; el aire libre, el cielo despejado y el calor –no demasiado bochornoso– de esos meses en California.

Su mutismo siguió hasta el punto de querer echarse a llorar una vez más, sus emociones parecían haber sufrido un colapso y era incapaz de encontrar la serenidad que la caracterizaba y que le permitía afrontar el día a día. Deslizó la mano sobre el suelo notando la hierba cortada, las pequeñas hebras

actuaban como un cepillo bajo las yemas de sus dedos. Su silla permanecía a un lado mientras ambos compartían una toalla en la llana superficie.

—Lo siento.

Las palabras surgieron finalmente, un agotado susurro que interrumpió el monólogo que mantenía su compañero. Los ojos del tygrain se clavaron en ella y casi pudo ver un halo de esperanza en ellos.

Se lamió los labios y continuó.

—Por lo de antes, no suelo tener crisis nerviosas...

Le apartó un rebelde mechón que le caía delante de la cara para prendérselo detrás de la oreja. Sus caricias siempre eran tiernas, cuidadosas, como si temiese que pudiese romperse de un momento a otro o levantarse y huir. Si tan solo pudiese hacer esto último.

—Sé que esto supone un gran cambio para ti, en tu vida, en tu cotidianidad —comentó con lentitud, como si buscase las palabras exactas que decir—, estás sobrepasada... nuestro vínculo es muy reciente y cuando no sabes qué esperar, todo parece magnificarse...

Lo miró.

—¿Tú sí sabes qué esperar?

Sonrió.

—Llevo esperándote toda la vida, deseando que llegase este momento, que aparecieses y pusieses todo patas arriba —aseguró en tono divertido—, y ahora que por fin te tengo, te confieso que siento un miedo atroz.

Parpadeó ante la sinceridad que traía consigo la inesperada respuesta.

—¿Pensabas que eras la única con temores? —insistió—. Mira, Becca. Yo puedo haber sido consciente de lo que vendría, de que antes o después encontraría a mi compañera, puedo haberlo deseado, imaginarme una y mil veces las distintas formas en las que te conocería, en las que haría que esto funcionase, en cómo será nuestro futuro, nuestra familia... pero la realidad es la que estamos compartiendo ahora mismo, es este pedazo de césped, eres tú mirándome en la forma en que lo haces... y ante esta realidad, solo puedo sentirme nervioso porque no sé como reaccionarás, no sé qué dirás o qué harás...

Ladeó la cabeza y la recorrió muy lentamente con la mirada, haciéndola perfectamente consciente de sí misma y de él.

—Y quiero descubrirlo, quiero descubrir cada pequeña cosa de ti, aprender qué es lo que necesitas, qué puedo darte o qué puedes darme tú a mí —

concluyó mirándola a los ojos—. No quiero robar tu independencia, no quiero arrebatarte tu vida pero sí quiero compartirla.

Le acarició la mejilla y se inclinó sobre ella, posando su frente contra la de ella.

—No quiero volver a verte llorar —murmuró—, no quiero ser la causa de que lo hagas.

Se lamió los labios y cerró los ojos permitiéndose disfrutar de esa breve intimidad.

—Tú no has sido la causa... no la única, al menos —murmuró. Se separó y lo miró—. No me siento yo misma, Jacques, desde que nos encontramos me he ido perdiendo y ya no me siento yo. Estoy nerviosa... emocionalmente inestable... ¡y yo no soy así!

Sacudió la cabeza una vez más y se pasó las manos por el rostro en un gesto desesperado.

—Dime al menos que no me he vuelto loca por completo y que esto es culpa de lo que sea que has hecho al morderme... emparejarnos... o lo que sea —resopló—. Dime que volveré a ser yo misma antes de que tenga que pedir cita en un psicólogo.

Su respuesta fue inclinarse ahora sobre una segunda toalla, sobre la que había dispuesto un pequeño picnic, cogió un pedazo de sandwich de pavo y se lo puso delante de las narices.

—Nunca antes me había emparejado, tigresa —respondió haciendo círculos con el sandwich en espera de que le diese un mordisco—, solo sé aquello que he visto en otras parejas o me han contado. El vínculo al principio nos hará dependientes el uno del otro, necesitaremos estar cerca, mantener el contacto... tocarnos, sentirnos... por eso te dije esta mañana que si me necesitabas, me llamas. Con el tiempo sé que las cosas se irán asentando, la necesidad de saber del otro se irá calmando y en definitiva, seremos una pareja como cualquier otra.

—¿Y cuanto tiempo es en días, semanas... meses? —preguntó al tiempo que le arrebatava el sandwich para comérselo ella misma.

—No lo sé —aceptó con sencillez—. A juzgar por tu reacción y la maldita excitación en la que me ha tenido tu pensamiento toda la mañana...

—Si esperas que te lama, la llevas clara.

La respuesta surgió de su boca antes incluso de poder saber que la había pensado. Los ojos masculinos se posaron en los suyos con ese toque felino y

se sintió estremecer mientras el placer volvía a hacer acto de presencia.

—Por mucho que me seduzca la idea de tener esa preciosa lengua sobre mi polla, de momento no me va el exhibicionismo —aseguró intentando contener la carcajada que ya asomaba a sus ojos—. Aunque mantén ese pensamiento para cuando estemos en privacidad.

Sintió cómo sus mejillas aumentaban de color y se escuchó mordisqueando su sandwich. Diablos, o tenía un hambre canina o el bocadillo estaba realmente delicioso.

—Veo que he acertado.

Alzó la mirada sin comprender su respuesta hasta que él indicó la comida con un gesto de la barbilla.

—No sabía si te gustaría la mayonesa con el pavo.

Se lamió los labios recogiendo las últimas migas y tragó. Miró el bocadillo y luego a él.

—¿Ahora vas a decirme que eres un cocinitas?

Jacques deslizó el pulgar sobre su mejilla, como si le limpiase algo, y luego se lo llevó a la boca. Verlo succionar su propio dedo hizo que se mojase al instante, recordándole al mismo tiempo que estaba sin ropa interior.

—Joder... no llevo bragas.

Los ojos masculinos se entrecerraron.

—Gracias por recordármelo.

Ahora fue ella la que duplicó su gesto y terminó apuntándolo con un dedo.

—¿Cómo has podido utilizar unas tijeras para...?

—¿Sigue doliéndote?

Parpadeó y bajó la mirada a su regazo, con todo el lío se había olvidado por completo de ese pequeño detalle. De hecho, no solo no le dolía, sino que esa maldita comezón que la había estado volviendo loca había desaparecido.

—No.

Él asintió satisfecho.

—Bien —ronroneó—. Esta noche lo haremos otra vez.

—Por encima de mi cadaver.

Chasqueó la lengua e ignoró su respuesta.

—No me va la necrofilia —aseguró con una mueca de asco—, ni siquiera me como los conejos que cazo. ¡Puaj! A mí dame la carne hecha.

Sus palabras trajeron consigo una imagen que se le quedó grabada a fuego, la de un felino enorme, con una mandíbula colosal y un par de grandes patas

entre las que retenía un pequeño conejo. Se estremeció y lo recorrió con la mirada con morbosa curiosidad, debajo de ese cuerpo humano y perfecto, se ocultaba uno de los felinos más salvajes del planeta.

—¿Tú también puedes mutar en... bueno... en tu felino?

Lo vio parpadear como si la pregunta lo hubiese cogido por sorpresa, entonces sonrió de medio lado y asintió.

—Sí, es mi naturaleza.

Se mordió el labio inferior e intentó imaginárselo como un gato grande y rayado.

—¿Eres muy grande?

La risa escapó de sus labios, un sonido sincero y fresco que la llevó a sonrojarse de nuevo.

—Dos metros noventa de largo, a los que tendrías que sumar unos noventa centímetros de cola y un peso de doscientos treinta kilos, o esas eran las medidas que me dio Mónica este pasado verano, después de hacernos pasar a todos por esa penosa experiencia de ser medidos y pesados —se estremeció—. Mi pelaje es un tono naranja rojizo con rayas negras y la parte interior de las patas y el vientre es blanco y muy suave... o eso dicen.

Ahora fue ella la que parpadeó ante tan precisa definición.

—Eso te convertiría en un gato tremendamente grande —aceptó impresionada—. No cogerías en el dormitorio.

Su carcajada la hizo consciente, una vez más, de que había dicho lo primero que se le vino a la cabeza.

—No te preocupes, en el salón seguro que sí —le guiñó un ojo—, me encanta tirarme en los sofás.

—Como se te ocurra afilar las uñas en el mío, eres gato muerto —lo apuntó con un dedo.

Él se inclinó de nuevo hacia delante hasta que sus narices estuvieron muy juntas.

—Eso quiere decir que puedo mudarme contigo, ¿no?

Se quedó sin aire, su cercanía encendió su cuerpo ya de por sí excitado y le arrebató cualquier pensamiento posible. ¿Cómo lo hacía? Sus ojos eran hipnóticos, podía quedárselos mirando tiempo y tiempo sin querer hacer otra cosa y su aroma, no era solo su colonia, una muy agradable y sutil, era algo más, algo... muy masculino y salvaje que la atraía sin remedio.

—Podría... podría cederte la habitación que fue de Lexa...



Negó muy lentamente con la cabeza, sus ojos le acariciaron los labios.

—Nada de habitaciones separadas —la censuró en el acto—, tú y yo dormimos juntos, en la misma cama, en el mismo suelo, dónde quieras, pero juntos.

No pudo hacer otra cosa que respirar y dejar escapar el aire mientras su cuerpo se sacudía con un profundo escalofrío.

—Esto va tan deprisa que empiezo a sentir vértigo —confesó.

Sus labios tocaron ahora los suyos con mucha suavidad, una caricia que no llenó sus expectativas ni calmó el hambre que se elevaba en su interior.

—Pues apóyate en mí —musitó con voz puramente sensual—. Yo te sostendré.

Se echó hacia atrás, necesitaba recuperar un poco de su espacio personal.

—Necesito... espacio —declaró, su voz salió como un graznido—. Me estás... presionando demasiado... y no soy buena bajo presión.

Él enarcó una ceja ante su respuesta.

—Cualquiera lo diría al verte meterle un par de perdigones al incauto de ayer.

¿Eso había ocurrido ayer? Dios, parecía como si hubiese pasado mucho más tiempo.

—No es un incauto es una comadreja —resopló—, una jodida comadreja con alma de sanguijuela que no dudó en vivir a mis espensas el tiempo que estuvimos juntos. Uno de los mayores errores de mi vida.

Ya está. Lo había admitido en voz alta. Bernad había sido sin duda uno de los mayores errores que había cometido jamás, en su necesidad de cariño y apoyo tras el accidente, había confundido el interés material y el amor por el dinero de esa comadreja con el interés y el amor que podía tener por ella. Le había llevado tiempo comprenderlo, pero los actos de ese imbécil hablaban por si solos.

—Tu ex.

Miró a Jacques, cuya expresión se había vuelto hermética.

—Sí —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Es curioso lo gilipollas que puede resultar la gente, especialmente ese hombre. Pensó que después de todo lo que me había hecho podía presentarse en mi puerta y exigirme que le devolviese un regalo que me hizo hace tiempo; un regalo que encima tuve que pagar yo. Y cuando me negué, se ofreció a comprármela, ¿te lo puedes creer?

Sacudió la cabeza e hizo una mueca.

—Debí haberle roto la maldita estatuilla en la cabeza y lo habría hecho, si dicha pieza no hubiese resultado ser una valiosa antigüedad.

Su compañero arrugó la nariz y ladeó la cabeza, un gesto que empezaba a reconocer. Ese era el policía, el hombre que estaba alerta, el que andaba detrás de alguna pesquisa.

—¿Dices que te reclamó una estatuilla?

Asintió.

—La pieza central de la colección de la exposición —bufó y puso los ojos en blanco—, una pieza de museo que ni loca le voy a entregar a ese usurero. Precisamente, ayer estaba arreglando los papeles para el director del Museo Egipcio del Cairo.

—¿El Cairo, Egipto?

Hizo una mueca.

—Sí, lo sé, soy una anticuaria de lo más rara —se justificó—, pero me gusta pensar que las antigüedades sienten nostalgia y quieren volver a su lugar de origen.

Asintió, pero imaginaba que lo hacía más por educación que por que comprendiese sus motivos.

—Entonces, ¿ya tienes arreglado el traslado? —inquirió nuevamente.

Su repentino interés arañó la superficie de su curiosidad.

—Sí —aceptó y le sostuvo la mirada—. Después de la clausura de la exposición a finales de mes, la pieza volverá a casa. Es el motivo de que no haya ampliado más el plazo para la galería.

Entrecerró los ojos y se lamió los labios como si estuviese sopesando alguna cosa.

—¿En qué estás pensando, detective? —preguntó sin ambages—. ¿Por qué tengo la sensación de que tú sabes algo que yo ignoro?

Él la miró, parecía estar decidiendo si podía responder a la pregunta o inventarse alguna excusa. Odiaba cuando la gente hacía eso y siendo él además policía...

—Olvida la pregunta...

—Bernard Atchison no es trigo limpio.

Apretó los labios y se tensó. Bernard Atchison. Él había dado un nombre completo, uno que ella no le había proporcionado y a juzgar por la manera en que hablaba, con tanta certeza, Jacques sabía mucho más de lo que

aparentaba. ¿Lo habría investigado acaso?

—Le has investigado.

No se molestó en negarlo.

—Eres mi compañera, tu seguridad es lo primero para mí —declaró como si esa fuese suficiente justificación.

Una horrible certeza empezó a filtrarse en su interior.

—Dime que no me has investigado —pidió, aunque sabía que la respuesta que le daría no iba a gustarle ni un pelo—. Eres policía... ¿Delitos cibernéticos? Mierda... ¿cómo no me dí cuenta? Eres un *hacker*...

—Estabas apuntando a un tipo, al cual ya habías disparado, cuando nos conocimos; alguien a quién no parecías tener demasiado cariño. Mi interés sencillamente creció cuando relacionaste ese hombre con el capullo que te dejó tirada —admitió con total sinceridad—. Quería saber qué clase de individuo era y acabé por encontrarme con mucho más de lo que esperaba con respecto a esa... comadreja.

Frunció el ceño ante sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes exactamente a qué se dedica?

Puso los ojos en blanco.

—Esa comadreja siempre ha sido un fiero comprador, dispuesto a hacer lo que sea para hacerse con las piezas que le interesan —se encogió de hombros—. Así fue como nos conocimos, en una subasta. Quiso una pieza que yo acababa de adquirir y estaba dispuesto a pagarme el doble por conseguirla... déjame decir solamente que la transacción se llevó a cabo en otros campos.

Carraspeó como si el solo recuerdo le diese vergüenza y prosiguió.

—Si estás insinuando que no es trigo limpio, eso es algo que ya sé —aseguró con un suspiro—, pero de ahí a insinuar, como creo que es lo que estás a punto de hacer, que podría estar metido en otra clase de negocios más... lucrativos o a otros niveles... sería otorgarle un nivel de inteligencia de la cual carece.

Los labios masculinos se curvaron ante su respuesta.

—Tu comadreja...

Levantó la mano y lo interrumpió.

—No es nada mío —sentenció—, dejó de serlo hace mucho tiempo y no sabes lo feliz que estoy por ello.

Él ignoró su respuesta y continuó.

—Parece que tiene una cartera de clientes de lo más variopinta —expuso —, y entre ellos se encuentra uno de los mayores contrabandistas de arte y antigüedades del continente. Quizá sea un trabajo esporádico, quién sabe, pero ha sido visto en su compañía y solo puede ser por negocios.

Señor, todo aquello era demasiado rocambolesco. Contrabando de antigüedades, delincuentes internacionales, la comadreja de por medio.

—Eso explicaría en cierto modo que Bernard decidiese hacer acto de aparición después de su desertión y reclamar algo que ni siquiera es suyo —murmuró juntando rápidamente las piezas. Tenía que darle crédito a Jacques por sus rápidas pesquisas—. La estatuilla puede llevar a valer una fortuna en el mercado negro.

Él asintió visiblemente complacido por su deducción.

—Eres una mujer despierta e inteligente —la halagó—, me ha tocado la lotería contigo, Becca.

—Espero que no esperases un ama de casa como compañera, detective, porque en ese caso te vas a llevar un chasco.

Su respuesta vino acompañada del beso que llevaba anhelando desde que sus labios se rozaron momentos antes.

—Tú eres todo lo que podría desear y mucho más —ronroneó ante sus labios—, estoy más que satisfecho con lo que me ha concedido el destino.

Disfrutó de su beso, sus manos deslizándose por su torso, apretándole la cintura y arrastrándola hacia él para finalmente acomodarla sobre su regazo. Cuando el beso se terminó, se lamió los labios y lo miró sin ambages.

—Y... ¿qué más cosas has averiguado sobre mí, pedazo capullo?

## CAPÍTULO 19

Jacques se recostó contra el tronco del árbol y la acomodó bien sobre su regazo, de ese modo podía tenerla en brazos y disfrutar de su contacto, algo que venía necesitando toda la mañana. La deseaba con locura, la gruesa erección que contenía su pantalón era prueba fehaciente de ello. Si no estuviesen en uno de los parques más transitados de todo Los Ángeles y al aire libre, con sumo placer la habría arrastrado a un rincón para disfrutar de su cuerpo. Como no era posible, tendría que conformarse con tenerla en brazos y salivar con su aroma.

Le acarició la espalda y esperó a que la rigidez en su cuerpo fuese perdiéndose para retomar aquella conversación, una de la que sabía no iba a salir muy bien parado. Pero no quería mentirle, una relación debía fundamentarse en la confianza y la suya era tan reciente que necesitaba de toda la confianza que pudiese ganar de ella.

—Cuando Mint me dijo que tenía una compañera y me entregó el nombre y la dirección de tu galería, todo en lo que podía pensar era en quién era la clase de mujer que me encontraría, la que sería mi compañera —comentó, se giró lo justo para mirarla a la cara y le acarició la nariz con la punta del dedo —, y entonces te encontré a ti, sentada en esa silla de ruedas y con una escopeta de caza en las manos apuntándole a... una comadreja.

Poco a poco su cuerpo empezó a relajarse, la tensión cedió y se apoyó contra su hombro para mantenerse en equilibrio.

—Debiste pensar que el destino te estaba jugando una mala pasada —comentó ella, a pesar de que su voz sonó con un deje divertido, la forma en que deslizó una de sus manos sobre sus inertes piernas lo alertó de sus verdaderos pensamientos.

La abrazó y la besó una vez más con suavidad y ternura.

—En realidad, mis pensamientos estaban puestos en desgarrar la garganta

de ese hijo de puta, si se atrevía a mirarte siquiera otra vez —aseguró con un profundo gruñido nacido de su naturaleza primaria—. Tú me gustaste desde el primer momento, no hay nada que cambiase en ti.

Se separó lamiéndose todavía los labios, necesitaba conservar el poco espacio personal que todavía tenía, a pesar de estar entre sus brazos.

—Me hubiese gustado que me preguntases antes de tomar una decisión que afecta a mi galería —continuó ella—. Aunque no lo creas, escuché lo que me dijiste sobre la seguridad y el poner un sistema de videovigilancia, pero quería hacerlo yo... quiero decidir sobre lo que es mío.

Asintió y se encogió de hombros.

—Siempre puedes darle una patada en el culo... o sacar la escopeta y hacer que Quinn se mee en los pantalones —le soltó—, eso seguro hará que salga corriendo como alma que lleva el viento.

—¿Él sabe la clase de hombre con la que se está juntando?

Sonrió de medio lado.

—Posiblemente no, pero lo descubrirá con el tiempo —aseguró jobial—. En cuanto al personal de seguridad, no he movido ni un solo dedo, así que... es tuya la decisión. Pero... este tigre se sentiría mucho más tranquilo sabiendo que hay alguien a quién puedas acudir en vez de tener que utilizar de nuevo esa escopeta... ¿No has pensado en hacerte... no sé... con un bate de beisbol? Te pegaría más...

Enarcó una ceja y ahora fue ella la que sonrió de soslayo.

—No has visto el que guardo en mi dormitorio.

Se echó a reír.

—Eres toda una caja de sorpresas.

Se encogió de hombros.

—Una chica tiene que poder defenderse.

—Esta chica tiene ahora un compañero que estará encantado de dejar caer sus casi trescientos quilos encima de quién sea —le guiñó el ojo.

—Esa imagen resulta... perturbadora.

—No quieras saber cómo resulta la que vive en mi cabeza desde que te vi desnuda —ronroneó bajando la mirada sobre ella—. Toda esa suave y sedosa piel sobre mí... ñam-ñam.

—Sí, claro, cuando me entregues un certificado del veterinario dónde diga que te han desparasitado y no tienes ni una sola pulga o bichito.

—Acabas de herir mi sensibilidad gatuna.

Le palmeó el hombro.

—Lo superarás.

Se rio entre dientes, no pudo evitarlo, estaba resultando una conversación de lo más divertida y reveladora.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿No es lo que llevas haciendo todo el rato?

Se lamió los labios y la miró.

—Anoche no quisiste que nos quedásemos en tu dormitorio —comentó. Creía saber la respuesta, pero quería que fuese ella quién lo dijese en voz alta —. No me estoy quejando, cualquier superficie sería más que bienvenida para estar tumbado a tu lado o jugar contigo...

No vaciló.

—Era nuestra habitación —respondió—. Nuestra cama. Mi primer impulso después de que ese imbécil me dejase para largarse con una *striper*, fue quemar el maldito colchón, destrozar cada uno de los muebles del dormitorio y cualquier cosa que me recordase lo estúpida que fui —posó la mano sobre sus piernas inertes y les propinó un par de palmadas—, pero es un poco difícil arrastrar un colchón siquiera a la basura cuando esto no funciona. Tengo que decir que Lexa se ofreció a hacerlo ella misma, pero entonces tampoco es que me sobrase el dinero y tener que comprar un colchón nuevo... era un gasto.

Hizo una pausa y se lamió los labios, alzó la mirada y se encontró con sus ojos.

—No quería contaminar el presente con el pasado —declaró—, no quería que un posible bonito o agradable recuerdo quedase empañado por esa comadreja.

Tomó una profunda bocanada de aire y continuó de carrerilla.

—Que conste, me gustó hacerlo en el suelo, fue... excitante... qué diablos, tú eres excitante —confesó—, pero me gusta la blandura de un colchón. De hecho, llevo meses intentando encontrar el momento para redecorar esa habitación, pero no he tenido tiempo... o más bien, ganas. El solo pensamiento de tener que ponerme a mover muebles... argg...

—Bueno, ahora me tienes a mí para los trabajos pesados —aseguró con sencillez—, estaré más que encantado de deshacerme de ese colchón... y no tendrás que gastar dinero en comprarte otro. Como te había dicho, mi nuevo alojamiento... es todo lo que tiene, sería una pena no hacer uso de él.

—¿Te das cuenta de que te estás autoinvitando a trasladarte a mi casa?

Fingió consternación ante su pregunta.

—Pensé que eso había quedado claro cuando dije que dónde tú dormías, lo hacía yo.

No le respondió, se limitó a bajar la mirada sobre sus piernas y contemplar la mano que había dejado allí.

—No voy a volver a caminar nunca más.

La declaración fue hecha con firmeza y sinceridad. No había emociones presentes en su voz, pero sintió su estremecimiento, así como notó el imperceptible temblor en sus dedos. Sin pensarlo, bajó la mano sobre la suya y la enlazó con la propia dejándolas sobre sus piernas.

—Después de la segunda operación decidí que no quería volver a pasar por aquello —continuó con voz monocorde—. No me daban garantías de que pudiese mejorar aunque fuese un poco y sí demasiadas de que algo saliese mal y perdiese más sensibilidad. Así que, decidí que ya era hora de dejar de compadecerme de mí misma y retomar mi vida de la mejor manera posible.

—Y lo has hecho realmente bien —le apretó la mano para darle fuerzas—, estoy muy orgulloso de ti.

Ella sacudió la cabeza y dejó escapar un resoplido.

—Ni siquiera me conoces...

—Te equivocas, Rebecca, soy quién mejor te conoce —posó las manos de ambos sobre su pecho—, tu corazón ahora es el mío, tu alma la mía y así será hasta que espire mi último aliento.

Volvió a negarse a aquella sincera declaración, pero esta vez no intentó huír sino que se relajó incluso más.

—No quiero que me quites mi independencia —murmuró y sus ojos subieron hasta encontrarse con los de él—. Posiblemente no lo comprendas, Jacques, pero esto es todo lo que tengo. Si estoy viva y respiro es porque he podido superar cada barrera por mí misma, eso me ha permitido seguir adelante y sentirme útil. No quiero volver a ser un cuerpo inmóvil en una cama, alguien a quién tengan que llevar en brazos a todos lados... quiero moverme por mí misma dentro de mis posibilidades, quiero ser autosuficiente.

—No tengo intención de quitarte tu independencia, Becca, pero tienes que comprender que ahora somos dos —le soltó la mano para cogerle la barbilla con los dedos—. No tendrás que hacerlo todo sola porque me tendrás a mí



para ayudarte. Esta mañana podría haberme quedado, haberte despertado y hacerme cargo de ti y no lo hice.

Lo miró y asintió en respuesta.

—Sé que eres capaz de valerte por ti misma, amor —le aseguró—, lo he visto, lo veo y me llenan de orgullo todos y cada uno de los logros que has conseguido. Pero te quiero y quiero ser parte de esa vida que tanto defiendes.

Notó el bache en su respiración, el cambio en sus pupilas y la inmediata necesidad de huir.

—No —se lo impidió—. No te estoy pidiendo que sientas lo mismo, no ahora, pero no quiero que haya secretos o mentiras entre nosotros. Me gustas mucho y me resulta tremendamente fácil quererte, está en mis genes, es lo que debe ser.

Cerró los ojos y volvió a abrirlos al tiempo que tomaba una profunda respiración.

—¿Cómo puedes hablar de amor tan a la ligera? No... no hace ni veinticuatro horas que nos conocemos y...

—Y ya nos hemos acostado, hemos disfrutado y eso nos ha acercado un poquito más —la interrumpió con firmeza—. Soy un *tygrain*, pequeña, ya deberías saber que nosotros venimos con una marca genética que dice “rápido, salvaje e implacable”.

Sus palabras la hicieron sonreír y no era una sonrisa falsa o por compromiso, era real e iluminaba esos bonitos ojos.

—Rápido, salvaje e implacable —repitió al tiempo que sacudía la cabeza—. Sí, eso sin duda te define bien, tigre.

Correspondió a su sonrisa y acercó su rostro hasta poder posar la frente contra la suya.

—Voy a esperarte, Rebecca, todo el tiempo que haga falta —aseguró mirándola de nuevo a los ojos—. Ya te he seducido, ahora, solo tengo que jugar bien mis cartas y hacer que te enamores de mí.

—Estás decidido a salirte con la tuya, ¿no es así?

Asintió y la besó en los labios.

—Totalmente, compañera.

Se retiró un poco, rompiendo la conexión de piel con piel que tenían en esos momentos.

—Tendrás que esforzarte —le dijo con ese bonito sonrojo cubriendo sus mejillas—, no soy una mujer fácil de conquistar.

Le acarició el pelo, apartádoselo de la cara.

—Y yo no soy un tygrain que se dé por vencido fácilmente —aseguró bebiéndose su mirada—. Así que, ¿tenemos un trato, compañera?

Sacudió la cabeza con un resoplido y asintió.

—Supongo que lo tenemos, tigre, supongo que lo tenemos.

Tomó una vez más su boca y la besó con todas las ganas que reservaba en su interior, haciéndola perfectamente consciente de que al final, conseguiría lo que se había propuesto; enamorarla.

## CAPÍTULO 20

Becca echó un último vistazo a la sala principal, en la que algunos visitantes contemplaban las obras expuestas; todavía quedaban un par de horas antes de echar el cierre con lo que no tendría que preocuparse en exceso. El nuevo guarda de seguridad la saludó con un gesto de la cabeza mientras se cruzaba con ella en su retirada al despacho; el hombre de alrededor de los cincuenta era amigable, educado y con un excelente currículum que la decidió al instante.

Una semana. Siete días habían pasado desde ese inesperado picnic en el parque y los cambios eran más que evidentes. El nuevo sistema de videovigilancia estaba instalado y la alarma de la planta conectaba ahora directamente con la policía y con el móvil de Jacques; su compañero había sido inflexible ante cualquier cosa que tuviese que ver con su seguridad.

Los cambios no afectaban solo a su lugar de trabajo, su propio piso había sufrido una lenta metamorfosis que empezó con su improvisada nueva cama en medio del salón. Jacques se había tomado muy en serio el asunto de la quema del colchón y tenía que confesar para consigo misma que había disfrutado inmensamente al ver al hombre sacar el viejo colchón de su cama y transportarlo por toda la casa, fuera del edificio, hasta el punto limpio más cercano.

Tal y como había prometido no intentó anular su autosuficiencia, la dejaba valerse por sí misma, continuar con su vida como lo había estado haciendo hasta entonces, si bien, nunca perdía la oportunidad de compartir el baño o remolonear con ella en el sofá.

Lo que era una vida de soltera pasó a convertirse de la noche a la mañana en una vida de pareja, una experiencia por la que ya había pasado primero con su ex novio y después con una compañera de piso, pero al mismo tiempo el compartir el espacio con el tygrain era totalmente distinto. Cada uno tenía

su horario, sus costumbres, el reciente traslado había hecho que el detective tuviese que pasar más tiempo en comisaría, pero incluso entonces buscaba un momento para llamarla y preguntarle qué tal le iba el día. El vínculo del emparejamiento seguía siendo fuerte, la distancia solo hacía que la nostalgia y la necesidad de estar cerca de él contribuyesen a construir una especie de dependencia emocional que la volvía loca.

Y el sexo... dios, el sexo era sin duda lo mejor. Irse a la cama con ese hombre era como vivir una continua aventura, nunca sabías qué te tenía preparado o con qué iba a salir. Era juguetón y mimoso, pero también salvaje y pasional, no se guardaba nada, cuando se entregaba lo hacía por completo y quería lo mismo a cambio y vaya que se encargaba de que se lo diese.

Una semana. Una semana y se sentía más cerca de este hombre de lo que se había sentido jamás con nadie.

Sacudió la cabeza para despejarse y condujo su silla a través de la puerta abierta de su despacho, rodeó la mesa y empezó a examinar los papeles que había dejado encima. Jacques le había dicho ese mediodía, después de escaparse para comer con ella, que llegaría un poco más tarde ya que Quinn había insistido en que saliesen a tomar unas cervezas para celebrar su primera semana en la unidad. Se había convertido en una costumbre el que la recogiese en la galería después de cada jornada. Cuando creía que no podría llegar a tiempo o que tendría que quedarse hasta tarde, se encontraban directamente en su casa y disfrutaban de una cena tardía o de algún aperitivo frente a la televisión. Pero, por encima de todo, lo que habían hecho durante los últimos días había sido hablar, buscar la forma de acercarse el uno al otro y conocerse mejor.

Levantó la cabeza y consultó el reloj que tenía al otro lado de la pared. En poco más de hora y media sería libre para volver a casa, con el fin de semana por delante podría disfrutar además de un poco más de tiempo para hacer otras cosas, ya que había decidido cerrar la galería esos dos días a modo de descanso.

Dejando a un lado sus peregrinos pensamientos se sumergió en el papeleo y no volvió a levantar la cabeza hasta que oyó el golpe de la puerta de su oficina –la cual siempre dejaba abierta– al cerrarse mucho tiempo después.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

Con ese aspecto de dandi pasado de moda y caminando con una leve cogera, la comadreja de Bernard Atchison se acercó al escritorio y dejó sobre

la mesa un pequeño portafolios de cuero negro.

—Vengo a sugerirte que reconsideres tu negativa de la semana pasada y me entregues la pieza egipcia —se inclinó hacia delante y abrió el portafolios dejando ver lo que había en su interior—. Por un justo precio, por supuesto.

Bajó la mirada al maletín y parpadeó al ver el contenido. Entonces volvió a levantar la mirada y ladeó la cabeza.

—Está claro que la estupidez no tiene cura —resopló al tiempo que se ponía a tamborilear encima de la mesa con los dedos mientras su otra mano incursionaba por debajo de esta buscando el juguete que había traído consigo unos días atrás—. Ya te he dicho que esa pieza no está en venta.

Las manos masculinas se posaron a ambos lados del maletín, dejando junto a una de ellas lo que inequívocamente se asemejaba a una navaja.

—Insisto en que reconsideres la oferta que te hago, Becca —declaró con esa voz irritante—, saldrías ganando.

Se obligó a no dejar traslucir reacción alguna mientras deslizaba la silla hacia atrás y alzaba la barbilla.

—No te tenía por un matón, Bernard.

El aludido chasqueó la lengua, se incorporó y la miró de esa forma insultante que había utilizado la última vez que estuvo frente a ella.

—Te sorprendería a qué extremos puede llegar una persona con la motivación adecuada —declaró y levantó la navaja a modo ilustrativo—. He oído que quieres donar la pieza al Museo de Egipto, un poquito lejos, ¿no?

—Es el lugar al que pertenece —se encogió de hombros con despreocupación, una fachada que contradecía su nerviosismo interior.

Chasqueó la lengua y fingió estudiarse las cuidadas uñas mientras movía la hoja con perfecto dominio. El nerviosismo empezaba a hacer que le sudasen las palmas y temía apartar la mirada de él por temor a que fuese capaz de iniciar algo y a ella no le diese tiempo a verlo venir.

Deslizó la mano que mantenía bajo la mesa por el lateral hasta cerrar los dedos alrededor de la delgada y dura superficie de madera.

—Solo es una estatuilla que compramos en un mercadillo...

—Que yo compré —le recordó una vez más—, un supuesto regalo que incluso me escatimaste. Eso lo hace mío. Y como lo hace mío, puedo hacer con él lo que me dé la santa real gana...

Sus ojos se angostaron y volvió a inclinarse sobre la mesa mientras dejaba caer de golpe la mano sobre la superficie del escritorio consiguiendo que

diese un respingo en su silla.

—Y lo que vas a hacer es decirle al Museo Egipcio que te ha salido un comprador privado y que la pieza ya no está disponible para su colección — declaró con un fiero tono de voz que no había escuchado nunca antes en él—. Puedes quedarte o no el dinero, de hecho, creo que deberías rechazarlo a modo de indemnización por el disparo que me metiste en la pierna, pequeña zorra.

Enarcó una ceja y se echó hacia atrás como si le importase más bien poco cada una de sus palabras.

—Un error de puntería —le soltó—, en realidad estaba apuntando a otro lugar... más arriba y al centro... pero es tan pequeño, que acabé errando el tiro.

Tal y como esperaba el insulto dio en la diana. Si había algo que ese hombre tenía enorme era el ego y herírsele era tremendamente fácil.

Lo vio reaccionar como siempre, se le encendió la cara, las venas de las sienes se le inflamaron y avanzó rodeando la mesa con la única intención de amedrentarla, cosa que al llevar todavía la navaja en la mano, sin duda conseguiría.

—Eres una zorra paralítica...

No espero, echó mano a la guía de la rueda izquierda de su silla y tiró con fuerza hacia atrás haciendo que esta retrocediese y le diese espacio suficiente para poder extraer su oculta herramienta de defensa.

—Sí, pero una que sabe defenderse —siseó al tiempo que aferraba ahora con ambas manos el bate de beisbol que había dejado apoyado contra la mesa y lo descargaba con toda la fuerza de la que era capaz contra aquella indeseable comadreja.

## CAPÍTULO 21

Jacques frunció el ceño, apagó el motor del coche y descendió para encontrarse con un par de coches patrulla con las luces encendidas delante del edificio de la galería. El desasosiego que lo había mantenido inquieto durante la última hora se convirtió en una firme certeza, el corazón le dio un salto para empezar a latir con mayor rapidez mientras la adrenalina y el pánico se mezclaban durante una milésima de segundo antes de que consiguiese reducirlos y controlarse.

Sus sentidos se agudizaron al momento, su felino despertó de su siesta y acarició su superficie con una única meta en mente; encontrar a su compañera.

Atravesó los escasos metros que lo separaban de la puerta principal del edificio y echó un rápido vistazo a los coches patrulla mientras se llevaba la mano al interior de la cazadora y comprobaba que el arma reglamentaria seguía en la funda de su espaldera.

Apenas había cruzado el vestíbulo cuando varios aromas se confundieron en su nariz, pero a pesar del trasiego de gente que podría haber pasado por allí durante el día había un aroma que reconoció al instante y que hizo que su felino enseñase los dientes.

El sonido de pasos y el murmullo de voces precedió la aparición de dos agentes, quienes arrastraban consigo a un esposado y herido Bernard Atchison. Su felino echó las orejas hacia atrás y siseó, comunicándole su intención de hacerlo trizas.

Sacó la placa y la mostró antes de que los agentes lo tomasen por un nuevo intruso.

—Detective Green —se identificó y señaló al hombre que llevaban esposado con un gesto de la barbilla—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

Atchison parecía haberse empotrado contra una pared, tenía la nariz roja e

hinchada, la sangre reseca se pegaba ahora a sus fosas nasales y le manchaba la barbilla; indudablemente se la habían roto y de qué manera.

—Intento de robo con agresión, señor —le respondió tirando del culpable—. Aunque visto lo visto, no sabría decirle exactamente quién ha sido el agredido.

Su compañero esbozó una irónica sonrisa mientras el aludido gruñía y siseaba.

—La mujer los tiene bien puestos a pesar de estar impedida —comentó el otro policía.

La mirada fulminante que le dedicó le borró la sonrisa socarrona al instante, reconociendo al momento que sería mejor mantener la boca cerrada delante de ese superior.

—¡Pienso presentar cargos contra esa zorra paralític...!

Las palabras del detenido quedaron ahogadas por una mano cerniéndose con fuerza alrededor de su garganta y levantándolo casi en vilo.

—Espero por su propio bien, señor Atchison, que mi novia no haya sufrido ni un solo rasguño en su presencia —declaró en voz baja y abiertamente amenazadora—, porque de lo contrario, usted y yo vamos a mantener una muy larga e interesante charla en la sala de interrogatorios.

Lo soltó solo para que el pelele tosiese y empezase a maullar como un gato afónico.

—¡Eso ha sido violencia policial! —clamó entre jadeos—. ¡Lo denunciaré! No se molestó en mirarlo siquiera.

—Llévaoslo.

Los agentes intercambiaron una mirada cómplice con él y tiraron de su detenido sin mayores miramientos para meterlo de una patada en el culo en el coche patrulla.

—La señorita Martinez está siendo interrogada sobre lo ocurrido en estos momentos por el inspector Rodriguez, señor —le informó mansamente el agente cuya sonrisa había borrado.

Asintió y dejó a los hombres con su detenido. Ese hijo de puta iba a pasar una larga temporada entre rejas, él y su departamento iban a encargarse de ello personalmente.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón y marcó el número de su compañero, que respondió al instante.

—Reúne toda la información que tenemos sobre el hijo de puta de Bernard



Atchison y sus transacciones ilegales —declaró con un bajo gruñido que hablaba por sí solo de su actual estado—, acaba de estar en la galería de mi compañera —le informó y escuchó la respuesta—. No lo sé, acabo de llegar, te llamaré de nuevo después de averiguar qué ha pasado. Pero Quinn, quiero a ese hijo de puta a la sombra durante una larga temporada.

Conforme con la respuesta del chico, cortó la llamada y volvió a guardar el aparato en el bolsillo trasero del pantalón.

El aroma de su compañera lo golpeó con fuerza nada más traspasó el umbral de la galería, las puertas estaban abiertas de par en par, las luces permanecían encendidas y el guarda de seguridad, que Becca había contratado esa misma semana, se paseaba con gesto nervioso de un lado a otro. Al verlo, su rostro se relajó, adquirió de nuevo una actitud profesional y caminó hacia él.

—Detective Green...

Echó un rápido vistazo comprobando que no había desperfectos y clavó de nuevo los ojos sobre él sin detenerse. Quería ver a Becca, necesitaba ver con sus propios ojos a su compañera y saber que estaba bien.

—¿Dónde está mi mujer?

El hombre pareció tragar ante su tono de voz, pero se mantuvo igual de profesional que hasta el momento.

—La señorita Martínez se encuentra en su despacho con el inspector de policía —le informó, caminando con él—. Ese hombre se coló en su despacho un par de horas antes del cierre. Ignoraba lo que estaba ocurriendo hasta que empezó a sonar la alarma silenciosa que se instaló en la oficina. Cuando llegué... bueno... tu novia tiene una manera contundente de deshacerse de los problemas.

Casi le daba miedo preguntar qué demonios había pasado después de ver el rostro del hijo de puta.

No esperó por una explicación y tampoco era que resultase necesaria, pues nada más traspasar la puerta abierta de la oficina se encontró cara a cara con la respuesta; Becca seguía sosteniendo en su regazo, aferrándose a él con dedos temblorosos, el bate de beisbol que había visto en su dormitorio aquella misma semana.

Su voz sonaba firme, a pesar de que sabía que estaba hecha un manojo de nervios, mientras le narraba al inspector, uno de los sabuesos que había visto deambular por la comisaría esa misma semana, lo ocurrido.

—Ya se lo he dicho. Se presentó con ese maletín lleno de dinero y la oferta de comprarme una pieza arqueológica que está expuesta en mi galería —la escuchó soltar un resoplido—. La pieza la adquirí hace un par de años en un mercadillo de antigüedades, ya sabe, dónde la mayoría de las cosas no sirven de nada pero luego te llevas una sorpresa. Él no había puesto interés alguno entonces y no volvió a hacerlo hasta una semana atrás, cuando se presentó para exigirme que se la devolviese. Como me negué, empezó a amenazarme y no se habría ido si mi novio no hubiese hecho acto de aparición entonces...

—Le disparó en una pierna, con un arma de caza o eso es lo que ha asegurado el señor Atchison —comentó el policía buscando entre sus apuntes—, sin contar que acaba de romperle la nariz con ese bate de beisbol.

Alzó las manos con desesperación.

—Me estaba amenazando con una navaja, ¿qué esperaba que hiciese? ¿Qué me quedase de brazos cruzados y le dejase usarme de alfiletero? —rezongó—. Si no me cree, tenemos un bonito y caro sistema de vigilancia que puede comprobar con mi guarda de seguridad en el momento que lo desee. Verá que lo que le digo es cierto.

—¿Rebecca?

Decidió hacer constar su presencia, a pesar de que su compañera ya se había girado en su dirección como si lo hubiese sentido. Sus ojos se encontraron y el alivio bailó inmediatamente en ellos.

—Jacques...

El policía pareció visiblemente sorprendido al verle.

—Detective Green, esto si que es una sorpresa —comentó, su mirada fue entre ambos—. ¿Se conocen?

Sostuvo la mirada del inspector mientras se reunía con su compañera, se inclinaba sobre ella y la besaba en los labios.

—Rebecca es mi prometida —respondió con un tono de voz que no admitía discusión alguna—. ¿Puedo saber qué demonios ha pasado aquí? Acabo de ver a ese imbécil saliendo esposado y con la nariz rota.

Ella suspiró, soltó el bate que todavía sujetaba y le frotó el brazo con una mano a modo de consuelo.

—Se lo estaba explicando al buen inspector por enésima vez —declaró con obvio fastidio—. Esa comadreja se presentó aquí con un maletín de dinero, quería comprar la estatuilla egipcia. Le dije que no y entonces sacó la navaja y empezó a amenazarme. Tenía que defenderme. Había pulsado la alarma,

pero no estaba segura de si el guarda de la galería o aquí, la rapidísima policía, aparecerían a tiempo... así que, cuando se acercó a mí con el arma, le aticé con el bate y le rompí la nariz. Tengo que decir que mi intención era desarmarlo.

—Lo hizo, señorita Martínez, sin duda lo hizo —aseguró el inspector al tiempo que cerraba la libreta que tenía en las manos y la devolvía al bolsillo interior de su americana—. Pero preferiría que nos dejase a la policía el trabajo de desarmar a los delincuentes. Supongo que querrá presentar cargos...

—Todos los que pueda —asintió de inmediato haciendo que ambos sonriesen de medio lado—. Haré lo que sea para no tener que ver su cara nunca más y sobre todo, para no verle entrar en mi galería y hacerme amenazas.

—Con todo lo que tenemos sobre él y con esto, confío en que estará un buen tiempo a la sombra —declaró apretándole el hombro—. ¿Estás bien?

Ella asintió al tiempo que buscaba su mano.

—Bueno... teniendo en cuenta que todavía estoy en shock y no me he puesto a gritar, pues creo que sí.

Sacudió la cabeza y miró al inspector.

—La llevaré a la comisaría para que pueda firmar su declaración y presentar cargos contra ese desgraciado.

El hombre correspondió a su sentimiento de sacar un delincuente más de las calles e inició la retirada.

—Hágalo —aceptó, le dedicó un último saludo a su compañera e inició la retirada.

Ambos guardaron silencio durante unos momentos, hasta que el inspector abandonó la galería y se quedaron solos. Jacques bajó entonces la mirada al trozo de madera que todavía descansaba sobre las piernas de su compañera, lo cogió, la miró y sacudió la cabeza.

—Eres un peligro, ¿lo sabías? —le dijo—. Primero te encuentro pegándole tiros a alguien con una escopeta de caza, ahora con un bate de beisbol...

—En mi defensa debo decir que se trata del mismo capullo —declaró levantando las manos—. Además, ya te dije que puedo defenderme sola.

Sacudió la cabeza, dejó el bate a un lado y se acuclilló, quedando delante de ella con sus manos sobre las delgadas rodillas.

—Sé que puedes defenderte sola, tigresita —le aseguró mirándola a los

ojos—, pero no es necesario que te esfuerces en demostrarlo. ¿Y si te hubiese pasado algo? ¿Y si te hubiese herido?

Suspiró y estiró las manos para posarlas sobre las de él.

—Estoy bien, de verdad —insistió—. De no ser por tu insistencia en instalar el circuito de videovigilancia y el contratar un guarda de seguridad, quizá hubiese estado en serios problemas. Pero Héctor se presentó enseguida y se encargó de que ese imbécil no volviese a levantarse.

Se dejó caer sobre los talones y dejó escapar un profundo suspiro.

—Vas a terminar haciendo que pierda las rayas.

Sus labios se curvaron lentamente en una perezosa sonrisa.

—Creo que me gustaría ver esas rayas... y el resto... si quieres enseñármelo.

La petición lo tomó por sorpresa, tanto que terminó perdiendo el equilibrio y cayendo de culo.

—¿Ey? ¿Estás bien?

—Impactado.

Hizo una mueca y se frotó la mejilla con el índice.

—Solo era... curiosidad.

Se acomodó y terminó sentándose con las piernas cruzadas al estilo indio.

—Me gusta que tengas curiosidad —aceptó sin dejar de mirarla—, y a mi felino le encantará la idea de poder pavonearse delante de su compañera.

Puso los ojos en blanco pero vio como se relajaba, dejando ir la tensión que la envolvía.

—Voy a llamar al Museo de Egipto. Quiero esa maldita estatuilla fuera de aquí —comentó entonces—. Creo que no respiraré tranquila hasta que esté en su lugar de origen y yo no tenga ya nada más que ver con ella.

Asintió.

—Buena decisión.

Correspondió a su asentimiento y suspiró.

—¿Jacques?

—¿Sí?

—¿Podrías levantarte del maldito suelo y besarme? —pidió con cierta incomodidad—. Creo que necesito un beso. Eso para empezar.

Se levantó con agilidad y se inclinó sobre ella hasta planear sobre sus labios.

—¿Para empezar, compañera?

Se lamió los labios y asintió.

—Sí, tigre, para empezar.

La besó suavemente, deleitándose en la suavidad y blandura de sus labios y finalmente reclamó su boca con el hambre que solo ella era capaz de despertar en él. Se bebió su respiración y sus gemidos, la saqueó con la lengua y la instigó a darle más, a tomar más hasta que ambos tuvieron que separarse por la necesidad de respirar.

—¿Mejor? —ronroneó.

—Mucho mejor —suspiró—. ¿Tenemos que ir ahora a comisaría?

Era lo mejor, cuanto antes arreglasen las cosas, antes podría llevarla a casa y hacerla olvidar ese episodio.

—Ya sabes lo que dicen, amor, a mal paso...

—Darle prisa —completó por él—. De acuerdo. Quizá es lo mejor. Necesito... necesito salir de aquí... sí, eso es lo que necesito ahora mismo.

Los temblores habían empezado a recorrer su cuerpo, la adrenalina que la había estado sosteniendo y el shock empezaron a remitir haciendo que todo lo ocurrido empezase a caer sobre ella sin control.

—Te diré lo que haremos —le acunó el rostro entre las manos—. Iremos a la comisaría, presentaremos cargos contra ese imbécil y firmarás tu declaración, luego iremos a casa, te darás una agradable ducha y ambos nos tomaremos el fin de semana libre.

Sacudió la cabeza.

—No puedo...

La hizo callar poniéndole un dedo delante de los labios.

—Quiero que sepas quién y qué soy —la interrumpió—, conoces al hombre que te quiere, déjame que te muestre también esa otra parte de mi naturaleza, la que vive por y para ti. Déjame enamorarte, Becca, déjame tenerte por completo.

Cerró los ojos y suspiró profundamente. Cuando los abrió había esperanza, ternura y quizá, si se permitía tener esperanza, un poquito de amor.

—¿Vas a atreverte?

Sus labios se estiraron por si solos hasta formar una amplia y felina sonrisa.

—Sí, compañera, claro que me atreveré.

## CAPÍTULO 22

Becca era incapaz de dejar de mirarlo todo con ojos atónitos, maravillándose de cada pequeño detalle que confería al Hotel Ahwahnee, en el Parque Nacional de Yosemite, la categoría de su nuevo lugar favorito. El rústico y elegante hotel, una construcción de piedra y madera ubicada a los pies de una montaña y rodeada de la exuberante belleza de la naturaleza del lugar era sobrecogedor, sus superficies planas y asfaltadas le permitían moverse con relativa facilidad y disfrutar de algo que nunca se imaginó poder hacer en su actual situación; encontrarse en medio de la naturaleza.

El Parque Nacional era uno de las más grandes reservas de la biosfera, conocido especialmente por su bosque de eternas secuoyas, se transformaba en uno de los parajes más visitados a lo largo del año, especialmente la zona que comprendía el Valle de Yosemite.

Y ahora ella estaba allí, con Jacques, disfrutando de un paraje de ensueño y unas excursiones inolvidables. ¡Si incluso la había montado a caballo el día anterior! Casi se había echado a llorar al verse sobre ese enorme y tranquilo animal, al sentir la brisa jugando con su pelo mientras su compañero, quién parecía conocerse al dedillo el parque, la acompañaba y vigilaba en su paseo por el bosque.

Se giró en la silla esperando verlo aparecer en cualquier momento, la había dejado con la orden de esperarle con la mochila que había preparado —de eso hacía ya casi veinte minutos— y disfrutando del aire libre mientras desaparecía en el interior del hotel. Sabía que le tenía preparada una sorpresa para hoy, pero había sido incapaz de arrancarle ni una sola palabra, ni siquiera en la cama y ahí estaba, muerta de curiosidad e impaciente por ver qué le deparaba hoy el destino.

—Listo, ya podemos irnos.

Se giró para verlo salir del hotel con un juego de llaves en las manos y una

pícaro sonrisa en su atractivo rostro.

—¿A dónde vamos?

Se inclinó sobre ella y le mordió el arco superior de la oreja con suavidad.

—A jugar con un tigre.

Se quedó sin aliento, tanto por su respuesta como por ese pequeño juego sexual que no había dejado de practicar ni un solo momento durante el fin de semana. Lo vio rodearla, empuñar los mangos de la silla y empujar para llevarla al otro lado del hotel, dónde un *Land Rover* ya los esperaba con el motor encendido.

—Vas a tener el privilegio de conocer una zona del valle que no suele ser visitada por los turistas, al menos en esta época del año —le susurró de nuevo—. Es uno de mis lugares favoritos, uno al que tendrás que dejar que te lleve.

Lo que quería decir, que tendría que prescindir de la silla de ruedas y confiar en él, depender de él. Se lamió los labios y respiró profundamente. Si se lo hubiese dicho una semana atrás, se habría negado rotundamente, pero ahora... ese endiablado tigre, su compañero, se había metido tan debajo de su piel que ya no concebía su mundo de otra manera.

—Te aseguro que las vistas merecen la pena —continuó ajeno a sus procesos mentales—, te divertirás y nadie tendrá que salir corriendo o llamar a la Guardia Nacional si ve a un tigre de bengala haciendo cabriolas.

Ladeó la cabeza para mirarle y puso cara de niña buena.

—Ah, ¿pero sabes hacer cabriolas?

Sus ojos se entrecerraron y la forma de sus pupilas cambió ligeramente al dejar salir al felino que vivía en su interior.

—Sé hacer de todo, compañera —contestó con una voz profunda y animal—, pero lo que mejor se me da de todo es lamer.

Sus mejillas adquirieron un absoluto sonrojo y tuvo que obligarse a mantener la mirada al frente para no terminar balbuceando. Ese hombre era capaz de hacerle papilla el cerebro con tan solo palabras.

—¿Confías en mí, Rebecca? —le preguntó una vez más, deteniéndose ahora al lado del coche.

Tomó una profunda respiración y soltó el aire muy lentamente, le tendió los brazos y movió los dedos en un gesto contundente.

—Si me dejas caer aunque sea una sola vez, juro que tendrán que recoger tus restos con una lupa —le soltó esperando a que la librase de la silla y la acomodase en el asiento del copiloto. El quizá no lo supiera, pero con ese

gesto de confianza estaba depositando todo lo que era en sus brazos.

Sus ojos brillaron, se inclinó sobre ella y la levantó sin esfuerzo.

—Jamás te dejaré caer, amor mío —le aseguró, pronunciando esas dos palabras que no había escuchado hasta el momento. Sí, le había dicho abiertamente que la quería, que era fácil enamorarse de ella, la había llamado incluso amor, pero esas dos palabras... esas dos palabras, malditas fueran, lo cambiaba todo.

—Jacques...

Negó con la cabeza y la llevó al coche.

—Cuando te sientas lista, tigresita —le dijo, la acomodó y le puso el cinturón de seguridad—. Cuando te sientas verdaderamente lista.

Asintió en silencio, comprendiendo sus palabras y agradeciendo su paciencia y ese incondicional cariño que tenía con ella. Su compañero, su *tygrain*, el hombre que inadvertidamente, poco a poco y con tesón, se había ido adueñando de su alma y corazón haciéndolos suyos.

El trayecto en coche duró apenas unos treinta minutos, aparcaron en una zona abierta y, a partir de ese momento, continuaron con la excursión a pie – o en su caso en brazos– a través del bosque. Debido a los senderos que su experto guía elegía a través de la montaña cuajada de árboles, era imposible que hubiese podido transitar con la silla de ruedas y el tener que depender de alguien de esa manera y durante tanto tiempo, la hacía sentirse un poco culpable e inútil.

—¿Podemos parar a descansar un momento? —preguntó en un hilo de voz tras lo que le había parecido más de un kilómetro de caminata.

Sus ojos, más brillantes y despiertos de lo que los había visto en él hasta entonces, la observaron con curiosidad. Su rostro resplandecía, su frente ni siquiera estaba perlada por una gota de sudor y parecía tan fresco como una lechuga.

—¿Ya estás cansada?

Ahora fue ella la que enarcó una ceja.

—No soy yo la que está caminando y con un peso muerto en brazos.

Se echó a reír.

—Cariño, la última vez que lo comprobé todavía respirabas y jadeabas estando en mis brazos —aseguró con gesto risueño—. Pero si quieres descansar...

Resopló, echó un vistazo a su alrededor y optó por cambiar de tema antes



de que empezase a ponerse a canturrear o algo peor. Ese hombre parecía tan feliz como un *boyscout* de excursión mientras caminaba por el bosque.

—¿A dónde vamos? ¿Falta mucho?

Se giró con ella en brazos haciendo que se aferrase con más fuerza a él e indicó con un gesto de la barbilla a través del bosque en sentido ascendente.

—Un par de kilómetros más —respondió y la acomodó en sus brazos—. ¿Podrás soportarlo? Las vistas desde allí arriba te prometo que quitan el aliento.

—Mientras no me hagas comer ramas o me dejes caer por algún acantilado o terraplén, creo que podré soportarlo.

Su risa resonó en la vasta y solitaria extensión de agreste belleza.

—En ese caso, pongámonos en marcha antes de que vuelvas a cambiar de idea.

El siguiente tramo lo hicieron prácticamente en silencio, no porque no tuviese qué decir, es que estaba demasiado ocupada jadeando y mirando atónita los paisajes que se iban extendiendo ante ellos. En esta ocasión si realizaron algunas paradas estratégicas para permitirle disfrutar de algún punto interesante, de un salto de agua o los árboles acariciando la línea del horizonte entre las recortadas montañas. La belleza de aquel lugar era sobrecogedora y Becca hacía todo lo posible para grabarse esas imágenes en la mente y así poder retener ese mágico momento compartido en su interior.

Algo más de una hora después llegaron a una zona llana la cual ofrecía sin duda una de las mejores panorámicas de todo el valle. Jacques la dejó con mucho cuidado sobre un tronco caído, dejó caer la mochila a un lado y se desperezó como el felino que era.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Sacudió la cabeza incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Es... es impresionante —murmuró sin saber hacia dónde mirar exactamente—, es el paisaje más hermoso que he visto en toda mi vida. Gracias por traerme.

Se inclinó y la besó en la frente.

—Gracias a ti por confiar en mí y permitirme traerte a este lugar —aseguró con profunda humildad—, me has hecho uno de los regalos más preciados al permitirme compartir esto contigo, tigresita.

Sonrió, no sabía cómo responder de otro modo. Las palabras parecían tener ahora muchas más dificultades para surgir que de costumbre.

—Cuando era un cachorro, mi padre solía traerme aquí para que pudiese correr —le dijo, sumergiéndose en sus propios recuerdos—, desde entonces, suelo venir un par de veces al año si puedo.

Sabía que sus padres vivían cómodamente en una granja a las afueras de Tulsa, por lo que le había contado sobre su familia, les gustaba disfrutar del aire libre y del retiro ahora que su hijo ya era un hombre hecho y derecho y no tenían que preocuparse de sus correrías. Eran una pareja mayor y lo habían tenido cuando ya no esperaban tener hijos.

—Sé que a mi madre le encantarías —comentó entonces volviéndose hacia él—, odia a las mujeres sumisas. Es de la opinión de que la compañera de un *tygrain* tiene que ser tan fuerte como su compañero y tener mano dura para que no se desmande.

Conocer a su familia... Se estremeció y bajó la mirada. Eso requería un nivel de compromiso que todavía no estaba segura de poder afrontar, no negaba sentir curiosidad por su familia, especialmente porque ella hacía tiempo que se había quedado sola. Nunca había conocido a su padre, su madre la había criado sola hasta que el odioso cáncer se la llevó cuando tenía poco más de diecinueve años. Desde entonces se había tenido que enfrentar sola a la vida y tras el accidente, esa necesidad de ser autosuficiente, se hizo incluso más intensa pues hacía tiempo que no había tenido nadie en quién apoyarse.

*“Apóyate en mí, déjame ser tu fuerza. Yo estoy aquí para ti, tigresita, soy tu compañero”.*

Las palabras de Jacques resonaron en su cabeza con más fuerza que nunca, alzó la mirada y lo vio ahora de espaldas mientras contemplaba con las manos ancladas en las caderas el paisaje. Parecía un rey disfrutando de las vistas que ofrecía su reino o un guerrero a punto de entrar en batalla, esa dualidad humana y animal era tan presente en él que le sorprendía no escucharlo rugir de un momento a otro.

—Enséñamelo.

Las palabras surgieron de sus labios incluso antes de que pudiese contenerlas. Su compañero se giró y la miró pero no dijo nada.

—Quiero... quiero saber que puedo hacerlo, que puedo enfrentarme a ello y salir indemne.

Caminó hacia ella y se acuclilló delante de su improvisado asiento.

—Llevas luchando demasiado tiempo, Becca, ya es hora de que bajes las

armas y dejes que otros peleemos por ti.

Se lamió los labios y asintió.

—Quiero que seas tú, necesito que lo seas —aceptó poniendo en palabras sus miedos—, pero no sé cómo hacerlo, Jacques. He dependido de mí misma durante tanto tiempo que no sé cómo depender de alguien más.

Le acarició la nariz con el dedo y le dedicó un guiño.

—Yo te enseñaré a hacerlo —aseguró—, encontraremos ese equilibrio perfecto en el que tanto tú como yo nos sintamos cómodos. Solo quédate conmigo, compañera, quédate conmigo y déjame amarte.

No esperó contestación, la besó fugazmente en los labios y retrocedió paso a paso hasta que el hombre que conocía y amaba desapareció dejando tras su estela la imponente figura de un tigre de bengala.

Jacques se sentía exultante, vivo y libre, siempre que dejaba salir su verdadera naturaleza sus emociones se abrían como un abanico y abrazaban aquello que más le gustaba en la vida, la libertad. Pero ahora había algo que le gustaba incluso más, alguien que había deseado poder conocer bajo esta forma, contra la que poder restregarse e impregnarla en su aroma. Se relamió, dejó que la larga y húmeda lengua le lamiese los bigotes y movió las orejas mientras su cola se balanceaba por sí sola.

Su compañera.

Su tigresa.

Suya.

Un bajo ronroneo se instaló en su garganta y empezó a recorrer todo su cuerpo, verla a través de los ojos del tigre le confería otra perspectiva de la que carecía su visión humana. Podía sentir el latido de su corazón, sus tumultuosas emociones, esa mezcla entre la maravilla y el terror de estar ante uno de los grandes felinos.

Y entonces extendió la mano. Los dedos le temblaban, toda ella temblaba como una hoja pero había decisión y abierta necesidad, una a la que no dudó en corresponder de inmediato. Cerró los ojos y gimió en voz baja cuando esa delicada y pequeña mano le tocó una de las orejas, los dedos se enterraron en su pelo siguiendo una caricia descendente con la que se encontró arqueando el lomo y ronroneando incluso con mayor potencia.

Aquello era el cielo.

Se enroscó a su alrededor teniendo cuidado de no tirarla, ella parecía una cosa diminuta en comparación a su tamaño, restregó la cabeza contra su pecho instándola a prodigarle más mimos, a rascarle debajo de la barbilla mientras deslizaba la cola de un lado a otro.

—Ay dios mío —la escuchó jadear una y otra vez—, ay dios mío, ay dios mío.

Se restregó contra ella una vez más, empujándola con su cuerpo y reteniéndola cuando parecía que iba a perder el equilibrio.

*«Lo siento. No pretendía empujarte. Sigue acariciándome, por favor, me gusta».*

Su mano quedó entonces inerte, sus ojos se abrieron desmesuradamente y dejó de respirar durante un instante.

*«Está bien, Becca, sigo siendo yo. Eres mi compañera, tenemos un vínculo que te permite oír mis pensamientos».*

Tosió, empezó a jadear pero no retiró la mano, por el contrario, se aferró a él como si temiese caerse.

—Lo siento... había oído hablar sobre esa conexión pero... no me la esperaba —dejó escapar una risita—. Ay dios, esto es una locura.

Se rio en su mente y dejó que su lengua abandonase sus grandes fauces para lamerle la mano.

—Argg... raspa —murmuró ella mirando su mano mojada, entonces lo miró y entrecerró los ojos—, pero es agradable. Ten, continúa.

Se rio de nuevo, sacudió la cola y la empujó de nuevo con la cabeza haciendo que ella le rodease el cuello para no caerse y aprovechó el momento para pasarle la lengua por el rostro.

—¡Puaj! —Se pasó la mano por la cara y los labios—. Jacques, no te ofendas, pero prefiero tus besos cuando eres humano.

Volvió a proyectar la risa en su mente, saltó sobre el tronco en el que estaba sentada y se acomodó de modo que ella tuviese acceso a su pelo y él pudiese mantenerla cerca. Apoyó una de sus pesadas patas sobre sus piernas y empujó la cabeza por debajo de su brazo.

*«Más mimos. Me gusta que me acaricien. Me gusta que me rasquen la garganta».*

—Ya veo que eres igual de mandón en esta naturaleza que en la otra —le soltó, pero deslizó la mano por su garganta y le hizo cosquillas.

*«Sí, perfecto».*

—Eres increíble, tigre —aseguró totalmente extasiada. Sabía que no era la primera vez que veía a uno de su especie en esta forma. Si había estado con anterioridad en la mansión, habría tenido acceso seguramente a los cachorros, pero sin duda el momento presente estaba resultando una nueva experiencia para ambos—. Eres la cosa más hermosa que he visto en mi vida.

«*Gracias. Tú también eres la cosa más bonita que he visto en la mía*».

Se echó a reír, su risa vibró en el silencioso paraje, libre y realmente feliz.

—¿Puedes... um... puedes volver a cambiar?

Él levantó la cabeza.

«*Preferiría que siguieses rascándome*».

Le sonrió y deslizó la mano sobre su lomo.

—Necesito decirte algo...

Suspiró y al igual que antes, su forma felina dio paso en cuestión de momentos a la humana. Se estiró, desperezándose y se sentó a ahorcadas en el tronco.

—¿Qué quieres decirme?

La vio lamerse los labios, levantó la mano y le acarició el rostro como si necesitara asegurarse de que él estaba allí ahora.

—Gracias... por encontrarme.

La inesperada respuesta lo cogió por sorpresa.

—Y por no darte por vencido conmigo.

Cogió una de sus manos y se la llevó a los labios.

—Eres mi compañera, mi pareja, mi mujer y la dueña de mi corazón —aseguró sin vacilación—, jamás me daré por vencido contigo. Voy a hacer que me quieras, Rebecca, así me lleve toda la vida.

Ella sacudió la cabeza y levantó su mano libre para acariciarle el rostro.

—No tendrás que esperar tanto tiempo, tigre —aseguró con una tierna sonrisa—, porque ya te quiero.

Le devolvió la sonrisa y le sujetó la barbilla para atraerla hacia él.

—Lo sé, tigresita, siempre lo he sabido —le acarició los labios con el pulgar—. Solo era cuestión de tiempo que tú te dieras cuenta de ello.

Antes de que pudiese decir algo más, bajó la boca sobre la suya y la besó con todo el amor que tenía para ella. Le acarició los labios, se sumergió en su interior y bebió ese dulce néctar del que sabía jamás iba a cansarse.

—Mi compañera, mi tigresa, mi Becca —susurró a puertas de sus labios—. Siempre mía.

Se miraron una vez más a los ojos y le dedicó un guiño.

—Y ahora que ya sabes que me quieres, ¿me frotarás la barriga?

Una sonora carcajada inundó el silencio del frondoso bosque elevándose en el aire y haciendo eco en los corazones de los dos amantes dispuestos a enfrentarse a la vida que los esperaba, una en la que superarían juntos los obstáculos.

## EPÍLOGO

*Siete años después...*

*Parque Nacional de Yosemite, California.*

Becca no se cansaba de mirar el paisaje, la paz y tranquilidad que se respiraban en ese lugar hacía que todo el ajetreo de la cotidianidad se esfumase de un plumazo. Allí no había sirenas de policía ululando a todo pulmón, el carburador de los coches no te dejaba apestando a toxicidad y, por encima de todo, podía permitirse disfrutar de unos momentos para sí misma mientras los dos hombres de la casa corrían a sus anchas y disfrutaban de juegos en los que el adulto parecía incluso más niño que el infante.

Su hijo se escabulló a la velocidad de la luz pasando entre las piernas de su padre mientras esa dulce e infantil risa reverberaba a su alrededor. La cabecita de rizos castaños se agitaba con la brisa que había decidido venir y hacerles una visita; el sol arrancaba los mismos reflejos que poseía el pelo de Jacques, en muchos aspectos padre e hijo eran muy parecidos. La única diferencia remarcable eran los ojos, el niño había heredado su mirada y el intenso azul, lo que lo hacía un pequeño rompedor de corazones.

Una nueva e infantil carcajada resonó ahora a su espalda, se giró con lentitud para no despertar a la niña que dormía plácidamente en sus brazos y sonrió cuando el niño se apretó contra ella para esquivar las cosquillas paternas.

—¡Mami, mami! ¡Sálvame! —chilló entre risotadas cuando Jacques lo alzó en vilo para colocárselo sobre el hombro como si fuese un saco de patatas—. ¡Oh, todo está al revés!

—¿Te rindes, Adrien? —Su marido le guiñó el ojo con complicidad mientras hacía descender todavía más a su hijo sobre su espalda, manteniéndolo cabeza a bajo mientras se partía de la risa.

—¡Sí, sí, sí! ¡Me rindo! —barbotó entre infantiles carcajadas—. Papi, los árboles se han puesto del revés.

Su compañero intentó contener su hilaridad sin éxito, giró al niño y lo dejó en el suelo sujetándole todavía para evitar una rápida huida. Las mejillas de su hijo estaban sonrojadas por el esfuerzo y la diversión del juego, pero no era el único que resplandecía. Su adorable y sexy tygrain también lo hacía. Jacques llevaba tiempo queriendo hacer una escapada al *Parque Nacional de Yosemite*, pero cada vez que intentaban organizarlo o lo llamaban de la comisaría para resolver algún nuevo delito o ella se encontraba a las puertas de alguna inauguración o transacciones con los museos, eso cuando no habían quedado ya para llevar a los niños a pasar un par de días con sus abuelos. Los padres de su marido eran dos de las personas más sinceras y directas que Becca había conocido, no habían dudado en recibirla con los brazos abiertos poco después de que ambos se emparejasen y le sugiriese que viajasen a Tulsa para poder presentarles a su familia. Y los niños los adoraban, especialmente Adrien, el cual con tan solo cinco años ya tenía a sus abuelos comiendo de la palma de la mano.

—Me temo que eras tú el que estaba cabeza abajo, tigre —le revolvió el pelo y lo soltó, dejándole corretear por la abierta extensión, siempre bajo su atenta mirada, mientras se acomodaba sobre el viejo tronco caído a su lado—. Ten cuidado con las piedras, si le haces un solo agujero más a ese pantalón, tu madre nos despelleja a ambos.

Contuvo una sonrisa ante la amenaza que les había hecho a ambos antes de dejar el hotel esa mañana.

—Que no te quepa la menor duda —corroboró mirándole de reojo.

Él enarcó una ceja y la miró con esa picaresca que siempre la encendía. No importaba el tiempo que llevasen ya juntos, ni que tuviesen dos hijos, la pasión entre ellos siempre estaba ahí.

—Me encanta cuando me amenazas con ese tonito —ronroneó él en respuesta, al tiempo que se inclinaba sobre ella para robarle un breve beso. Delante de los niños no les quedaba más remedio que contenerse, si no querían dar el espectáculo.

—Papi, ¿le enseñamos a mami el nuevo truco?

La voz de su hijo atrajo la atención de ambos y ella no dudó en buscar su mirada al escuchar la excitación en la voz del niño.

—¿Qué le has enseñado ahora?



Sabía que su voz había sonado ligeramente ansiosa, no podía evitarlo. Ese niño era demasiado parecido a su padre en muchas cosas y en muchas otras incluso más especial. Su hijo era un tygrain puro, uno de los seres más raros y maravillosos que podía nacer dentro de esa especie. Su emparejamiento había traído consigo un milagro que no se daba con demasiada frecuencia, especialmente dado que ella era completamente humana.

El nacimiento de Adrien había sido normal dentro de términos humanos, había llegado al mundo por cesárea y recibido con todo el amor de sus padres, abuelos, padrinos y tíos postizos, pero no pasó mucho tiempo antes de que el niño empezase a dar muestras de lo que era realmente. Con apenas siete meses ya gateaba, a los ocho caminaba a una velocidad que hacía que ambos tuviesen que estar siempre pendientes y corriendo detrás de él, pero lo realmente excepcional había ocurrido a finales del verano pasado, cuando se encontró con un precioso cachorrito de tigre corriendo detrás de la pobre perra de aguas que sus suegros tenían en su rancho de Tulsa.

Jacques se había encargado de prepararla para ese momento, su compañero nunca le había ocultado nada, su relación se basaba en la mútua confianza, en compartir las cosas, los logros, los problemas y el amor, pero cuando presenció la metamorfosis de su hijo en plena carrera, cambiando de cachorro a niño, se echó a llorar con tal desesperación que cuando acudieron sus suegros y su marido a ver qué era el alboroto que había en la parte de atrás de la casa, se los encontraron a los dos, madre e hijo, berreando con tal intensidad que les faltaba el aire.

Su marido nunca había llevado bien el asunto de sus lágrimas, pero aquel día, estaba segura de que le habría gustado encontrarse en cualquier lugar excepto aquel. Le había llevado más de medio día calmarla —su hijo había sido más fácil de convencer—, había tenido que llevársela para que pudiesen estar a solas y hablar una vez más de algo que sabían que antes o después se produciría. Un milagro que ahora no se cansaba de contemplar.

Sabía que parte de la necesidad de Jacques de venir a este lugar era permitir a sus vástagos aprender a controlar su naturaleza felina y que disfrutasen, como él lo había hecho en su infancia, de correr en libertad.

—Te advierto que si alguno de los dos se hace un solo rasguño —bajó la voz de modo que solo él lo escuchase—, tú te quedas sin sexo y él sin tele.

Los ojos verdes se posaron sobre ella y enarcó una ceja ante sus palabras.

—La abstinencia nunca nos ha sentado bien, tigresita —se rio entre

dientes, se inclinó y la besó en los labios—. Así que haré todo lo que esté en mi mano... o en mi pata... para evitarlo.

Suspiró y arrojó mejor la carga que sostenía en el regazo. Su pequeña Kara, de dos años, dormía plácidamente con la mano pegada a su pecho.

—¡Mami, mami! —Su hijo volvió a interrumpirlos reclamando de nuevo su atención—. Mira lo que sé hacer. Es un truco nuevo, ¿verdad, papá?

Jacques le guiñó el ojo y caminó hacia su hijo. Ese extraño juego de neblina y magia nunca dejaba de maravillarla, daba igual las veces que lo contemplara, en un momento su marido le estaba dando la espalda y al parpadeo siguiente era un enorme tigre de bengala el que sacudía el pelo mientras se envolvía alrededor de su hijo y le lavaba la cara de un solo lametazo haciéndolo reír.

—¡Paaaapaaaaaa! —chilló el niño entre risitas, al tiempo que se limpiaba la cara con las manos—. Ahora yo, ahora yo.

Si la transformación de su compañero la dejaba sin respiración, la de su hijo le provocaba taquicardias. A pesar de haber presenciado ese cambio innumerables veces, el saber que su pequeño habitaba ahora en el interior del pequeño cachorro de tigre la dejaba temblorosa y al mismo tiempo la llenaba de un orgullo que solo podían comprender las mujeres, que como ella, estaban emparejadas con un *tygrain*.

El inquieto cachorro empezó a brincar de un lado a otro al verse libre, Jacques le decía que la naturaleza felina era como una liberación para ellos, la posibilidad de ser completamente libre y tenía que admitir que un poquito si los envidiaba.

«*Mami, mira*».

La voz infantil se proyectó en su mente como lo hacía la de su compañero llamando de nuevo su atención.

—Estoy mirando, cariño.

El cachorro se lamió los bigotes, emitió unos cuantos gruñidos y trotó hasta su padre, quién se había sentado cómodamente sobre los cuartos traseros y agachó la cabeza para prodigarle un largo lametón cuando se restregó contra sus patas delanteras.

«*Enséñaselo, Adrien*». —Escuchó ahora la voz de Jacques con más fuerza en la cabeza.

Su hijo se sentó sobre sus cuartos traseros, juntó las patas delanteras y empezó a emitir una serie de gruñidos que seguían una cadencia casi musical.

Al principio le costó reconocer la tonada, pero entonces los gruñidos se hicieron más suaves y se encontró con un cachorro de tigre que estaba cantando a su manera “Brilla, brilla, estrellita”.

—Oh dios mío —jadeó y se llevó la mano libre a la boca entre asombrada, divertida y emocionada—. Esta es sin duda la primera vez que escucho cantar a un tigre.

El pequeño felino terminó su tonada, se lamió la nariz y se agachó como un gato dispuesto a jugar.

«¿Te ha gustado, mami? ¿Te ha gustado?».

—Me ha encantado —aseguró y le tendió el brazo—. Ven aquí y dame un abrazo.

El cachorro saltó sobre las cuatro patas y emprendió una rápida carrera hacia ella, apenas había recorrido la mitad del trayecto cuando cambió nuevamente a su forma humana y le rodeó el cuello con los bracitos.

—¿Te ha gustado mi canción? —insistió acomodándose sobre el tronco para no espachurrar a su hermana, quién empezaba a desperezarse ante todo el ajetreo.

Lo rodeó con el brazo y le besó la coronilla con dulzura.

—Ha sido una canción preciosa, amor mío —lo besó y levantó la mirada al ver al enorme felino frente a ella—. ¿Te he dado ya las gracias, Jacques?

El enorme gato mutó también y su marido apareció frente a ella medio arrodillado.

—¿Gracias por qué, tigresita?

Liberó la mano que envolvía a su hija, quién ya se había incorporado y se frotaba los ojos y ahuecó la mejilla del hombre que tenía ante ella, su compañero, su amor.

—Por elegirme —murmuró con ternura—, por amarme, por darme a nuestros hijos y por ser mi tygrain.

Su sonrisa se hizo pareja a la de ella, revolvió el pelo de su hijo, acarició el de su hija y le acarició el rostro con el dorso de los dedos.

—Siempre seré tu *tygrain*, amor mío —se inclinó sobre sus labios—, y tú siempre serás mía.

Sus labios se encontraron una vez más en un dulce y tierno beso que no tardó en ser interrumpido por sus hijos reclamando atención.

---

[1] DPDLA: Departamento de policía de Los Ángeles.